



EL AMOR ESTÁ
EN EL AIRE



OLIVIA KISS

1.

De fusiones inesperadas

Lauren no dejaba de señalar poniendo chinchetas en el mapa. Con cada una que pinchaba en el tablero, daba un pequeño saltito a la vez que gritaba el lugar.

—¡Hawái! ¡Costa Rica! ¡Venezuela!

—Lauren, se trataba de preseleccionar lugares para luego decidirse, no de enumerar todos los sitios con buenas playas y buenos chicos —dijo Lily poniendo los ojos en blanco.

—No te olvides de los mojitos, que es un requisito importante para que sea el destino perfecto. No quiero nada de chicos en este viaje, solo quiero divertirme contigo. Sabes que lo necesito más que nunca. Me alegra que estés aquí, Lily —dijo Lauren posando una mano sobre el hombro de su mejor amiga.

Había pasado solo una semana desde la ruptura con Marcus, bueno, más bien rotura de corazón con tres bypass y estrangulamiento de sentimientos con doble de “*tedejotudignidadporlossuelos*”. Marcus, su exprometido, era el novio perfecto que toda madre quiere para su hija; simpático, extrovertido, atento, con buen trabajo. También era, a simple vista, el novio ideal y guapo hasta decir basta. Con un cuerpo moldeado con muchas horas en el gimnasio. Tantas horas, que hasta hacía extras con la profesora de spinning. La monitora con sus duras nalgas. Tampoco es que tuviera la culpa ella, ni la secretaria de ventas, ni *rubita21xoxo* de esa página de contactos, ni la “*amiga de la infancia*” que era inofensiva, la culpa la tenía él, Marcus. Única y exclusivamente.

Lauren no supo nada de todo aquello hasta siete días atrás cuando, por casualidad, Marcus se dejó su bien máspreciado y más protegido: el móvil de *empresa*.

Marcus trabajaba en una gran compañía de software de Washington, no como informático sino como el mejor jefe comercial de todo Seattle. Desde que llegó, la empresa no dejó de crecer y llegó a codearse con las más grandes comprando otras empresas y absorbiéndolas. Había sido durante una de esas transacciones cuando conoció a Lauren.

—Bueno, creo que su cliente aceptará la oferta con los ojos cerrados, ¿no es así señorita...? —Marcus se apoyó dejando caer unos papeles sobre la mesa redonda del despacho gigantesco y mirando a la abogada que debía revisar ese contrato.

—Puedes llamarme

Letrada Lauren Collins,
señorito... —dijo con
cierto tono replicativo.

—Marcus, todo poderoso Marcus. —Acabó la frase guiñando un ojo y desabrochándose el botón del traje a medida que, aunque no era ceñido, marcaba sus músculos.

—Perfecto, pues miraremos la oferta, la valoraremos y ya te llamaremos — contestó intentando no darle importancia a la gran suma de dinero que había visto en los papeles.

Lanzó la tarjeta a la mesa y se acercó a Lauren y susurró.

—Sé que ya tienes ganas de llamarme.

A pesar de que la reunión había sido corta y de que hubo algo en su actitud que no terminó de convencerla, se dio cuenta de que, en parte, él tenía razón y la idea de volver a verlo le resultó tentadora; quizá fue por el tono seductor de su voz o por esa seguridad que desprendía, como si tuviese el mundo a sus pies.

Se citaron a los dos días en un restaurante para confirmar que aceptaban la oferta y después una cosa llevó a la otra, a la atracción y a tontear, a enamorarse como una loca perdida y a vivir juntos unos meses después. Marcus se mudó al apartamento de Lauren, (hasta entonces, ella no sabía que era el plan perfecto para mantener su picadero intacto), y empezaron una relación que nunca llegaba a la monotonía por los cientos de *viajes* que él tenía que realizar. Es decir, que se veían poco, y quizá por eso el tiempo que pasaban juntos era muy intenso, entre escapadas planeadas a Europa, esquí en las mejores pistas, saltos en paracaídas, y hacer el amor muchas, muchas veces y en muchos sitios diferentes. Siempre tenía que haber algo en la vida de Marcus que fuera novedad para no perder la emoción en la vida. La monotonía le corroía. En Lauren encontró una compañera perfecta, no es que le aburriera una vida rutinaria, que también la apreciaba, sino que le gustaba hacer cosas distintas igual que a su novio, pero con una diferencia, a él le gustaba hacer las cosas con otras chicas.

Ella estaba tan enamorada que hasta le gustaba el sonido del *clic* del cortaúñas cuando se cortaba las uñas del pie. Pero, una semana atrás, cuando Marcus se fue a su gimnasio para hacer las tres horas de ejercicio que *necesitaba* y se dejó su *teléfono de trabajo*, todo cambió.

El móvil comenzó a sonar. Una y otra y otra vez.

Lauren pensó si lo descolgaba o no, pero es que en la pantalla ponía, “*Oluc Otinob - Jefe de la fusión*”. Supuso que era importante, ya que hacía poco le había estado hablando de una megafusión de una empresa que supondría que

terminasen siendo los líderes del sector, así que, al final, tras mucho dudar, terminó cogiendo la llamada.

—Hola, picha gorda, hoy no has venido al gimnasio y necesito que follemos, digo, nos *fusionemos* como tú dices siempre... —dijo una voz femenina que parecía recién salida de una película porno de las malas—. No irás a hacer enfadar a tu profesora de spinning, ¿verdad?

—¿Quién demonios eres tú? —gritó Lauren.

—Oh, perdona, creo que me he equivocado.

La llamada se colgó. En aquel momento, Lauren podría haber pensado que era un simple error, una de esas llamadas que se cruzan e ignoras sin más antes de seguir con tu vida, pero eso de *fusionarse*... Por su trabajo, Marcus siempre tenía esa palabra en la boca. Fusión aquí, fusión allá. Y eso fue suficiente para que Lauren se sentase en el sofá y cotillease un poco su móvil. Sabía que estaba mal, que no era lo que haría una novia segura de sí misma y confiada. Pero no pudo evitarlo. Revisó el listado de las últimas llamadas.

La verdad es que había nombres muy raros en la agenda como *Oluc Otinob*, *Satet Semrif* o *Sanreip Sagral*. No daba crédito, ni tampoco entendía qué significaban hasta que, de repente, pasados unos minutos de frustración, todo encajó.

¡*Oluc Otinob* es un anagrama de culo bonito! Igual que *Satet Semrif*, que era tetas firmes y *Sanreip Sagral*, que era piernas largas. Cuando abrió la carpeta llamada “Documentos fusión” vio fotos de él posando como un gilipollas con unas chicas estilo *Barbie*. Y había más archivos en las últimas imágenes recibidas, de chicas operadas y retocadas con Photoshop que le enseñaban a la cámara todos sus encantados. Llegó a distinguir a más de cinco mujeres solo por el tamaño y la forma de sus tetas.

Menudo guarro. Lauren sentía que la sangre en las venas se le congeló. Se quedó de piedra, helada y casi sin aliento, porque no podía creérselo...

—¡Menudo cabrón, hijo de puta, mal parido! —maldijo entre dientes, imitando al protagonista de una de sus series preferidas.

Clavó los ojos en el teléfono y comenzó a escudriñarlo esperando que todo fuera una mala pesadilla, pero no lograba despertarse. Era la realidad.

Cuando llegó Marcus a casa y vio a Lauren con el móvil en la mano, notó como comenzó a temblar. El chico seguro de sí mismo con respuestas para todo se quedó sin palabras.

Lauren era el vivo retrato de la furia sosteniendo el móvil.

Marcus había cometido un error y lo iba a pagar.

—Te-te lo puedo explicar Lauren—dijo con él con voz titubeante.

—He hablado con el jefe de la fusión *Oluc*. Recoge las cosas y vete lo más

lejos que puedas de aquí, de mi vida. —Le comenzaron a salir lágrimas de los ojos. La tensión se convirtió en una batería de emociones en la que la decepción era la que ganaba. Marcus se fue tan rápido como ella le obligó y Lauren no supo en ese momento que era una de las mejores acciones que habría hecho en su vida.

2. Queridos pasajeros, prepárense para despegar...

Hacía mucho tiempo que Lauren no hacía un viaje con amigas, porque siempre solía escaparse con Marcus y, antes de eso, tras acabar la carrera de abogada hacía ya años, se había centrado en el trabajo. De hecho, así había conocido a su exprometido. Trabajando.

Quedaba una vez cada varios meses con sus amigas, pero, en especial, sí que hacía el esfuerzo de tomarse una copa cada mes con Lily, su mejor amiga desde la infancia. A simple vista, podía parecer que Lily era una alocada de la vida, pero nada más lejos de la realidad. Cuando no estaba dando conferencias de sistemas de odontología, en la que era ingeniera, vestía de manera *pinup*. Le encantaban los años veinte. Decía, que, si volviera a nacer, le gustaría vivir en la época del charleston. Con su pelo rubio rizado, y su bonita figura, parecía una modelo de una postal de las que se llevaban los soldados a la guerra tiempo atrás.

—Me parece que te has pasado con la ropa, Lauren. Creo que el avión no va a poder despegar con el peso de tu maleta. En Puerto Rico hace bastante calor y con poquita ropa iremos más frescas.

—Lo dice la que casi le pone ruedas al armario y lo hace maleta —le contestó.

—Ya sabes que no puedo ir sin combinar unos zapatos, bolso, pantalones, pamea... —dijo Lily ayudando al taxista a subir el equipaje al vehículo.

—Al aeropuerto, por favor. ¡Nos vamos a Puerto Rico! —le dijo Lauren al conductor, que puso una cara de que le importaba lo mismo que el menú que toma el ornitorrinco en época estival.

—*Yupi* —respondió el taxista siendo esta y el importe final del trayecto sus dos únicas palabras.

Cuando llegaron al aeropuerto, buscaron su vuelo en las pantallas informativas. Llegaron varias horas antes porque estaban ansiosas por viajar y también porque no podían soportar una larga espera en casa.

—Cogí los billetes en primera clase, Lauren, para empezar a desconectar desde el minuto número uno y que nos sirvan mojitos sin parar —dijo Lily mientras bailaba un *swing* en mitad de la cola de embarque sin ningún tipo de vergüenza.

—Bueno, la verdad es que no me vendría mal, porque tengo un miedo atroz a volar. Espero que ayude un poco con la ansiedad.

Lily y Lauren embarcaron en el avión y les tocó el asiento más adelantado. Justo delante tenían la cabina del piloto y donde estaban los auxiliares de

vuelo. La fila en la que se sentaron era de tres personas. Lily se puso en la parte de la ventana porque Lauren no soportaba ver cómo el suelo se alejaba cuando el aparato alzaba el vuelo. En el asiento que quedaba libre, se sentó una señora de unos sesenta años, con más anillos de oro, joyas y abalorios que la joyería del *duty free* del aeropuerto que estaban a punto de dejar.

Lauren empezó a hiperventilar cuando las luces del avión se apagaron y se encendieron.

—¿Qué es eso? ¡Vamos a morir! —gritó a la vez que cogía los reposabrazos con energía. La señora Doubtfire, como ya le habían apodado, puso los ojos en blanco y empezó a murmurar. En uno de sus murmullos, le pareció oír: “loca, pirada” y varios adjetivos similares.

—Esto se tiene que arreglar ya, Lauren. Mira a ese guapo azafato qué bien le queda el traje y qué culo le hace —dijo Lily mientras guiñaba un ojo.

—Ahora se les llama auxiliares de vuelo, y sí, sí, sí. Sí, tiene un buen trasero, sí esto se tiene que arreglar y sí, ¡pídele un mojito ya!

Lauren parecía tranquilizarse por momentos, viendo el chico.

—¡Oye, guapo! Ponle a mí y a mi amiga dos mojitos, y sírvete otro si quieres y te lo tomas con nosotras —dijo Lily con desparpajo a la vez que Lauren le entraba vergüenza —Es que a Lauren le da miedo volar y necesita alcohol para poder soportarlo.

El chico se acercó, sonrió, les guiñó un ojo y levantó un dedo en señal de que se esperaran antes de irse hacia el bar del avión. Cuatro gestos que hicieron que las dos amigas se quedaran sin habla hasta que se miraron y se echaron a reír.

—A este lo conquistas, Lauren. Te ha mirado de arriba abajo —dijo Lily asintiendo con la cabeza lentamente.

—Te dije que nada de chicos en este viaje, ¡vamos a pasarlo bien!

Las luces del avión volvieron a parpadear y Lauren se puso tensa, muy tensa.

—¡Socorro! ¡Es la muerte! —espetó y segundos después recobró la conciencia y la vergüenza empezó a apoderarse de ella.

El chico trajeado volvió con una bandeja y tres copas en ella. Cuando Lily se dio cuenta, no dio crédito a que de verdad le hubiese tomado la palabra y fuese a tomarse algo con ellas.

—No le pasa nada al avión —dijo el chico acercándole una copa a Lauren—. Están llenando los depósitos de combustible y, para mayor seguridad, la electricidad del tiene que desconectarse por completo.

Le dio una copa a cada una, y alzó la suya obligando a que brindasen con él.

—¡Porque no temas volar! Voy a intentar quitarte el miedo. Me llamo Allan.

—Yo soy Lily y la guapa de mi amiga se llama Lauren y está soltera.

—¡Lily! —replicó Lauren dándole un codazo—. No tiene remedio ni vergüenza esta chica.

Los tres brindaron y bebieron. Allan se terminó su copa de un trago, lo cual a las amigas les pareció una barbaridad ya que sus mojitos estaban muy cargados de alcohol.

—Vaya, Allan, menudo trago. ¿No te dirán nada por beber en horas de trabajo? —dijo Lauren preocupada por si le regañaban o perdía el puesto.

—No te preocupes, Lauren. Aquí yo soy la máxima autoridad. Soy el capitán del avión en el que vas a volar.

¡Urgencia del señor Pipi!

Notó como la sangre le empezaba a bajar de la cabeza y se mareó en cuanto asimiló que el piloto que tenía que llevarles a Puerto Rico se acababa de tomar una copa que podría tumbar a cualquier elefante que le gustase beber mojitos. La señora Doubtfire, comenzó a santiguarse sacando, de entre todos los collares, un rosario para apiadarse al Señor.

—¿Es-estás loco?, ¿có-cómo pones en peligro la vida de toda esta gente? ¡Yo me bajo! —dijo tartamudeando mientras él se echaba a reír—. ¡Ah! Y te ríes, ¡normal!, con el trago que acabas de dar. Vámonos, Lily —le dijo a su amiga cogiéndola del brazo.

—No vayas a ninguna parte, te estaba gastando una broma. Lo que me he tomado era un zumo de piña con hielo. Siempre lo hago antes del vuelo. Para otra vez que subas a un avión, fíjate en estas cuatro rayas que hay en el hombro de mi traje, se llaman galones e identifican al piloto —dijo Allan, con una media sonrisilla de niño pícaro—. Te lo digo por si en otro avión al comandante le pides un pañuelo o que te limpie los zapatos.

—¡Oye! Comandante chistoso, no soy de las que piden que se les limpie los zapatos. Para otra vez me fijaré —musitó Lauren bajando la cabeza habiendo aprendido la lección.

—Bueno, chicas, va a ser un vuelo bastante largo, luego saldré de la cabina de pilotaje para que nos hagamos compañía, que me he traído dos botellas de whisky y no se van a beber solas —dijo Allan bromeando—. Abrochaos los cinturones que en breve despegamos.

En cuanto se fue el piloto, Lauren sintió como un pequeño cortocircuito en su columna vertebral y un leve cosquilleo. No quería que Allan se fuera de su lado.

Lily comenzó a dar palmaditas muy rápidas, estaba contenta de que la aventura que querían vivir ella y Lauren hubiera comenzado tan pronto.

—¡Qué guapo! —exclamó Lily en cuanto se fue—. Seguro que cuando deja el avión se va a su mansión y su helicóptero privado a salvar a gatitos atrapados en los tejados y a misiones de médicos sin fronteras, que también será médico y luego cogerá su caballo y te llevará a su castillo, que también tiene de su familia, y os casaréis —dijo ensimismada mirando al techo del avión.

—¡Ya está bien! Es un poco capullo y si tiene gatito, seguro que es como el de los malos de las películas —dijo Lauren no muy convencida.

—Pero no me negarás que te lo estás pasando muy bien —replicó Lily.

—Pues sí. Es gracioso.

—Y guapo —añadió Lily.

—Y guapo —reafirmó Lauren—. Esto hay que celebrarlo, vamos a pedir otro mojito, pero esta vez miraremos las hombreras de los auxiliares de vuelo.

Una voz conocida sonó por la megafonía del avión. Era Allan diciendo: “Señores y señoras pasajeros, soy el comandante Allan Parker, el piloto de este Boeing 747 en el que van a viajar. El vuelo tendrá una duración de doce horas y sobrevolaremos casi todos los Estados Unidos. En San Juan, Puerto Rico, hacen treinta y dos grados centígrados. Una buena temperatura para pasar un buen viaje. Disfruten del viaje y pídanles a nuestros auxiliares de vuelo, sin rayas en los hombros, los mojitos que necesiten. Muchas gracias y feliz trayecto”.

Lily y Lauren sonrieron por lo último que había comentado Allan. No quisieron defraudarle y pidieron otros dos mojitos, esta vez a una amable azafata que les sirvió las dos copas.

—Veo que habéis conocido a Allan, el piloto. Es muy simpático y agradable. Todas estamos siempre esperando que pilote el avión en el que nos toca trabajar —dijo la auxiliar de vuelo—. Aunque nunca suele hablar con nadie que no sea de la tripulación. Es algo inusual.

—Sí que lo parece. Es un poco bromista —comentó Lauren.

Casi sin darse cuenta, hablando con la azafata, se acabaron los dos mojitos y ya que estaba ahí pidieron dos más.

Lauren se inquietaba porque el avión no despegaba.

—¿Qué pasa que el avión no se mueve? ¡Seguro que tiene una avería grande y no nos lo quieren decir porque saben que podemos morir o hay alguno con una bomba en la maleta! —dijo Lauren cada vez más desesperada.

—La única bomba, es tu bote de desodorante que huele fatal —dijo la amiga *pinup*

—No le pasa nada al avión, tienen que hacer comprobaciones y estamos dentro de la hora de salida —dijo la azafata—. Ahora volveré con vuestros mojitos, pero tened cuidado que el vuelo es largo y estas copas son *traicioneras*.

La azafata se fue y les trajo las dos copas más. A la señora Doubtfire cada vez se la veía más incómoda y Lily le ofreció varias veces que bebiese de su copa.

Comenzaron a sentirse mareadas y todavía no había empezado el vuelo. Todo les parecía como más cálido, como en una película. El miedo de Lauren desaparecía por momentos y tenían la sensación de estar en un sueño. El avión

comenzó a moverse para despegar. El efecto del alcohol estaba empezando a pasar factura y la cordura desaparecía.

—Lauren, no te quiero asustar, pero el avión se “eztá” moviendo —dijo Lily comenzando a balbucear por las copas de más.

—¡Qué más da! ¡Vamos a morir borrachas! —gritó Lauren haciendo que las cabezas de los demás pasajeros se giraran—. Si nos estrellamos como en la película *Viven*, ¡yo me como al piloto!

Las dos amigas comenzaron a reírse y la azafata, que se convirtió en su aliada, les dijo que, por favor, se controlaran o iban a tener problemas.

—Ese fue un caso real y muy trágico —les dijo la azafata en voz baja —yo también salgo con mis amigas y os entiendo, por eso os aviso.

—Solo decía que me comería un moflete de su culete —dijo Lauren desplegando una nube de alcohol a cada palabra—. Ya no lo haré más, es que me han dejado ¿sabes? Con lo buena que soy y el muy cabrón me puso los cuernos —cambió repentinamente de tema hablándole de Marcus.

—Lo siento, pero me tengo que ir a trabajar, ya podéis desabrocharos los cinturones que ya estamos en pleno vuelo —les dijo la azafata

—Muy cabrrrón... caabrón... y con varias... —insistía Lauren en contarle lo que le había ocurrido.

—Lo siento, pero me voy —dijo la auxiliar alejándose.

—¡Y con varias chicas a la vez! —volvió a gritar Lauren.

Ya no le hablaba a nadie en concreto, solo soltaba por su boca lo que había reprimido desde que pasó y se enteró de todo. Siempre escondía sus sentimientos y los enterraba, pero esa vez era distinta, como cuando ves un cielo lleno de nubes negras y sabes que va a caer mucha lluvia, pues así estaba Lauren, una tormenta de sentimientos estaba a punto de estallar.

Cogió del brazo a la señora que estaba a su izquierda para que le prestara atención y comenzó a relatarle toda su relación. Empezó desde los comienzos, antes de conocer a Marcus. No podía existir una cara de desagrado mejor que la que mostraba la mujer, pero Lauren no parecía fijarse. Para ella, en ese momento, no había nada más importante que contar lo ocurrido y por supuesto, pensaba que la gente también estaría superinteresada en todo lo que tenía que decir.

Lily comenzó a cantar canciones de los años veinte.

Estaban dando el espectáculo sin darse cuenta.

Tanto alcohol, hizo su efecto fisiológico también. Lauren sintió unas ganas irrefrenables de ir al baño y soltar todo ese excedente de líquido que se había acumulado en su vejiga. Se levantó y, en unos instantes, se dio cuenta de lo mareada que se encontraba. Menos mal que estaban en la primera hilera de

asientos del avión y el recorrido a los servicios era el más corto. Vio como en ese momento salía un chico del aseo.

—Espero que no hayan sido aguas mayores —le dijo Lauren al hombre.

El joven puso una cara de extrañeza y negó con la cabeza como si no entendiera nada. Ella lo apartó rápido y gritó: “¡Urgencia del señor Pipi!”, entró y cerró la puerta.

—¿Qué haces aquí, Allan? ¿Qué hacías con ese chico que vestía casi igual que tú? ¿Es tu novio? ¿Por qué este váter es tan raro? —gritaba Lauren sentándose en el asiento del copiloto.

Lauren había entrado en la cabina de pilotaje del 747 en el que estaban volando.

Sin darse cuenta, Lauren había entrado en la cabina del piloto y, desde hacía unos años, no se podía abrir desde fuera por cuestiones de seguridad; así que los intentos del copiloto, al que momentos antes había empujado, eran en vano. Allan, que no podía dejar los mandos del aparato, no daba crédito de lo que estaba sucediendo.

Una borracha se había colado en la cabina.

—¿Estás loca o qué coño te pasa? Acabas de entrar en la cabina de pilotaje. Es una zona restringida —le dijo Allan a Lauren apretando más los puños en los mandos. El piloto se sentía impotente, ya que no podía soltarlos para invitarla con no muy buenos modos a salir.

—¡Ahhh! Ahora todo *cuadza* —dijo Lauren acomodándose en el asiento—. Entonces, no es tu novio. ¡Qué susto! Pensé que, para un chico guapo que conozco no iba a estar disponible ni siquiera para intentar ligar —le comentó Lauren a la vez que se daba cuenta de lo que había dicho—. ¡Ups! No has oído nada ¿vale?, le damos a tecla suprimir y que no conste en acta, señoría.

“*Menos mal que lo he arreglado y no se ha dado cuenta de que me gusta*”, pensó.

Allan supuso que, si se tranquilizaba y se lo explicaba de buenos modos, podría entenderlo, abrir la puerta e irse y que esto quedara en una mera anécdota para no contar a nadie.

—Lauren, me ha alegrado la visita, pero necesito que abras la puerta y le dejes entrar a mi compañero —dijo el piloto con voz tensa.

—¡Cuántas lucecitas! —Lauren observaba la cabina como si fueran las estrellas de un planetario—. Marcus nunca quería decorar la casa ni el árbol de Navidad con lucecitas, decía que era de críos. Era un capullo, tú sí que sabes decorar tu puesto de trabajo con todas estas lucecitas —dijo Lauren poniéndose las palmas detrás de la cabeza, acomodándose aún más.

Al echarse atrás, la falda se le subió dos palmos arriba de la rodilla dejando ver unas hermosas piernas a la vista. Allan se castigó mentalmente por no concentrarse en el odio que debería sentir. Pese al momento que estaba viviendo, pese a la tensión y a la locura que suponía aquello, no pudo evitar preguntarse qué sentiría al posar una de sus manos sobre las piernas de Lauren, que parecían de piel suave y cálida. Le incomodó pensarlo. Y más aún, darse cuenta de que estaba sintiendo *algo* que hacía mucho que echaba de menos y, encima, por una desconocida borracha. Esa chispa de deseo que

aparece cuanto menos te lo esperas. Esa chispa que no se puede forzar ni buscar, porque es inesperada.

—¡No toques nada, Lauren! Ni se te ocurra, esto no es un árbol de Navidad.

—Lo sé —dijo ella—. Sé dónde estamos y te agradezco que me hayas invitado a charlar un rato, porque Marcus me engañó. —Lauren estaba obcecada y solo quería contarle a alguien que había sido objeto de infidelidad—. Me engañó con “culo bonito”, “piernas largas” y “tetas firmes”. Yo también tengo el culo prieto, ¿sabes?

Allan no pudo reprimir una leve sonrisa al ver cómo Lauren pronunciaba esas frases e imaginarse sin querer su trasero. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Y qué demonios hacía divirtiéndose por las locuras que decía esa chiflada que se había tomado dos copas de más mientras pilotaba un maldito avión? No era algo habitual en él, no.

—¡No te rías, que para mí es importante! —gritó Lauren.

—No me río, solo quiero que te vayas de aquí o voy a tener que dar la vuelta al avión —dijo Allan recobrando la seriedad que requería ese momento.

El copiloto, desde fuera, golpeaba la puerta para poder entrar, pero sin éxito. En casos así, Allan debía de informar del estado de la situación o, de lo contrario, se jugaba su reputación y el puesto de trabajo al que tantos años le había costado llegar.

—Lauren, si alguien escucha las grabaciones de la caja negra, se puede sorprender mucho por la historia tan interesante que estás contando, pero, ¡vete de aquí ya! —le reprendió Allan.

Allan sabía que no era peligrosa, pero tenía que dar parte a la torre de control. Les comunicó un “fallo general” para que, en el aeropuerto de llegada, estuvieran atentos.

—Yo soy de esas chicas que no soportan la infidelidad. —Lauren seguía a lo suyo—. Cuando me entero de que me han puesto los cuernos, no lo tolero, y dejo esa relación.

Lauren notó que las ganas de mear volvieron de repente.

—¿Sabes qué? Me voy, que al final me has liado y no he ido a mear, que es lo que quería —dijo como si no hubiera escuchado nada de lo que le había dicho. Y, desde luego, en absoluto era consciente de la gravedad de la situación.

Allan puso los ojos en blanco y le siguió la corriente para que se acabara ese momento.

—Sí, claro, perdona, es que me intrigaba todo lo que me habías contado. Vete al baño —dijo el piloto no moviendo un solo dedo para que no se despistara de lo que tenía que hacer. Salir de ahí.

Lauren abrió la puerta y rápidamente entró Lucas, el copiloto, esperando reducir a algún terrorista que creía que había secuestrado el avión.

—Está borracha, Lucas. No es peligrosa, es idiota, pero peligrosa no —dijo el comandante intentando quitarle importancia al asunto—. Ya he dado parte a la torre de control y en cuanto lleguemos la van a interrogar.

Allan se sentía inquieto por haber tenido que hacer aquello, pero la situación era grave y podría afectar a su trabajo y al de su compañero. Pensó en ella mientras aferraba los mandos. Por alguna razón inexplicable, había notado ese sentimiento extraño que hace que te sientas bien con una persona o te genere buenas vibraciones incluso a pesar de no conocerla de nada. No solo por su cuerpo bonito y su cara, también por esa chispa que brillaba en su interior y que tanto añoraba y le faltaba a él. Lauren le había parecido impulsiva, divertida y una persona muy vulnerable a pesar del estado en el que se encontraba.

Lucas cerró la puerta y avisó a los auxiliares de vuelo para que vigilaran a la *intrusa* y no volviera a hacer de las suyas durante el resto del trayecto.

Lauren salió del servicio y se fue a su asiento donde Lily y la señora Doubtfire estaban echando una cabezadita. Pensó que sería lo mejor, ya que se sentía un poco cansada a causa de todo el alcohol que había tragado.

El vuelo transcurrió con normalidad. La azafata que les había servido los primeros mojitos, no les había quitado el ojo de encima. Las entendía, quizá porque a ella y a sus amigas les había pasado algo parecido en un concierto. Las tenía que avisar porque se tenían que abrochar los cinturones para el aterrizaje.

Tanto Lauren como Lily empezaron a sentir un fuerte dolor de cabeza; era como si se las hubiesen hinchado como a un globo y estuvieran a punto de estallar.

—¿Cuánto tiempo hemos dormido? —preguntó Lily con la voz ronca.

—Casi diez horas y, créeme, mejor que las hayáis dormido —dijo la azafata—. Despierta a tu amiga que en breves instantes comenzaremos la maniobra de aterrizaje.

Lily despertó a Lauren y recordó que antes de dormirse tardó en volver del servicio.

—Lauren, despierta, que tienes que abrocharte el cinturón.

—Oh, qué dolor de cabeza —dijo Lauren intentando saber dónde estaba—. He tenido un sueño muy raro. He soñado que iba al váter del avión y estaba Allan pilotando y yo me comportaba como una loca hablándole de Marcus a él. También era Navidad o había un árbol o algo parecido —dijo Lauren intentado recordar, rascándose el mentón.

—¿Ya se ha convertido en el chico de tus sueños? —preguntó Lily dándole un codazo cómplice.

—Cállate, Lily, que vaya vergüenza de sueño.

El avión aterrizó y Lauren estuvo más tranquila de lo normal. Algo de cierto había en las palabras de Allan, que le hizo tener menos miedo ante la idea de estar volando.

Cuando llegaron, dos hombres uniformados preguntaron por ellas.

—¿Lauren Collins y Lily Tradford? —Las miró el que llevaba bigote.

—¡Qué bien! —dijo Lily—. Nos han puesto mozos para guiarnos y ayudarnos con las maletas. Esto debe haber sido cosa de nuestro amigo Allan. ¡Qué majo!

—Acompañadnos. Estáis detenidas.

5.

Dale a tu cuerpo alegría Macarena...

El agente González y el agente Badillo las acompañaron a la sala de interrogatorios del aeropuerto de Puerto Rico. Esa sala normalmente estaba destinada a traficantes de armas y de drogas, a posibles terroristas y a malhechores de todo tipo.

Lily y Lauren estaban allí, temblando con resaca y con miedo.

—¿Se puede saber qué has hecho, Lauren? —preguntó Lily atónita.

—Creo que el sueño que te conté antes de aterrizar puede ser la clave. Puede que me metiese en la cabina del piloto —dijo Lauren arrepintiéndose de cada una de las gotas de alcohol que llevaban esos mojitos.

—¿Me estás diciendo que te metiste en la cabina del piloto y le comiste la cabeza a Allan hablándole de tu exnovio mientras pilotaba el avión? —preguntó Lily echándose las manos a la cabeza, alucinada.

—Creo que sí, Lily. Estamos en un buen lío.

El agente González entró y les dijo en español que estaban detenidas por un delito contra la seguridad de doscientos ochenta y nueve pasajeros más los tripulantes. Que el grado de condena dependería de la compañía y de la denuncia que les hicieran. De momento, iban a cachearlas y a buscar drogas o armas que pudieran tener en su poder y que, para hacerlo, tenía que venir la agente especial Macarena Pozo. Les señaló que se dieran la vuelta y que enseñaran las palmas cuando llegara la agente. No tardaría. Las dejó nuevamente solas.

De lo que dijo el agente González, Lauren y Lily no entendieron nada. No sabían apenas español y las pocas cosas que sabían era *paella*, *muchas gracias*, *siesta* y *olé* así como varias canciones que no sabían muy bien el significado. A raíz de una de esas canciones, Lily creyó deducir lo que les estaban pidiendo esos señores.

—Ya está, ¡creo que lo tengo, Lauren! —dijo Lily un poco más tranquila—. Palmas arriba, girarse, Macarena...creo que quieren que bailemos *La Macarena*.

A pesar de que parecía una locura, quizá fuera por los nervios o la extraña situación, Lauren pensó que lo que decía Lily tenía sentido y podría ser una broma del piloto que habían conocido en el avión y, como era tan bromista, esto era una broma de las suyas. Pero recobró el sentido común en el último momento, casi cuando su amiga estaba a punto de ponerse a bailar dándolo todo. La cogió del brazo justo cuando entró por la puerta una chica uniformada de casi metro noventa de estatura y más hombros que Marcus, que

se pasaba todo el día en el gimnasio.

—Hola, soy Macarena Pozo —dijo con una voz muy grave—. Enseñadme las palmas de las manos y giraos. Os voy a cachear.

Después de cachearles y ver que no llevaban nada, se aseguraron de que no era ninguna broma. Lauren conocía muy bien las leyes de Estados Unidos, pero las de Puerto Rico no tenía ni idea. Podrían ir a una cárcel por esto. Tenían que pensar, que mantener la calma y trazar un plan que les sacara de ese embrollo.

Así que comenzaron a llorar a pleno pulmón.

Badillo y González entraron por la puerta e iban acompañados por Allan. Lauren imaginó que iba a testificar contra ellas y también a redactar la denuncia, ya que era la máxima autoridad en ese avión y el representante de la compañía de vuelo.

—Hola, chicas —dijo Allan—. Veo que ya se os ha pasado el efecto del mojito.

—¡No nos denunciéis! So-somos buenas, no lo volveremos a hacer —dijo Lauren—. Se nos fue un poco la mano con la bebida y me confundí de puerta para ir al servicio. Puede ocurrirle a cualquiera. Es... muy normal —gimoteó.

Allan comenzó a hablarles a los dos agentes en inglés dándoles las gracias por el favor que le habían hecho, que tenían gratis viajes con la compañía a cargo de él ellos y toda su familia de ahora en adelante. Les pidió que si podían dejarles a solas con ellas. Ellos asintieron con una sonrisa y se marcharon.

Las amigas se miraron un poco aliviadas, pero sin saber muy bien qué estaba pasando. Los agentes sí que sabían hablar inglés. Les había tomado el pelo otra vez, pero también les había sacado de un lío bastante importante. Estaban muy agradecidas, pero a la vez cabreadas. El piloto se había convertido en el *Caballero Azul-Chistoso*.

Allan se acercó a la mesa donde estaban sentadas, se aflojó la corbata y apoyó sus fuertes manos en la mesa poniéndose en una actitud seria.

—Dejad de llorar chicas. Creo que habéis aprendido la lección —dijo el piloto—. Me he jugado el puesto de trabajo y una buena sanción por salvaros. No más mojitos en aviones. ¿Entendido?

—Te lo agradecemos mucho, Allan. De verdad, no volverá a ocurrir —dijo Lauren limpiándose las lágrimas con el reverso de las palmas—. Te debemos una, pídenos lo que quieras, pero, ¿era necesario volver a tomarnos el pelo?

—Era necesario. Muy necesario y, no me debéis una, sino varias. Busca el delito en el código penal que habéis cometido y mira de lo que te has librado —replicó Allan—. Es más, necesito urgentemente que hagáis algo por mí

ahora.

—Gracias, gracias —dijo Lily—. Pídenos lo que quieras. ¿A que sí, Lauren?

Lauren pensó en otro tipo de favores. La camisa arremangada dejándole al descubierto sus fuertes brazos y esa corbata aflojada la hacía divagar y desear hacerle no uno, sino varios favores en su cama, en la cocina, la ducha...

—¡Lauren! —gritó Lily para despertarla de su ensoñación— ¿me has oído?

—Sí, sí, claro, claro. Lo que quieras —replicó esperando que el piloto no tuviera el poder de leer la mente.

—Entendido —dijo Allan—. Hay una cosa muy importante que quiero que hagáis. Es que necesito hacer el papeleo de la emergencia que he declarado y también dar parte a mi compañía de vuelo. Eso me llevará como varias horas encerrado escribiendo informes en los que tengo que mentir para salvaros el cuello y acudir a interrogatorios de la gente que se dedica a la seguridad aérea. De vosotras, necesito que bailéis *la Macarena*.

Allan las miró fijamente hablando muy en serio.

Ellas se miraron y se echaron a reír reclinándose en las respectivas sillas.

—Otra vez nos has tomado el pelo —dijo Lauren—. Casi te creo.

—No es broma —contesto él.

—¿Cómo? —dijo Lauren arqueando la ceja.

—Voy a estar varias horas encerrado por vuestra culpa trabajando y cuando esté agobiado quiero tener la visión de vosotras bailando *la Macarena*. Os he oído todo lo que estabais hablando mientras esperabais a la agente que os tenía que cachear. Me meaba de la risa. Así que sí, quiero que bailéis.

Esta última frase la dijo muy serio, casi como una orden de sacar el tren de aterrizaje. Lauren y Lily se miraron y supieron que tenía razón en muchas de las cosas que había dicho, en concreto que iba a mentir y jugarse el puesto de trabajo. Se levantaron y Allan las paró.

—Un momento —dijo él mostrándole la palma de la mano para que pararan.

Sacó su móvil del bolsillo y tecleó en la pantalla y una melodía comenzó a sonar. Eran *Los del río* con su famosa canción *La Macarena*. “*Dale a tu cuerpo alegría Macarena, que tu cuerpo es pa dal-le alegría y cosa buena...*” Lauren y Lily comenzaron a extender las manos hacia arriba y a ponérselas luego en la cabeza, después en la cintura y con un movimiento sexy cambiaban de lado y vuelta a empezar. Lauren al principio notó cómo su cara aumentaba unos grados más que el resto de su cuerpo. Tenía la cara como un tomate. Por la mitad de la canción, comenzaron a cogerle el gustillo y casi que se lucían con el baile. Allan se lo estaba pasando en grande viendo el espectáculo en directo. Sus dos nuevas amigas eran muy divertidas.

En cierto momento, el comandante se dio cuenta de que no podía dejar de

mirar los movimientos de Lauren. Eran casi hipnóticos. Con cada balanceo, el cabello rubio y la falda de la abogada volaba y su imaginación también. Una imaginación que le estaba jugando una muy mala pasada, porque de repente lo único que deseaba era cogerla, cargarla sobre su hombro como un neandertal de primera y llevársela de allí a la sala de descanso o a algún otro lugar en el que pudiesen tener un poco de intimidad. Había algo en ella, en ese sentido del ridículo del que carecía o en esa inocencia que la mayoría de la gente ya había perdido a esa edad, que a él le conquistó como si de pronto volviese a ser un adolescente que siente un flechazo por una desconocida cualquiera, cuando Allan ya pensaba que nunca volvería a sentir algo así, tan irracional, tan inexplicable...

Cuando la canción terminó, deseó que hubiera durado como mínimo una hora más.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Bueno, chicas, ha sido increíble. Creo que tendré bastante para los momentos de soledad y de aburrimiento haciendo todo ese papeleo —dijo guardándose el móvil en el bolsillo de la chaqueta del uniforme que vestía y se ajustaba a sus hombros.

—Que sepas que por este baile muchos hombres hubieran pagado por lo menos siete millones de dólares —bromeó Lily entre risas.

Él alzó una ceja y las miró con gesto seductor.

—Os he salvado de una buena. Acordaos en un futuro, que el mundo es un pañuelo.

—¡Y tú eres un moco! —soltó Lauren.

Allan la miró sorprendido y divertido.

Por eso le gustaba. Porque decía tonterías. Porque era imprevisible. Porque hacía mucho que una mujer no le dejaba sin habla antes de darse media vuelta y salir por la puerta contoneando las caderas sin ser consciente de que ese movimiento era devastador para él.

6.

¡Vacaciones con sorpresa!

La habitación del complejo turístico era espectacular. Lily, que era experta en escoger alojamientos perfectos, reservó el Hotel *La Bahía* que estaba junto a la costa. Podías cruzar desde la puerta del complejo hasta la playa andando y solo tardarías dos minutos. Para llegar tenías que pasar por la maravillosa piscina en la que en varias rocas simulaban varias cascadas. Estaba llena de tumbonas con camareros rondando por si algún huésped necesitaba alguna bebida o comida. La cara de la gente denotaba relajación, estaban disfrutando cada uno de ellos de sus vacaciones. Eran caras de paz, sin preocupaciones.

—Vas a tener que darle una buena propina al mozo —dijo Lily viendo cómo el botones del hotel hacía esfuerzos casi sobrehumanos para poder transportar su equipaje.

—Te recuerdo que, en el carrito, está llevando los equipajes de las dos, y el tuyo casi es más grande que el mío. En los años veinte, ¿no tenían tanta ropa!

El botones se llevó una buena propina, era justo por cargar con las dos maletas de las amigas. La habitación tenía dos camas de matrimonio, un vestidor, un baño que, en otros lugares, podría haber pasado como otra habitación del hotel por el tamaño. El jacuzzi burbujeaba al son de las luces subacuáticas. Una televisión de setenta pulgadas gobernaba la sala, debajo de ella, el minibar dispuesto para abastecer las noches de *sed*.

Era la octava planta y tenía unas vistas inmejorables.

Podías ver la playa y si te fijabas se divisaba el final de la isla.

—¡Qué calor! Quién iba a decir que de nueve grados de temperatura que estábamos hace doce horas en Seattle, ahora estemos a treinta y tres —dijo Lily sacando su biquini rojo eléctrico de la maleta—. Necesito un chapuzón ya.

—¡Pareces una vigilante de la playa con ese bañador! Claro que sí. Vamos ya a la piscina y vamos a broncearnos un poco que me ha parecido que la gente entrecerraba los ojos de lo blanca que está nuestra piel y el sol les reflejaba —dijo Lauren dejando su maleta a medio sacar y extrayendo únicamente su biquini también pero no tan llamativo.

Llegaron a la piscina caminando a paso lento y relajado.

—Vamos a pedir un mojito, ¡pero solo uno esta vez! —dijo Lauren levantando el dedo en señal de advertencia.

—Cierto. Aprovechemos esta pulserita de todo incluido.

Llamaron al camarero, un joven de unos veintidós años de edad, que desde que habían llegado, ya estaba atento para salir disparado a tomarles nota de lo que pidieran. No llevaba camiseta y lucía unos abdominales en los que se

hubiera podido lavar ropa frotando.

—Hola chicas, soy Rodrigo Ruíz, y soy vuestro camarero. Solo tendrán que levantar una mano y me tendrán a su disposición —dijo el joven y entusiasta camarero— ¿Qué van a tomar estas dos preciosidades?

—Hola, yo soy Lily y esta es mi amiga Lauren y, como nos cuesta mucho pronunciar tu nombre, te vamos a llamar señor “Abdominales”.

—Puedes llamarme como tú quieras —dijo guiñando un ojo.

—Tráenos dos mojitos, por favor.

—En un momento los tenéis aquí —contestó el camarero—, pero guardad fuerzas para esta noche que hay una fiesta aquí mismo, en la piscina.

Rodrigo se fue sonriendo y levantando el pecho orgulloso del momento que acababa de protagonizar con las dos chicas. A los tres minutos, ya tenían sus bebidas fresquitas y listas para tomar. Brindaron de nuevo por el viaje y bebieron pequeños sorbitos. Ya habían tenido un buen escarmiento al bajar del avión.

—Parece interesante el plan de la fiesta en la piscina, ¿no crees? —preguntó Lauren.

—Claro que sí, será un momento perfecto para relacionarnos con gente nueva. Creo que me voy dar un baño. Esta chica *pinup* está que arde —dijo Lily entre risas.

Lily se levantó y se fue al borde de la piscina. Era una chica provocativa, no solo por sus curvas, sino porque vestía como una chica de los años veinte con unos labios llamativos y una tez delicada. Empezó a gustarle esa moda cuando tenía catorce años y vio unas ilustraciones de unas chicas felices, sin complejos y siempre, siempre sonriendo. Todavía no sabía qué significaban, pero era esa felicidad la que la atrajo a esa cultura. Los años veinte fueron en Estados Unidos y el resto del mundo una buena época y eso se tradujo en tranquilidad. Más adelante, comenzó a investigar quedando enamorada de su gente. Si pudiera viajar en el tiempo, sin duda elegiría esos años para vivir eternamente.

Estaba tan contenta como una niña pequeña. Bromeando con su amiga, comenzó a hacer poses como en esas ilustraciones, poniendo un dedo en la cara y haciendo una mueca de sorprendida a la vez que juntaba las rodillas y las doblaba. Con el lazo rojo a lunares blancos recogándole el pelo, era la imagen perfecta.

—¡Mira Lauren! ¡*Pinup* al agua! —dijo Lily a la vez que se tropezaba con la base de la escalera de la piscina y se caía. Emitió un grito de auxilio como la protagonista de la película *King Kong* que es secuestrada por el simio y está en lo alto del Empire State.

El socorrista desde la torre, la vio. Se quitó las gafas de sol y fue corriendo hacia ella. Lily lo recordaría tiempo después corriendo a cámara lenta, sonriendo y guiñándole un ojo.

Fue a su rescate. Saltó de cabeza con su salvavidas colgado del hombro, llegó hasta ella y la cogió suavemente de la cabeza por si le entraba agua.

—Me muero —dijo Lily con cara de perplejidad.

—¿Cómo? —preguntó asustado el socorrista.

—¡No! Que decía que me muero de lo bueno que estás.

El chico se echó a reír entrecerrando los ojos.

—¿Seguro que la caída no te ha afectado, Mae West?

Lily se quedó asombrada por la referencia que acababa de hacer el encargado de la seguridad en la piscina. Mae West era una de las modelos *pinup* de la época de los años veinte que revolucionó la sociedad de esos años, pero no solo fue una cara y cuerpo bonito, sino que aparte fue actriz, escritora, cantante, guionista... Era una maestra del doble sentido y también de ser directa con lo que decía. Una referente para Lily.

Podría haber sido casualidad. Un nombre al azar que coincidiese con el de una de las chicas *pinup* de la época.

—Sí, estoy bien. Bueno, me he hecho un poco de daño en el pie, pero nada importante. Creo que viviré.

—Me alegra oír eso —respondió él sonriendo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí, dime lo que quieras, aunque ya me estás preguntando.

—¿Por qué me has llamado así, con ese nombre? —Lily lo miró intrigada.

—¿A qué te refieres, al nombre de Mae West? Por si no lo sabes, Mae West fue una chica *pinup* como tú, que defendió el papel de la mujer y la libertad del sexo, eso la llevo a estar en prisión por inmoral. Y creo que tú, con ese bañador y esas curvas debes estar en la prisión del hotel —le dijo a Lily con una sonrisa ladeada.

Ella sintió un escalofrío al pensar en lo que le acababa de decir. No era casualidad. Lily se *enamoraba* varias veces en el día, pero esa vez sintió algo más allá.

—Mira mi tatuaje —dijo el socorrista enseñando su bronceado y musculado hombro.

En el dibujo aparecían dos hombres tomando una cerveza y riendo en un bar clandestino. Se trataba de Charles Chaplin y Albert Einstein escabulléndose de la Ley Seca de Estados Unidos.

—Aunque no lleve el pelo a lo Humphrey Bogart, soy un enamorado de los años veinte y de toda su cultura. Charles Chaplin marcó un antes y un después

en la historia del cine mundial —dijo el socorrista sacando a Lily del agua, pero llevándola a un shock mental.

—Y Einstein inventó y descubrió infinidad de cosas que hacen que la vida hoy sea tal y como es —le replicó ella sabiendo también de lo que estaba hablando.

—Veo que no solo tienes un cuerpo de chica de portada, sino que conoces toda la cultura. Tendré que arrestarte para llevarte a la prisión del hotel por los cargos de chica sexy.

—¡Nos veremos en el juicio! Aunque, si eres mi carcelero, no me importaría la condena. Por cierto, soy Lily. La torpe que se ha caído al agua.

—Yo soy Michael, socorrista y policía de delitos sexys —dijo mientras salía del agua marcando sus músculos—. Me ha encantado conocerte, pero tengo que seguir vigilando al resto de huéspedes, que dicen que algunos se tropiezan con escaleras y se caen —bromeó.

—Por tu no acento, veo que no eres de por aquí, ¿no?

—Soy de California, pero trabajo en una granja de hortalizas ecológicas y, al no fertilizar, la tierra tiene que descansar para recuperar los nutrientes, así que esos meses que tienen que descansar, me vengo a Puerto Rico a trabajar y a disfrutar. Son como unas vacaciones.

—Nos han dicho que esta noche hay una fiesta aquí en la piscina. Como soy muy torpe, necesitaría un guía por si vuelvo a caerme al agua, ¿vas a estar en la fiesta?

—Veo que no me he equivocado cuando te he dicho que eras Mae West, eres igual de traviesa que ella —dijo mirándola durante un largo minuto—. Soy el DJ, así que nos vemos esta noche. Te dedicaré un charlestón y quiero que lo bailes conmigo.

El socorrista se fue a su puesto de vigilancia y, desde que salió del agua hasta que llegó, Lily se quedó mirando su trasero bien trabajado. Mientras volvía, pensó que Lauren le había dicho que nada de chicos en este viaje, pero encontrar una pieza semejante y que tuviera los mismos gustos que ella era casi imposible. Era como si el destino los hubiera puesto a ambos frente a frente. Lily había visto documentales de buscadores de oro en Alaska y cuando encontraban una beta del metal precioso comenzaban a saltar de alegría. Pues así era exactamente como se sentía ella.

Tendría que encontrar una buena excusa para decirle a Lauren que quería ir a la fiesta a conocer un poco más a Michael. La *pinup*, había conocido muchos chicos también que vestían a la moda, pero eran casi como disfraces. Ni sabían qué había pasado en esa época. No los despreciaba, pero no encontraba alguien con sus mismos gustos.

Bajo la fachada de chica sexy, Lily deseaba encontrar el amor de su vida, ser los “Scott y Zelda Fitzgerald” de ahora. No es que no hubiera tenido suerte en el amor, es más, los chicos con los que había tenido algo más que un lío, fueron muy buenos con ella. Las relaciones eran muy sanas, pero Lily al cabo de un tiempo no sentía que quería estar el resto de su vida con ellos. Le faltaba la algo. Ese algo que hace que sea la persona con la que no importa que tengas un buen día o un mal día, siempre vas a querer estar a su lado.

—No te lo vas a creer —dijo Lily acercándose hacia las tumbonas con los ojos muy abiertos— ¿alguna vez has visto un unicornio hablar cinco idiomas a la vez mientras toca el piano? Pues lo que acabo de encontrar es más raro todavía. Me he enamorado.

—¡Bien! Hoy todavía no lo habías hecho —dijo Lauren con cierto tono de incredulidad—. He visto tu accidente y el agónico rescate de las turbulentas aguas... O, mejor dicho, tu tropiezo mientras hacías tu danza sensual ... y, por cierto, tu héroe está buenorro.

—¡Qué vergüenza! Ha sido con mi danza milenaria. Sé que he dicho que me he enamorado muchas veces, pero ahora tengo un pálpito. Le gustan los años veinte, parece un buen tipo y lo más importante... ¡está como un tren! — exclamó rememorando lo que acababa de suceder.

—Lily, creo que se te está cayendo un hilo de babillas. Te has quedado en shock. Ten, un pañuelo —Le dio un papel bromeando para que se limpiara la baba.

Lily no salía de su asombro y de lo mucho que le había gustado ese encuentro. Su voz, su calidez, su manera tan armónica de cogerla y sacarla del agua. El rescate le había parecido sensual. Tenía ganas de conocerlo más aún y esa noche era la fiesta en la piscina.

—Nos ha invitado a la fiesta —dijo Lily mirando hacia el suelo, frunciendo el ceño y poniendo morritos como cuando un niño quiere que le compren una pelota y quiere convencer a su madre—. Y me preguntaba sí...

—Vamos —la cortó Lauren sin dudar.

Lauren sabía que Lily estaba en lo cierto y que le había insistido porque de verdad le había gustado. La regla de “no chicos” era casi sagrada para las amigas. Cuando alguna lo decía, bien porque estaban despechadas o simplemente porque no querían ninguna complicación, la otra lo respetaba. La última vez lo dijo Lily después de llevarse una decepción con Richard, un cirujano cardiovascular tan correcto y tan perfecto que acabó por dormirse literalmente en una cita. El médico bajaba a toda prisa del taxi para abrirle la puerta a su dama. Le enviaba flores a su trabajo a diario y en fechas señaladas, hasta varios ramos en distintos momentos del día. Se sabía todos los gustos

personales y hasta los apuntaba en una aplicación del móvil. Y aunque no le gustaban los años veinte, estudiaba cada noche una media de dos horas para tener conversación. Un día, cenando en un restaurante italiano, Richard comenzó a opinar sobre la arquitectura racionalista derivada de los planteos de Oud y Lily, después de la segunda copa de vino (también le habló de la Ley Seca), se apretó los lacrimales con los dedos cerrando los ojos y en ese momento dormitó. No recuerda si fueron minutos o segundos, pero fue entonces cuando supo que no había futuro en la relación.

Ese fue el último “hoy no hay chicos” que necesitó.

Lauren lo estaba pasando bien relajada en esa tumbona. Por momentos, ayudada con los mojitos, se olvidaba de la ruptura y la humillación de los actos de Marcus y estaba mucho más feliz y entera de lo que había imaginado. De vez en cuando, al cerrar los ojos, le venían imágenes del piloto sonriéndole en la cabina del avión y le resultaba inquietante pensar tanto en él, porque no era solo que le hubiese parecido atractivo como le ocurrió con Marcus la primera vez que lo vio, era algo más, la sensación de sentirse cómoda con Allan incluso a pesar de haber hecho el mayor ridículo de toda su vida delante de él.

—Vamos —repitió Lauren—. Yo también tengo ganas de divertirme en la fiesta y sabes que no me importa quedarme sola para hacer un detallado informe de vestimenta.

Misión buffet libre

La piscina les dio hambre, la hora de la comida estaba cerca y accedieron al comedor del hotel. La pulserita que habían contratado les daba derecho a buffet libre o, como Lily lo llamaba, tarifa plana de comida.

En ese tipo de restaurantes, las amigas solían tener un plan. Ellas, como eran buenas comedoras, no querían llamar la atención de los comensales. Lauren, en la universidad, se apuntó a un concurso de comer perritos calientes que se celebraba todos los años. El concurso se llamaba “Come como si fuera La última Cena”. Todos los participantes, se sentaban en una mesa larga simulando el cuadro de Leonardo da Vinci. En el centro de la mesa se situaba “Jesús” que era el ganador de la edición del año anterior, a la izquierda y la derecha se situaban los doce participantes restantes representando los doce apóstoles. Todos ellos ataviados con túnicas y ropas de la época y con pelucas creando los peinados de la imagen.

Lauren era la primera chica que se apuntaba en los catorce años que se celebraba el concurso y, cuando subió, se oyeron risitas de burla. En esa época, la llamaban *tobillo de gorrión* por lo delgada que estaba. Hacía mucho deporte y no le sobraba nada de grasa. Casi todos los demás, eran miembros del equipo de fútbol americano, robustos y fornidos deportistas u obesos con la tarjeta VIP en el restaurante “La maravillosa casa de la mantequilla”. Cada uno de los participantes, tenía una pirámide de veintidós deliciosos perritos calientes recién hechos y varios vasos de agua. El concurso era para ver quién comía más perritos en cinco minutos, pero ese año, la duración iba a ser menor. El presentador dio el pistoletazo de salida poniendo el cronómetro en marcha. Lauren empezó a comer perritos con un buen ritmo, a la vez que se ayudaba con pequeños sorbos de agua. A los cuatro minutos y medio, levantó las manos para decir que se le habían acabado. Era el primer año que los veintidós perritos se acabaron. No hubo que hacer recuento. Ella ganó aplastando al segundo que en ese instante llevaba catorce comidos. Desde entonces, el mote cambió a *TiranosLauren Queen*.

La estrategia que debían de seguir era llenar los platos y con una hoja de lechuga cubrir más de la mitad del contenido y lo que estuviera al descubierto fuera algo como jamón cocido o que lo prescribieran en las dietas. Todo ello, cuando, a ser posible, no hubiera nadie en el lugar de la comida. El último paso sería sentarse en mesa más alejada y arrinconada del restaurante.

—Lauren. —Lily llamó la atención e hizo un gesto de señalarse los ojos con el índice y el corazón y luego dirigirlos al puesto de la comida como si fueran

experimentados marines en una misión secreta.

—Recibido, no veo “charlies” en la zona crítica —respondió Lauren siguiendo el juego—. Necesito que desactives el modo “comida saludable” para continuación de la misión.

Lily se llevó las manos al bolsillo y sacó su móvil simulando que era un dispositivo militar y tecleó varias coordenadas en el aire.

—Hecho, modo desactivado, procedamos a la misión.

Las dos se acercaron a la zona de la comida, comenzaron a llenar sus platos como si se hubiese declarado la tercera guerra mundial y tuvieran que abastecerse de toda la comida para el búnker antinuclear. Costillas de cerdo asadas, patatas con queso, longanizas rellenas de pepperoni envueltas con tiras de beicon, todo ello bañado en una especie de salsa que no se sabía muy bien sus ingredientes, pero parecía muy apetitosa.

—Paso a la ocultación —dijo Lauren mientras cogía una gran hoja de lechuga y la ponía en el plato—. Misión abastecer, concluida.

Lily se marchó a buscar la mesa más alejada del resto de los comensales. Cuando Lauren levantó la cabeza después de dejar la hoja verde, unos ojos conocidos le estaban mirando y juzgando. Era la señora Doubtfire, que se había sentado cerca de ellas en el avión, petrificada al ver la semejante cantidad ingente de comida que se había puesto en el plato y más viendo que la señora solo llevaba una ensalada de tomate y espinacas. Lauren se fue avergonzada al ser descubierta. La mujer parecía una espía rusa dispuesta a captar los peores momentos de las dos amigas.

Lily estaba sentada esperando a su amiga, los demás comensales estaban a más de diez metros de distancia, pero no se dieron cuenta que justo a su lado había una chaqueta colgada en una silla.

—Espías han detectado nuestro armamento —dijo Lauren refiriéndose a su comida—. Ha sido la señora Doubtfire.

—No puede ser, ¡esa señora está muy bien entrenada! —dijo Lily riéndose—. Vamos a disfrutar y a comer para tener fuerzas para esta noche.

Desplegaron su arsenal de comida y apartaron el atrezo, la lechuga. Comenzaron a comer y justo en la silla en la que había una chaqueta, que fue en la que terminó sentándose la señora. Lily tosió como si se estuviera atragantando y la mujer puso los ojos en blanco.

Lauren levantó el vaso de su bebida de Coca-Cola.

—¡Es light! —dijo para intentar cambiar un poco la visión que tenía de ella.

—No importa, joven —dijo la mujer—. A tu edad, el plato que tienes delante sería como el aperitivo para mí.

Las dos amigas, perplejas, miraron a la mujer de avanzada edad. No solo no se había asombrado con la cantidad de comida que se habían puesto, sino que había dicho que comía más que eso. La señora tenía buen aspecto a pesar de que rondaría los ochenta años; lucía una melena canosa sin restos de tinte. Era elegante, como una espía soviética retirada que acecha en busca de soldados de buffet libre.

—Hace muchos años, fui joven y bonita como vosotras —dijo—, es más, fui modelo y desfilé en París, Milán y Londres entre otras ciudades europeas. Os preguntaréis cómo podía comer tanto, pues la respuesta es deporte. Combinaba los desfiles de moda con el atletismo y las carreras de fondo. Estuve en el equipo nacional olímpico de Inglaterra y quedé cuarta en los Juegos Olímpicos de Roma en 1960.

Lauren y Lily habían sido absorbidas por una especie de energía de cuentacuentos. Se estaban quedando absortas con lo peculiar que estaba siendo la mujer. Lauren se quedó petrificada con el tenedor en mano y en ella tenía pinchado un trozo de beicon. Lily parecía que estaba congelada en el tiempo con el cuchillo y el tenedor cortando un trozo de patata. Lo de llamarla espía se había quedado corto. Esta vez, la realidad superaba a la ficción. Querían ahora saber más sobre ella.

—Seguid comiendo que se os va a enfriar la comida —les dijo para que salieran del trance.

—Vaya vida más interesante —dijo Lauren bajando el vaso de Coca-Cola light—. Esta es mi amiga Lily y yo me llamo Lauren. Lo primero de todo, queríamos disculparnos por nuestra conducta en el avión. No fue muy apropiada.

—La verdad es que reconozco que no estuvisteis muy acertadas, pero como os he dicho, yo también fui joven y os entiendo. Además, ese Marcus es un chico que no te convenía por lo que comentaste. Para ti, es mejor el piloto. Se notaba que había química entre vosotros.

Lauren empezó a recordar que estuvo contándole la historia del desamor de Marcus a ella y a toda persona/mobiliario/cosa que se pusiera en su camino. Un calor extraño le subió por el cuello al avergonzarse, como si alguien acabase de encender la calefacción en pleno verano.

—¿Por qué dice eso? No es que no me pareciese guapo, quiero decir, no estoy ciega, y además nos rescató de un buen lío en la aduana, pero ya está, no lo he vuelto a ver. Tampoco parecía muy interesado en mí, si he de ser sincera.

Aunque no me extraña, no me vio en mi mejor momento... —comenzó a divagar.

—Jovencita, llevo ochenta y siete años en este mundo y sé reconocer cuándo hay química entre dos personas y entre vosotros había un laboratorio de productos químicos entero.

Lauren no dijo nada, a pesar de que una parte de ella también había notado esa química de la que hablaba la mujer. Eso y la sensación de conocerlo de toda la vida, esa familiaridad que no tenía mucho sentido. En cierto modo, había estado tan a gusto incluso cuando entró en la cabina del piloto, que solo le había faltado llevarse un paquete de pipas o unas palomitas y ponerse a charlar con él como si al pobre hombre pudiese interesarle su vida.

—¿Y qué hace usted aquí sola? No la vimos acompañada en el avión —preguntó Lily que seguía interesada en la vida de la mujer.

—Por cierto, mi nombre es Matilda —dijo la señora presentándose— mis hijos, Dominic y Alice me regalaron este viaje. Hacía diez años que no salía de Estados Unidos. Desde que murió mi marido, no he tenido muchas ganas de salir.

—Lo siento —dijeron Lily y Lauren a la vez.

—No os preocupéis, fue triste, pero es ley de vida. Frank fue el amor en persona. Desde que lo conocí hasta el día que me dijo el adiós eterno, fueron los mejores días de mi vida —dijo la mujer sorbiendo un trago de vino blanco para aclarársela garganta—. Conocí a Frank en un desfile en Londres. Entre todo el gentío y la frialdad y oscuridad el mundo de la moda, vi a un hombre apoyado en un pilar con las manos en los bolsillos que observaba el desfile sin, aparentemente, juzgar como hacía el resto de personas. Cuando acabó el desfile, me cambié y me acerqué a él. Tenía la intriga de saber quién era esa persona tan distinta. Nos presentamos. Frank era el encargado de montar y desmontar la pasarela de moda, me dijo que estaba mucho más guapa sin el “disfraz” que me había puesto en la pasarela. Después de un rato, hablamos como si nos conociéramos de siempre y muy pronto supe que esa era la persona con la que quería pasar el resto de mi vida.

—Matilda, ¿cómo supo que Frank era el hombre de su vida? —preguntó Lauren.

—No hubo nada místico, ni me regaló el broche de su tatarabuela como sucede en las películas, simplemente mis miedos y mis defectos que creía tener desaparecieron. Pasaron a llamarse *peculiaridades*. Cuando una persona te hace sentirte así de bien, no la dejas escapar.

—¡Qué historia más bonita! —dijo Lauren, que escuchaba sonriendo con las palmas en las mejillas y los codos apoyados en mesa—. Ojalá tenga yo esa

suerte.

—El destino nos pone todo lo que necesitamos en la vida, también a nuestra media naranja, lo único que tenemos que hacer es estar atentos a todas las señales y no distraernos con nuestras quejas y lo que nos gustaría tener en ese momento. Debéis aprovechar el tiempo, porque nunca volveréis a ser tan jóvenes como hoy. Y esa es la lección más importante que os puedo dar. Comed ya, que se os enfría la comida.

Matilda comenzó a reírse después de decir la última frase.

Las amigas salieron del trance y miraron sus platos. Tenía razón, no solo porque su comida se estaba enfriando, sino por todo lo que acababa de decir. Había que aprovechar el tiempo y la vida y qué mejor lugar que ese. Después de la charla con la mujer, se quedaron relajadas y pensativas. No se dejaron nada en el plato.

Se despidieron de Matilda y fueron a la habitación a descansar un poco y reposar toda la comida que habían ingerido. Tenían que cargar las pilas para la fiesta de la noche.

—Coge esa maceta, por favor —dijo Lauren— la menta tiene que crecer para los mojitos.

—Te dije que nada de mojitos —dijo una voz familiar—, si quieres hacemos el pastel que hicieron el otro día en el concurso de cocina. El de chocolate con menta y así la aprovechamos.

—Buena idea, pero tenemos que comprar el molde y el chocolate que se nos ha acabado.

—Perfecto, ve saliendo tú y ahora te acompaño.

Lauren abrió la puerta de casa y bajo del porche estaban las nubes y los picos de una cordillera. Ella estaba tranquila, convencida y segura. Puso un pie fuera y comenzó a caer al vacío. Seguía calmada. A su derecha llegaba cogiéndole de la mano.

—Tranquila, Lauren, estoy a tu lado.

Ella se giró y vio a Allan, el piloto.

Se despertó sobresaltada no por el miedo sino por el protagonista del sueño que acababa de tener. Se preguntaba por qué había estado Allan merodeando en su cabeza sin su permiso. Sus pulsaciones comenzaron a disminuir, pero el rubor siguió un lapso de tiempo más. Cada vez se colaba en sus pensamientos con más frecuencia, como cuando tienes hambre y te llega esa sensación sin más, así aparecía y en ambas ocasiones, dejaba un pequeño vacío en el estómago. Tenía hambre de Allan. Hambre de la sensación de comodidad y de seguridad que le proporcionaba estar a su lado, como en el sueño, como en el avión.

—Hola, dormilona. Tienes cara como si te hubiera dado un retortijón. — Lily la miró—. Eso, o te has despertado pensando que te has dejado el gas abierto en tu casa.

—Pues casi que lo primero, he tenido un sueño muy raro, pero que muy raro.

—Dicen que cuando comes mucho, tiendes a soñar cosas extrañas. Ve preparándote que solo nos quedan tres horas y media para la fiesta y es muy poco tiempo para arreglarnos.

Lily empezó a sacar varios vestidos de su maleta.

—¡Eso tú, que tienes la cita de tu vida! Creo que podemos reservar otra habitación por si no tienes bastante espacio para extender tus vestidos y decidirte.

—No me recuerdes al socorrista que me pongo nerviosa y se me cierra el

estómago. Hablando de estómago, podríamos pedir que nos suban la cena para adelantar el tiempo.

—¡Perfecto! He visto en el bar que preparaban unos tacos y tenían muy buena pinta. Esto de la pulserita es lo mejor de la vida. Me siento como una reina de la edad medieval. Voy a cortar las comunicaciones con el resto del mundo para que estas sean unas vacaciones infinitas.

Después de dos horas, Lauren descolgó el teléfono, llamó a recepción y pidió la cena. Dos tacos para cada una, patatas con salsa guacamole y, para beber, habían decidido que iban a pedir agua para estar frescas como una rosa para la fiesta. Llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz que atravesaba la puerta.

Lily abrió la puerta de la habitación y se encontró a Rodrigo, el camarero. El momento la había pillado en mitad de un cambio de probarse vestidos e iba en ropa interior.

—Pero mira quién está aquí, es nuestro amigo Rodhrig... Grodrig... mmm... ¡El señor abdominales!

—Les... les traigo su cena —dijo titubeando al ver las despampanantes curvas de Lily. En la piscina intentó quedar como un Don Juan, pero, realmente, era como un joven cervatillo que acababa cruzando la carretera de noche y queda paralizado por los faros de un coche, esta vez los faros que le apuntaban a la cara no eran luces. Su tez morena se tornó de un color parecido al del pimiento que llevaban los tacos.

—Pero si se está poniendo rojo Míster Abs —dijo Lauren que observaba desde la cama—. No te preocupes Rodrigo, Lily no muerde. —Hizo una pausa mientras se le elevaba la comisura izquierda de los labios, sonriendo—. No muerde si ella no quiere.

El camarero cada vez estaba más nervioso y al dejar los platos en la mesa, lo hizo tamborileando. No podía ni contestar presionado por las miradas de las dos amigas. Agachó la cabeza y anduvo hacia atrás casi haciendo el “Moon Walker” de Michael Jackson en dirección a la puerta, intentando escapar de la situación. Antes de salir se paró.

—También tengo un mensaje. Es para Mae West.

Ahora la sorprendida era Lily, que se quedó petrificada al ver lo que había dicho el camarero. El socorrista/deejay del hotel le mandaba un mensaje. Incluso había averiguado en qué habitación estaban hospedadas

—¿Cómo dices? —preguntó Lily estupefacta.

—Lo envía el señor Michael, dice que esta noche lo llames Chico. Únicamente me ha dicho eso.

Lily se quedó pensativa. Era una de sus películas favoritas y él la había

nombrado. Chico y Diane eran los protagonistas de *El séptimo cielo*. Un film que se estrenó en los años veinte y que casi ganó el Oscar a la mejor película.

—Si necesitáis cualquier cosa más, podéis avisarme o a recepción y os traeré lo que digáis —dijo Rodrigo casi huyendo de la habitación, escapando de la vergüenza que estaba teniendo. Cerró la puerta dejando a las amigas solas.

Lily absorta en sus pensamientos ni se despidió del joven. Lauren se levantó para darle las gracias ya que su amiga se había quedado petrificada, abrió la puerta y vio al joven levantando los brazos como un boxeador que ha ganado el título mundial de los pesos pesados. Estaba celebrando la situación que acababa de tener en la habitación con Lily y Lauren. Dos chicas y una de ellas en ropa interior. En su cabeza ya estaba imaginando qué les iba a contar a sus amigos y cómo iba a deformar la historia para hacerse el macho. Al girarse y ver que estaba Lauren y pillarle con los brazos en alto comenzó a disimular y a mirar las luces como si fuera a cambiar una bombilla.

—Gracias, Rodrigo.

—De nada señorita. —El rubor hizo acto de presencia de nuevo.

existen

A falta de diez minutos para bajar a la fiesta, Lily se decidió por fin por un vestido de cintura ajustada con una falda de vuelo que lucía contenta cada vez que giraba su cadera, doblando la rodilla. Le encantaba posar frente al espejo. Era como cuando le pones a un loro un espejo en la jaula, lo tienes entretenido toda su vida. Sus caderas estaban rodeadas por un cinturón rojo de un palmo de alto y, en el tirante izquierdo, un lazo grande del mismo color. A Lily le encantaba el color rojo, siempre salía con algo de ese color, un lazo, un anillo o los pendientes. Su pelo llevaba grandes tirabuzones con kilos de laca para que no se moviera ni un solo centímetro y estaba recogido con un pañuelo de lunares rojos igual que el vestido. Por supuesto, sus zapatos de tacón, eran del mismo tono impactante. Estaba espectacular.

Por otro lado, Lauren se puso un vestido veraniego azul marino que resaltaba su figura esbelta y sus largas piernas deslumbraban con el bronceado que el sol le había regalado esa mañana. Una gargantilla con un gran valor sentimental, saludaba a su tímido escote de su vestido. Tenía ganas de ir a la fiesta y estar con gente nueva que le distrajera un poco de sus pensamientos, aunque cada vez pensaba menos en la traición que le hizo Marcus. Sus pensamientos estaban clavados en Allan. Imaginó que se distraería un poco y haría fotos de la gente, para luego criticar con Lily sus vestimentas, las pintas y las actitudes. Una foto puede dar mucho de sí. Esa noche era para Lily. Hacía mucho tiempo que no la veía tan ilusionada con un chico y la iba a ayudar en todo lo que pudiera.

Bajaron a la piscina. El lugar había cambiado bastante de aspecto en comparación a cómo estaba por la mañana. Luces de colores iluminaban el agua, le daba un toque elegante. Guirnaldas y telas blancas colgaban de unas pérgolas de madera donde, bajo de ellas, había una serie de mesas simulando barras de bar con los camareros dispuestos a servir todas las necesidades sedientas de los huéspedes. Música veraniega sonaba por toda la fiesta.

Lily dio un par de saltitos emocionada.

—Parece increíble que sea esta la misma piscina en la que nos hemos bañado esta mañana.

—Sí, es una pasada —replicó Lauren.

—Vamos a pedirnos un mojito. —Lily la cogió del brazo.

—Pero con cuidado, que ya sabemos lo que ocurre cuando me tomo dos

copas de más.

De camino a la barra, Lily se fijó en que, en una de las paredes, había una fotografía de la Torre Eiffel. En otra una foto de Montmartre. Michael había dejado pistas sobre la película que le había mencionado con anterioridad. *El séptimo cielo* se desarrollaba en París en los años veinte. Diane, una chica atormentada por el maltrato que sufría por parte de su malvada hermana, es rescatada por Chico, un joven limpiador de las cloacas parisinas con aspiraciones a barrendero; cuando a ella la van a arrestar, Chico miente a la policía y dice son un matrimonio. Para hacer creíble esta mentira, Diane se va a vivir al hogar de él que está situado en el barrio bohemio de Montmartre en París. Su casa está a la altura del séptimo piso y para Diane se convierte en su particular séptimo cielo.

—Lo ha hecho —susurró Lily maravillada.

—¿Cómo dices? —preguntó Lauren.

—Ha puesto señales de la película en la fiesta. Son sutiles, pero la ha convertido en París, donde se ambienta la película de *El Séptimo cielo*.

—Pues brindemos en su honor, por París, la ciudad del amor —dijo Lauren tras coger las copas e intentando poner acento francés.

Al fondo de la fiesta, bajo unas luces tenues, en otra pérgola de madera estaba la cabina del Dj. donde estaba Michael. Estaba decorada con telas blancas también y, debajo de los platos de pinchar, había un letrero que ponía “La cloaca” que era el lugar donde trabajaba Chico en la película. Michael vio a Lily desde la cabina y puso una canción de los años veinte remezclada. Era la canción “Bad boy Good Man”. Una mezcla electrónica de un swing que animó mucho a todos los integrantes de la fiesta. La llamó para que fuera con él a su *cloaca*.

—Ve con él, Lily, no te preocupes que yo me quedo aquí con mi buen amigo *el señor mojito* y recopilando información para después analizar a la gente de la fiesta.

—Eres la mejor amiga del mundo. No te debo una, ¡te debo cien!

Lily subió a la cabina con Michael y estuvieron un rato poniendo canciones de electro swing. Lily estaba en su salsa, parecía que la fiesta estaba creada para ella sola. Se subió a un cuadrado de madera que estaba atrás de la cabina, y ejerció como gogó improvisada de la fiesta. El vestido y ser una sexy *pinup* ayudaba bastante. Lauren se quedó en la barra observando a los grupos de personas con su mojito en la mano. Era como un documental del National Geographic. Había chicos que solo hacían que mirar a su alrededor sacando la cabeza como suricatos para ver en qué grupo de chicas se incursionaban. No hablaban. Cada uno de los integrantes miraba en una dirección, rara vez dos

miraban al mismo sitio, así abarcaban más terreno mientras sostenían una copa en la mano y seguían tímidamente el ritmo de la canción que sonara. Daba igual la melodía que fuera, el movimiento siempre era el mismo. Por el otro lado, Lauren se fijó que una de las *manadas* de las chicas, bailaba muy exageradamente, contoneándose e intentando llamar la atención de los machos. Se movían entre ellas, y lanzaban fugaces miradas a los chicos para lanzarles el anzuelo y que éstos se dirigieran a ellas. Una vez ahí, la hembra decidía qué espécimen era el que resultaba vencedor.

De vez en cuando, alguno de ellos se lanzaba a por Lauren, como Carlos. Un joven chileno con cara de niño y un poco inexperto, le dijo que qué hacía una chica como ella en un sitio como ese. Lauren se empezó a reír solo con oír esa frase y casi no podía parar. Carlos se puso rojo como un tomate. Ella le invitó a una copa, pero, cuando se fue a sentar, el joven vio a sus padres con los que estaba de vacaciones y se tuvo que ir de la fiesta con una regañina. Lauren se estaba divirtiendo. Otros dos tipos se acercaron a ella.

—Parece que te lo estás pasando muy bien, *rubita* —dijo el de la camisa con solo dos botones abrochados y dejando al descubierto un matojo de pelo que parecía una ampliación de la parte suave del velcro.

—Perdona, pero tengo nombre y no es *rubita* —replicó Lauren.

—Vale, perdona, nena —añadió el otro tipo apoyando el pie en una banqueta y tocándose el mentón.

—Bueno, creo que algo aquí sobra y no me refiero solamente a vuestra colonia —dijo Lauren arrugando la nariz—. Os podéis ir a otra parte; por ejemplo, al fondo de esa piscina.

—Mira, Cortés —le dijo el del pelo en pecho al otro—, nos ha salido la conejita guerrera, ¿quieres guerra? Porque nosotros podemos dártela toda la noche.

El galán de pacotilla se acercaba cada vez más a Lauren que sentía náuseas por varios factores: la colonia barata, el alcohol que exhalaba con cada respiración y la presencia misma de ese ser. El hombre le cogió un mechón de pelo con el dedo índice y el corazón para apartarlo de su cara. Lauren agarró con fuerza la copa de mojito que tenía en la mano izquierda, tensó cada uno de sus músculos y visualizó en una fracción de segundo cómo su copa estallaba en su cabeza. Le daba igual las consecuencias. Un segundo antes, un tercer hombre se dirigió a ella abriéndose hueco entre los dos anteriores.

—Cariño, ya he dejado a los gemelos en la habitación con la niñera y te he comprado tus pastillas para la cistitis, por cierto, ¿quiénes son tus amigos? —preguntó—, ¿qué hacéis aquí y qué queréis? —Clavó los ojos en los dos hombres.

Hubo un silencio. Ambos se sostenían la mirada.

—Nada, ya nos íbamos —terminaron diciendo.

Solo hizo falta una mirada y un gesto de seguridad para que esos tipos que estaban molestando a Lauren se fueran. Una mirada sin temor, una mirada serena, tranquila, pero desafiante. El propietario de esa mirada era Allan.

Él estaba ahí. No se lo esperaba. Lauren lo miró.

Desde su pelo negro algo despeinado, pasando por esos ojos grises que combinaban muy bien con su mandíbula marcada, su torso, hasta los dedos de los pies que asomaban por sus chanclas. Todo parecía una ilusión óptica. El hombre que horas antes se había colado en sus sueños, estaba ahí frente a ella. Lauren pensó que era otro sueño, pero era muy real, se quedó sin habla debatiéndose entre saber qué estaba pasando y tranquilizar sus pulsaciones. Le había vuelto a salvar de una situación límite otra vez. Tenía que agradecersele, debía hacerlo, pero no le salían las palabras y cada vez estaba más nerviosa. Era su príncipe montado a caballo, era el protagonista de su cuento. Debía hablar YA.

—¡Shrek! —gritó Lauren sin pensar.

De todo lo que podía haber dicho, balbuceó el nombre del protagonista de un cuento, pero que, en lugar de ser un príncipe, era un ogro. El silencio reinó en un breve espacio de tiempo mientras cada uno de los dos subía una ceja poniendo una cara de extrañeza.

—¿Cómo dices? —preguntó el piloto.

—Nada, nada, que acabo de estornudar, así estornudo yo —respondió Lauren para salir del paso—. Mira: “srech, srech”. —Intentó imitar el sonido del estornudo.

—Hola, *rubita* —dijo Allan imitando a uno de los dos tipos que se habían marchado corriendo para intentar suavizar lo que acababa de ocurrir.

—Gracias —le dijo con sinceridad—, lo has vuelto a hacer, me has vuelto a rescatar. Déjame que te invite a una copa, porque hoy no vuelas, ¿no?

—No, hoy estoy oficialmente de vacaciones bastante merecidas, que he tenido unos vuelos complicados, en especial el último. ¿Sabes? Hubo una pasajera que se emborrachó y se metió en la cabina. No había forma de sacarla de allí. —Él sonrió cuando ella empezó a sonrojarse—. Y no tienes que agradecerme lo otro. Se veía desde lejos que esos idiotas te estaban molestando y era lo mínimo que podía hacer por *mi mujer* —dijo siguiendo con la broma—. Por cierto, tomarte esa copa no le irá bien a tu cistitis.

—¡Esta noche duermes en el sofá y vigilas tú a los gemelos! —respondió Lauren divertida.

—Perfecto, pues dormiré con la niñera que está con ellos.

—Bien porque tiene ochenta y nueve años, así que...

Los dos echaron a reír. Al darse cuenta de lo cómoda que estaba hablando

con Allan, recordó el sueño que había tenido esa misma tarde y, también, algo que una vez le había dicho su abuela, cuando era pequeña y la visitaba durante los veranos; que ella pensaba que las almas viajan a través de los tiempos y del espacio y se vuelven a encontrar décadas o milenios después. Por eso hay personas con las que parece que ya las has conocido antes.

Esa era la sensación que Lauren tenía.

—¿Qué estás haciendo aquí sola?, ¿dónde está tu peculiar amiga?

—Estoy acompañando a Lily. Esta mañana ha conocido al socorrista de la piscina, que al parecer también es el pinchadiscos de la fiesta, y nos ha invitado a venir. Así que le he dado carta blanca para que disfrute y pase un rato divertido con él. Parece un buen chico.

—Entiendo —respondió él.

—¿Y tú con quién has venido? —preguntó Lauren mientras se llevaba rápidamente la copa a los labios para intentar ocultar su nerviosismo.

Le daba miedo averiguar más sobre él y descubrir de repente que estaba casado y tenía gemelos, tal como había bromeado justo unos minutos atrás.

—¿Ves ese grupo de chicas? —dijo Allan señalado a una de las *manadas*.

El grupo se componía de unas cuatro chicas espectaculares. Podrían ser modelos por la estatura y la elegancia que desprendían. Unas curvas y medidas perfectas con vestidos muy caros y que se reían con gracia. Lauren se quedó observando un rato, con el corazón encogido, intentando deducir cuál de todas ellas sería su mujer.

—¿Las ves? —repitió— pues no las conozco de nada. He venido solo.

—¡Me has vuelto a tomar el pelo! —gritó Lauren pegándole una palmadita en el hombro.

—Simplemente me apetecía pasar unos días solo y tranquilo. Tenía reserva en este lugar desde hacía mucho tiempo y he tenido que venir casi obligado.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lauren.

—A veces en la vida hay que una pausa para meditar. ¿Sabes esa sensación de tener en la mano un vaso de agua turbia, cuando paras de moverla, la dejas reposar y termina aclarándose? Pues lo mismo con los pensamientos. Creo que eso es lo que estoy intentado hacer ahora mismo. —El piloto se quedó mirando pensativo el suelo, como si mentalmente hubiera vuelto al pasado, a su agua turbia particular. Lauren lo miró, imaginándoselo como a un maestro budista sin camiseta en la cima de una montaña del Himalaya, con sus músculos del torso marcados y sus piernas en posición de loto. Babeó.

—Quizá yo debería hacer eso más... lo de meditar, digo... —balbuceó nerviosa.

—¿No eres de esas que les dan mil vueltas a las cosas?

—Sí. Y no. Depende. Yo soy más de saltar al vacío sin pensar. Por si te lo estás preguntado, sí, eso me ha traído más de un problema. Supongo que debería reflexionar más antes de hacer algo, pero... no sé, siempre he sido muy de dejarme llevar.

—Todo tiene su parte mala. —Allan cogió la cerveza que había pedido y le dio un trago, sin dejar de mirarla con curiosidad—. ¿Cómo llevas lo de ese tal Marcus?

¿Marcus? ¿Quién era Marcus?, en esos momentos Lauren solo podía pensar en el hombre que tenía enfrente, en los dedos largos y masculinos que sostenían la cerveza y en esos ojos claros que la observaban como si ella fuese la única chica de la fiesta.

Y le gustó eso. Le gustó mucho. Demasiado.

Ahí estaba de nuevo su parte más impulsiva.

Carraspeó, intentando recordar, porque no estaba muy segura de qué le había contado en la cabina, cuando vomitó todo el cabreo que tenía por lo ocurrido con Marcus.

—Fue un capullo —concluyó Lauren.

—Lo sé. —Allan tomó aire—. Dijiste, balbuceaste, gritaste que era un capullo de todas las formas posibles en las que una persona puede decir eso. Solo que en una cabina. Y mientras estábamos a diez kilómetros de altitud.

Lauren se llevó tras la oreja un mechón de cabello.

—Creo que fue mal de altura. Necesitaba desahogarme y los mojitos me ayudaron a expulsarlo todo. Siento haberte dado la tabarra.

—Si sirvió para desahogarte, no lo sientas. ¿Sabes? Yo soy de las personas que piensan que todo ocurre por algo. Todo. Tuvo que ser duro descubrir que te engañaba, pero, eh, piensa que fue mucho mejor averiguarlo que seguir en la inopia. Y así ya no compartes tu vida con él. Imagínate que te hubieras casado. Imagina que hubieras compartido una familia y, al cabo de un tiempo de todo eso, te hubieras enterado de que estaba con la profesora de spinning, *rubita21xoxo* y una larga lista. No te merecías eso.

Hubo un silencio y se quedaron mirándose. Las palabras de Allan llegaron al corazón de Lauren, que empezó a latir con más rapidez. Ese ínfimo momento pareció que el tiempo se detuvo. Observó a Allan. Olió su perfume masculino que parecía atraparla. Se fijó en sus ojos grises, que desprendían dulzura. En sus labios. Y algo surgió en su interior. Una chispa se encendió al ver su boca entreabierta dibujando una media sonrisa.

Volvió a mirar sus labios. Otra vez. Fijamente.

Vaya, sí, ella no es que fuese ya de saltar al vacío, es que era una kamikaze emocional, lo que no decía mucho a su favor teniendo en cuenta las

decepciones que se había llevado a lo largo de su vida, pero es que esa boca parecía tan... tan apetecible...

Que lo besó. Se lanzó hacia él y lo besó.

Como si Allan hubiese estado esperando ese momento, le sujetó la nuca debajo del pelo y aumentó la intensidad del beso. Lauren se derritió al instante, mientras escuchaba la respiración de Allan cada vez más acelerada, más rápida. Como si el cielo pudiese predecir que algo había cambiado allí abajo, en medio de la fiesta, comenzó a llover. Pero ninguno de los dos se apartó. Allan hundió la lengua en su boca con un gemido, buscando la suya al tiempo que la abrazaba contra su cuerpo. Y Lauren supo que aquel era el beso más bonito y apasionado que le habían dado en toda su vida.

Lástima que se rompiese cuando uno de los trabajadores gritó:

—¡El huracán ha cambiado de rumbo y se dirige hacia aquí! ¡Diríjense a sus habitaciones y no salgan hasta nuevo aviso! ¡Rápido, rápido!

desconexión

Las previsiones meteorológicas no se esperaron lo que acababa de ocurrir. La tormenta tropical que se había formado en el océano, tenía previsto tocar tierra en la costa este al sur de Estados Unidos, pero tomó un cambio de dirección y se transformó en un huracán de categoría tres y su máxima intensidad sería cuando tocara tierra en Puerto Rico. La isla estaba preparada para los huracanes, que eran bastante comunes en esa zona, pero lo que tenían que hacer era refugiarse en sus casas o en el caso de Lauren, Lily y Allan, en el complejo hotelero.

Lily le mandó un mensaje de móvil a Lauren diciéndole que se iba a quedar en el *séptimo cielo*, que no se preocupara de nada que estaría a salvo.

Allan cogió de la mano a Lauren. Se dirigieron al interior del hotel sin decirse ni una sola palabra, caminando por el largo pasillo lleno de gente que entraba para refugiarse. Subieron en el ascensor junto a otra pareja de la tercera edad que parecían estar celebrando las bodas de oro. Ellos estuvieron serios, en silencio mirando cómo los números del ascensor subían. Llegaron a la planta quinta y la pareja de ancianos se bajó.

—Así que tu habitación está en la octava, ¿no?

—Sí, eso es, el número ocho... —Lauren se mordió el labio inferior.

Allan cogió aire, sin apartar sus ojos claros de ella.

—Y supongo que ahora mismo yo debería ser un caballero, apretar el botón, acompañarte hasta la puerta y despedirme, ¿cierto? —Lauren lo miró conteniendo la respiración—. O...

—Uhhh, soy toda oídos.

—Podría ignorarlo, apretar el diez, llevarte a mi suite y arrancarte la ropa.

Lauren tragó saliva y cogió aire, con el deseo arremolinándose a su alrededor.

—No está mal como opción, déjame meditarlo...

Allan dio un paso al frente y se pegó a ella hasta que la espalda de Lauren chocó contra la pared del ascensor. Sus ojos se clavaron en los suyos. Hambrientos. Decididos.

—¿Qué ha sido de todo lo que decías antes?

—¿A qué te refieres? Refréscame la memoria...

Ella tembló mientras él le acariciaba con los dedos el tirante del vestido. El gesto le pareció tan atractivo que pensó que iba a desmayarse allí mismo, entre

sus brazos.

—Eso de ser una kamikaze emocional y sencillamente dejarse llevar...

—Te recuerdo que no me ha funcionado muy bien hasta la fecha...

—Y por eso deduces que conmigo será igual.

—Es lo más probable, sí. —Iba a morir de deseo.

Los dedos de Allan dejaron el tirante y se deslizaron por su hombro, poniéndole la piel de gallina. Lauren se fijó en sus labios entreabiertos y deseó volver a besarlos.

—Hagamos un trato. Tú y yo, esta noche, sin pensar en nada. Y al amanecer —la miró fijamente, sin dudar—, te contaré que esto que está ocurriendo entre nosotros no es algo que suela pasarme a menudo y que, cuando te conocí, sentí algo que no sé explicar. Y entonces, como habrán sido las horas más maravillosas de tu vida... me darás tu número de teléfono y yo intentaré calmarme y comportarme como un hombre normal que va paso a paso.

Lauren tenía un nudo en el estómago, pero cuando lo miró a los ojos notó ese hilo invisible que parecía conectarlos de manera inexplicable y le rodeó el cuello con las manos, bajando las pocas defensas que aún le quedaban.

Allan apretó el número diez y la empujó de forma brusca hacia la pared del ascensor antes de volver a buscar sus labios con mucha más pasión y decisión. Lauren se estremeció cuando él su cuerpo contra el suyo. Notó su excitación y deseó que el ascensor fuese más rápido. Sin parar de besarla, le quitó un tirante del vestido y descendió una mano hasta sostener su pecho. Su otra mano se coló por debajo del vestido y Lauren rompió el beso para poder respirar justo cuando la campanita del ascensor sonó indicando que habían llegado a la planta.

Salieron y Allan la abrazó con fuerza alzándola del suelo y llevándola en brazos unos metros, besándola, hasta que llegaron a la puerta de la habitación. Ninguno de los dos miró se paró a mirar si había alguien en el pasillo antes de que él abriese con las llaves.

—Del uno al diez, ¿qué tal va la cosa hasta ahora? —preguntó él divertido mientras le desabrochaba los botones de la parte trasera del vestido.

Lauren se sujetó a sus hombros mientras lo hacía, porque le temblaban las rodillas. Se lamió los labios y él se quedó embobado mirando el gesto.

—Creo que la menos un seis. Sí, un seis con cinco.

—¿Y ahora? ¿Vale la pena lo de ser kamikaze? —Allan dejó que el vestido resbalase por sus hombros y acogió sus pechos con ambas manos, acariciándolos.

—Un siete más que merecido. —Lauren cerró los ojos.

—Esto se va poniendo interesante. ¿Te he dicho ya que eres preciosa?

—No. —Gimió cuando Allan le rozó un pezón con el pulgar.

—Pues lo eres. Y también muy divertida. No recuerdo la última vez que me reí tanto con alguien.

—Me lo tomaré como un halago.

—Es un gran halago, Lauren.

Ella le quitó la camiseta por la cabeza y él colaboró alzando los brazos en alto. Repasó con los dedos el contorno de aquel pecho firme y deseo lamerlo de arriba abajo. Bajó hasta encontrar el cinturón de sus vaqueros y notó cómo Allan contenía la respiración.

—Ahora tú, ¿cómo va la cosa del uno al diez? —preguntó ella mientras le desabrochaba la hebilla y rozaba su excitación con el dorso de la mano al bajar los pantalones.

Allan cerró los ojos y habló entre dientes.

—Un jodido diez desde que te conocí.

—Vaya, veo que eres de los que intentan impresionar con palabras.

—No estoy intentando impresionarte, Lauren.

Ella titubeo cuando él la miró fijamente, porque no estaba muy segura de qué significaba aquella situación. Lauren era una suicida emocional, sí, y se había metido a menudo en relaciones que no tenían ningún futuro sin meditar demasiado las cosas, vale, pero nunca hasta la fecha había sentido algo semejante por un tío que acababa de conocer.

—Prefiero la sinceridad —dijo desafiante.

—Estoy siendo más sincero de lo que he sido en mucho tiempo —replicó Allan y luego volvió a buscar su boca en medio de la oscuridad de la habitación.

Lauren quiso creerle. Lo besó con ganas mientras avanzaban a trompicones hasta la cama que estaba en medio del dormitorio. Dejó que él la tumbase y le sujetase las manos por encima de la cabeza, cogiéndola de las muñecas. Y en ese momento, a su merced, confió en Allan. Sus miradas conectaron. Y sus cuerpos también. Todo en ellos conectó.

Él metió las manos bajo sus braguitas, acariciándolas, y luego le bajó la ropa interior antes de desprenderse de la suya. Cuando sintió sus dedos rozándola, Lauren gimió con los ojos cerrados. Necesitaba más. Quería más. Se arqueó contra él, que pareció entenderlo de inmediato y buscó un preservativo en la mesita de noche.

Unos segundos después, se hundió en ella de una sola embestida.

Lauren se aferró a sus hombros cuando él comenzó a moverse.

Allan acercó su boca al lóbulo de su oreja.

—Espero que esto sea al menos un nueve.

—Sí... —Le rodeó las caderas con las piernas.

Él la penetró con más fuerza, duro y rítmico, como si necesitase saciarse rápido antes de volver a empezar una y otra vez; porque pensaba tenerla bajo su cuerpo durante toda la noche. La embistió más rápido cuando notó cómo ella se estremecía y todos los músculos de su cuerpo comenzaron a tensarse. Se le aceleró el corazón, mirándola mientras se corría entre sus brazos con un gemido ronco y, ante esa visión, Allan explotó de placer y la acompañó en el orgasmo, fusionándose con ella mientras la sujetaba en un abrazo.

Lauren respiraba a trompicones, ahogada.

—Die... diez... Ha sido diez —jadeó.

Allan se echó a reír sobre su cuerpo y luego se giró y rodeó con su brazo a Lauren, que posó la cabeza en su torso. Estuvieron en silencio durante un rato mirando el techo e intentando asimilar lo que había ocurrido. Pasados diez minutos, Allan se levantó y cogió dos bombones que había en la mesa del minibar para darle uno a Lauren.

Ella se lo comió y dejó a un lado el envoltorio del bombón.

—Y mi intención es repetirlo durante mucho tiempo...

—¿Qué quieres decir? —jadeó.

—Que esto no puede ser solo una noche sin más.

—Sé más específico, Allan.

—¿No lo tomas? Joder... me gustas. Mucho.

—Ni siquiera me conoces —replicó.

—Ya, pero, ¿sabes una cosa? A veces personas que crees conocer durante toda tu vida te demuestran que en realidad no era así, que no las conocías. Y en otras ocasiones, te cruzas con alguien que no has visto jamás y sabes con total seguridad que vale la pena arriesgarse.

Lauren se quedó sorprendida al escuchar sus palabras. Pensó que, aunque podría cierto, se estaba precipitando un poco. Curiosamente, como abogada, Lauren había visto muchos casos similares. Parejas que se conocían durante unas vacaciones o a través de Internet, sentían un flechazo inmediato y decidían casarse un mes después sin pararse a pensarlo. Después, la rutina les demostraba que, a pesar de esa pasión inicial, no estaban hechos el uno para el otro. Y ahí entraba ella, en la etapa final. El divorcio.

—Pareces muy seguro de ti mismo —susurró mirándolo.

—Soy un tío que sabe lo que quiere. Y cuando quiero algo, voy a por ello. ¿No es así como deberían ser las cosas? —preguntó.

—Corres el riesgo de llevarte decepciones.

—Como todos. ¿Tienes algún truco para evitarlo?

Lauren lo miró divertida, más relajada y sonrió.

—Bueno, soy un poco bruja y, cuando me cabrea la gente, lanzo hechizos y maleficios, así que... —Carraspeó para aclararse la garganta e imitó a una hechicera lanzando un maleficio. Alzó las manos preparándose para conjurar —. *Las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas del inframundo. Uníos en conjunción con Urano y Saturno para lanzar el maleficio a este ser. Este hijo de la naturaleza no es digno de la paz. Así que Cagún, dios de váter, te convoco para que cuando tu siervo Allan Parker de ahora en adelante cuando se siente en la taza y haga sus necesidades, no tenga papel para limpiarse.*

Bajó las manos e hizo como si echara unas pócimas por los lados. Allan comenzó a reírse. Se lo estaban pasando genial. Siempre que estaban juntos se lo pasaban muy bien.

—Y tú ¿sabes qué? —preguntó acercándose hacia ella que estaba arrodillada con las manos juntas como si rezar—. ¡Te usaré a ti para limpiarme!

Se echó encima y comenzaron a pelear como dos adolescentes y Allan sabía que con la piel tan sensible que había podido comprobar momentos atrás, tendría muchísimas cosquillas. Agradeció a los cielos el huracán que se había formado. Se quedaron un rato más en la cama tumbados, oyendo el rugir del huracán.

—¿Crees que durará mucho la tormenta? ¿Crees que es peligrosa? —preguntó Lauren.

—Este tipo de huracanes son muy impredecibles. Los veo a diario. Muchas veces los sobrevuelo y tenemos que desviarnos por los vientos tan fuertes, pero creo que esta pasará rápido.

—¿Te gusta tu trabajo? Para mí sería el peor trabajo del mundo, porque solo con mojitos pierdo el miedo a volar y creo que con alcohol no se pilota muy bien.

—Claro que me gusta. Desde pequeño, mi padre me llevaba al aeropuerto a ver los aviones. Muchas veces, cogíamos la cámara y nos acercábamos todo lo que podíamos y les hacíamos fotos. Hoy en día, seguimos yendo al mismo sitio cuando tengo libre y nos tomamos un par de cervezas mientras despegan y aterrizan y hablamos de todo un poco.

—Debe ser un buen hombre tu padre —dijo Lauren.

—El mejor, ¿no has visto al hijo que ha hecho? Es una pasada —bromeó.

—Ojalá siempre fueran vacaciones. En un par de días, Lily y yo nos tendremos que ir. ¿Serás nuestro piloto en la vuelta? —preguntó Lauren intentando averiguar hasta cuándo se quedaba Allan. Quería saber más acerca del porqué estaba solo en la isla.

—Me temo que no. Yo estaré aquí una semana más, pero seguro que el piloto que os lleve lo hará muy bien.

—¿Crees que también me dejará entrar en la cabina?

—Puedes probar. Luego te puedo ir a visitar a la cárcel cada mes —rio.

—Muy gracioso —replicó—. Una pregunta, ¿qué es lo que tienes que meditar, si no es mucha intromisión?

—No es ninguna intromisión, sé que eres una cotilla y te comprendo —contestó Allan antes de ponerse serio—. Estoy aquí para encontrar la paz. La perdí hace un tiempo. ¿Alguna vez has hecho algo que debes, pero que no te hace feliz? Pues eso me ha pasado a mí. Me educaron con buenos valores, pero hay veces que los sentimientos te traicionan y podrías pasar a ser el malo de la historia, aunque en realidad no sea así.

Allan se quedó pensativo mirando a través de la ventana cómo la fuerte lluvia caía y el viento doblaba las palmeras. Tenía algo en su interior que no le dejaba estar tranquilo. Un oscuro pasajero del que con la meditación en aquella isla quería deshacerse. Perdonarse.

—Voy a darme una ducha, Lauren. —Allan volvió de entre sus pensamientos.

—Está bien, pero ten cuidado no dejes la puerta del baño abierta, que puede que se cuelen chicas desnudas —dijo Lauren quitando las sábanas de encima de su cuerpo dejándolo de nuevo desnudo solo con las braguitas puestas.

—¡Oh! Lo tendré en cuenta —contestó con una sonrisa seductora.

Pero dejó la puerta abierta. Lauren observó cómo Allan se metía en la ducha y se entreveía la silueta difusa a través de la mampara. Se levantó de la cama en dirección a la silueta justo en el instante en el que llamaron a la puerta. Lauren se paró en seco.

—Servicio de habitaciones —dijo la voz que estaba en el pasillo.

—¡Enseguida voy! —Lauren se puso un albornoz para cubrirse. *Esto de recibir al servicio casi desnuda, se está convirtiendo casi en una tradición,* pensó.

Abrió la puerta y entró un chico empujando un carrito en el que llevaba dos copas y una botella de champagne con una cesta de fresas muy maduras y nata. En mitad de la bandeja, había una rosa roja y una carta de bienvenida donde ponía:

Enhorabuena por su matrimonio señores Allan y Melissa Parker.

Le había pasado otra vez. La habían engañado y en esa ocasión no se lo esperaba. No podía ser real. Allan la había traicionado. Sus sueños la habían traicionado.

Al ver los nombres en la tarjeta de Allan y Melissa, Lauren echó a correr intentando huir de esa habitación, de él. Corrió lo más lejos posible. Fue hacia las escaleras y las bajó sin dirección alguna, lo que quería era alejarse hasta que por el piso siete pisó un chicle, lo que le hizo volver un poco a la realidad y se percató de que iba descalza y medio desnuda por un hotel en que todos los huéspedes estaban dentro, ya que en el exterior había un huracán. Suerte que nadie viera semejante espectáculo. Tampoco llevaba las llaves de la habitación, se las había dejado en el bolso en la suite nupcial en la que estaba alojado el *piloto del mal*, como pensaba llamarlo de ahora en adelante.

Ahora sí, intentando que no la vieran buscó un sitio donde refugiarse y encontró el cuarto de las ropas de cama de esa planta. Fue una salvación. Ahí dio con un uniforme de limpiadora del hotel. Se imaginó como en esas películas de acción donde el protagonista huye de la mafia y aturde con un golpe en la nuca a un trabajador y se queda con el uniforme para pasar desapercibido. Lauren le dio con el canto de la mano simulando un golpe de kárate a la bolsa donde estaba bien plegadito. Se cambió rápidamente y salió del cuarto. Al fondo del pasillo vio un carrito parecido al que le habían llevado a la suite. En la bandeja había una tarrina de medio quilo de helado de *Ben & Jerry's* de sabor tarta de queso y fresas con trocitos de galleta y una botella de vino blanco con una copa.

La acababa de engañar un chico en el viaje que había hecho para olvidarse de otro chico que la había engañado, ¿cómo había podido caer tan bajo? Ya ni siquiera le hacía justicia el título de kamikaze emocional, lo suyo era digno de estudio. Y por si eso fuese poco, estaba atrapada en un hotel sin poder salir, sin poder entrar en su propia habitación, sin poder recuperar su móvil y sus pertenencias. Su único golpe de suerte fue esa bandeja con el helado y el vino que *llevaban su nombre*. Fue directa a por ella.

—*Porfis* señorita, ¡chiss! —Una voz de pito se dirigió a Lauren—. ¡Venga aquí!

La dueña de la voz era una chica estadounidense. Era una rubia que hasta a la misma Paris Hilton le hubiera parecido excesivamente pija. Con una mano en

la cadera y la otra con la palma hacia arriba la volvió a llamar.

—Yo y mi amiga Alexia O ‘Brian hemos visto un animal en la habitación — dijo la pija.

—Y ¿qué queréis que haga yo? —contestó Lauren un poco molesta por el tono que estaba utilizando.

—Pues que la *fulmines* ya. ¿Está claro o qué?

—¿Perdona? —replicó Lauren que no estaba para bromas.

—A parte de vaga, sorda esta sirvienta. El dueño del hotel es amigo de mi papi, ¿sabes? Puedo decirle que te quedas sin trabajo, ¿sabes?

Lauren se mordió la lengua y vio que el supuesto animal era una araña muy pequeña. Tuvo una idea. Sonrió.

—Tienes razón, perdona. Tengo que servirle. ¡Oh! Perdona mi insolencia. Les ruego que salgan de la habitación ya que es una araña del tipo *pupas* y son muy peligrosas.

—¡Te dije que era peligrosa, Alexis O ‘Brian! —dijo la rubia.

Lauren se preguntó por qué la nombraba con su nombre y el apellido. Serían cosas de pijas. Entró sola en la habitación y fue a la pared donde estaba la pequeña arácnida. En Puerto Rico es normal que haya arañas y pequeños insectos inofensivos. Descubrió que no solo estaba ese pequeño amigo de ocho patas, sino que había como unos diez. Los metió en un vaso y fue a sus maletas que estaban abiertas y desordenadas. Puso la mitad de esas amigas de ocho patas en cada una de las maletas para darles una sorpresita a la pija y a Alexis O ‘Brian. Cogió una servilleta para disimular que las había cazado y salió de la habitación.

—¡Ya la tengo! Estáis salvadas. Sentimos mucho que os hayáis encontrado este tipo de animales en nuestro hotel.

—O sea, sí. Puedes retirarte —replicó la amiga de Alexis O ‘Brian.

Con la ira que llevaba encima después del encuentro con Allan, Lauren se imaginó el susto que iban a tener y la hizo un poco más feliz. Si una arañita de nada en una pared les asustaba a doñas pijas, diez más en la ropa pues sería, o sea, tragedia, o sea.

Lo mejor de todo, el carrito con el helado y la botella de vino seguían esperándola, así que sin más dilación se acercó y comenzó a arrastrar el carrito para comer y beber en un sitio tranquilo. El cuarto de la ropa de cama sería perfecto. Se dirigió hacia allí, pero unas voces se oyeron por las escaleras y Lauren tuvo que cambiar de plan, hizo un quiebro y se metió en el ascensor. Pensó que el nuevo mejor sitio para comerse un helado sería en el sótano. Pulsó el botón en el ascensor y le condujo a la planta más baja, donde nadie la podría molestar y así, intentar ahogar y engordar las penas un poco

con el alcohol y el helado. Entró en un habitáculo lleno de trastos. Era un almacén para diversas cosas. En la penumbra, encontró un pequeño sofá y una mesita entre todo y se acopló. Quitó el tapón de la botella que los dioses le habían regalado esa noche y se sirvió una copa. Miró el color a contraluz, meneó el líquido en círculos observándolo y olió antes de llevarse un diminuto trago a la boca.

Sí, no tengo ni idea de qué estoy haciendo, pero queda muy sofisticado. Este vino, está genial para emborracharme, pensó Lauren.

Dejó a su lado la copa, cogió el helado e hizo el mismo proceso de somelier. Luego se llevó una gran cucharada que acompañaba con un gran trago de vino.

Estaba disgustada con Allan. Estaba disgustada con el mundo, pero con la persona que estaba más enfadada, era consigo misma. Lauren se sentía incapaz de ver más allá de la mentira. Los hombres siempre le estafaban emocionalmente y la culpa era suya.

Allan había sido uno más. Un hombre recién casado...

Y a pesar de todo, había algo que no encajaba, como si hubiese dos realidades. Una en la que el sentimiento, su corazón le decía que la conexión con Allan era real, que era especial, el Neo de su Matrix interior. La realidad en la que había pasado una de las mejores noches de su vida. La que cada roce de su piel contra la de Lauren era algo excepcional, algo como hecho a medida. La que el amor súbito tenía sentido y las horas junto a él parecían infinitas. Y luego estaba la otra realidad, en la que Lauren había sido utilizada y engañada, en una suite nupcial que Allan, había compartido con una tal Melissa, su mujer.

Lauren dejó la copa de cristal vacía y comenzó a beber directamente de la botella.

—¡Cabazón! —comenzó a hablar sola —Zí, es un *cabrozazo* de altos *vueloz* y *ezpero* que cuando *zuba* al avión —decía Lauren a la nada mientras daba sorbos a la botella—, *ze* le taponen *losz* oídos para siempre.

Poco a poco notaba cómo el efecto del alcohol se iba incrementando y la tormenta de sentimientos y pensamientos en su cabeza iba disminuyendo dando paso a un plácido sueño. Dejó la botella a un lado y no tuvo más que ladear la cabeza para entrar en un sueño muy profundo. Al igual que la otra vez, Lauren soñó que volaba, pero esta vez era fue distinta. Volaba libre, sin aviones ni artilugios, solamente ella. Sentía paz. A su lado, se iban acoplando unos duendecillos azules que se reían y le hacían cosquillas en la frente con suaves roces. Uno de ellos se posaba a su lado y se reconfortaba. El miedo a las alturas desaparecía. Las risas de los duendecillos eran simpáticas y traviesas y

Lauren decía en mientras volaba “Hola simpáticos duendecillos” hasta que uno de ellos le oyó decir *pene* y se extrañó. El duende de su lado era más agradable y le dijo: “Lauren, cariño, despierta” se reconfortó más aún, se giró en su sueño y era Allan de nuevo.

—¡Qué narices! —exclamó Lauren abriendo los ojos sorprendida por el sueño.

—Se ha despertado, huyamos. —Cuando su vista se adaptó a la luz, vio a cuatro niños con cara traviesa que casi estaban encima de ella.

—¡Largaos de aquí! —gritó Lauren arrepintiéndose del volumen de su voz ya que un fuerte dolor de cabeza le martilleaba las sienas.

Los niños salieron corriendo riéndose y saltando. Se incorporó y se puso la mano en la frente intentando apaciguar la resaca. Volvía de nuevo a la realidad. Una realidad en que había un dolor muy fuerte y no era a causa del alcohol de la noche anterior. Quería huir de allí, de todo lo que la rodeaba en ese momento. Se atusó el pelo, se estiró la cabeza y se dio un par de palmaditas en la cara repitiéndose: “*Vámonos, tú puedes.*”

Subió al piso donde estaba su habitación. Lily no había llegado todavía, pero la puerta estaba abierta. Estaban haciendo la limpieza diaria. En el carrito donde se guardaba la basura y los productos limpiadores, vio una chaqueta que ponía Lupe. Entró en su propia habitación y tuvo otra idea ya que ella llevaba el mismo uniforme que Lupe.

—Hola ¿Lupe? —preguntó Lauren.

—Sí, soy yo, ¿qué pasa? —respondió la limpiadora.

—Yo ya he acabado las habitaciones de la planta doce y me han dicho que te ayudara, así que puedes irte a otra habitación.

—Oh, ¡sensacional! —dijo Lupe— por cierto, la colonia de la gringa esta, huele muy bien y la falda plisada me queda fenomenal. Échate si quieres.

Lauren se quedó atónita. El perfume al que se refería, era el suyo propio y la falda también.

—¿Te has puesto su colonia y su ropa? —preguntó Lauren ojiplática.

—Claro, muchacha. Y mañana me volveré a poner ese olor que me encanta, como si tú no lo hicieras. Y ropa solo la falda, que estas gringas pueden tener “*ardillas*” como todas las gringas —dijo la limpiadora refiriéndose a las ladillas.

—Claro que lo hago, y muchas veces —dijo Lauren que tuvo otra idea—. Ya me quedo yo.

—Claro “*pene*”.

—¿Cómo dices? —preguntó Lauren.

—Nada, muchacha, es un decir.

Lauren se extrañó por la respuesta, pero no le dio más importancia. La limpiadora real se fue a otra habitación y Lauren ya podía cambiarse, recoger sus cosas y activar su idea.

Tenía que ser rápida.

Fue a su maleta y se vistió con su propia ropa. Recogió a toda prisa e hizo su maleta dejándose el perfume fuera para Lupe. Con mucho dolor, vació el perfume en el lavabo y llenó el dosificador con antiséptico para las heridas. Ese que te deja la piel muy amarilla por varios días.

—Me parece que alguien va a tener la cara más amarilla que un chino por unos días —dijo Lauren mientras vaciaba la botella. Rio.

Después le escribió una nota a Lily que todavía estaba con el socorrista.

Hola Lily, soy Lauren. Lo primero decirte que no te preocupes. Me voy a Estados Unidos ya aunque no haya acabado mi estancia aquí. El motivo es Allan. Pero no quiero amargarte a ti la fiesta. Es más, quiero que te quedes aquí que yo voy a estar bien. Te obligo por la ley 409/17 del estatuto de las amiguis. Estate con Michael que es un buen tipo y hacéis una pareja estupenda. Yo voy a estar genial con mis helados, ellos no me van a engañar (o eso espero). Me dejé el bolso en la habitación de Allan. Allí tenía el móvil. Dalo por perdido, por infectado con un virus mortal. No lo quiero.

PD.: Guarda toda tu ropa con candado en la maleta y bajo ninguna circunstancia uses mi perfume que me he dejado. Es un “regalo para la limpiadora”.

Te veo en una semana. Te quiero mi Betty Boop.

Lauren cogió la maleta y se fue. La tormenta había dado un giro y se había marchado hacia el sur dejando una lluvia más normal. Así que todos los vuelos salían con normalidad. Cogió un taxi camino al aeropuerto en el que el taxista sonrió mucho al verla. Sacó su billete y la chica del mostrador de la aerolínea le mostró una sonrisa también muy grande. Por lo menos, la gente es muy amable, pensó Lauren. Hasta la gente que se cruzaba le sonreía.

Fue al servicio antes de embarcar en el avión, se lavó las manos, levantó la vista y miró al espejo. Los duendes azules, el roce en su frente. Las sonrisas de extraños exageradas.

Llevaba un enorme pene dibujado en la frente desde aquella mañana.

Eran las siete y media y el avión de Lily estaba aterrizando. Días atrás, esa misma hora era la de Zazen en el monasterio. Tenía ganas de ver a su amiga y que le contara cómo se lo había pasado con Michael. En cuanto Lauren llegó a Seattle, la llamó para decirle que estaba bien, que fuera feliz y que quería buscar la paz interior. Lily le dijo que se iba a quedar una semana más con el dj/socorrista y ella se alegró muchísimo. Lauren se situó al frente de todas las personas que estaban esperando a los viajeros, en la sala de llegadas del aeropuerto con un cartel en el que ponía *Señorita Domingas Bailonas*, dispuesta a darle un gran abrazo.

—¡Señorita Domingas! —gritó Lauren al ver a la *pinup*—. Le estábamos esperando para darle un abrazo —bromeó.

—¡Lauren! —gritó Lily corriendo hacia su amiga.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo reconfortante. Cada una de ellas tenía ganas de ver a la otra, pero por motivos bien distintos. Lily para contarle toda la aventura que había pasado con Michael y Lauren para contarle el encuentro con el *piloto del mal* y cómo se sentía de estafada, también para sentir su apoyo.

—Creo que el avión ha consumido combustible extra gracias al peso de tus maletas —dijo Lauren al ver el carro que llevaba con todas sus maletas—. Llamemos a un taxi-tráiler para que nos lleve a nosotras y a tu mercancía.

—¡Es que me fui de compras por Puerto Rico y me gustaron muchos vestidos!

—Es decir, te enamoraste de esos vestidos —dijo Lauren.

—Acertaste. Sí que me enamoré y no de los vestidos —replicó muy seria Lily mirándola a los ojos.

Lauren le volvió a dar un buen abrazo a su amiga y le dijo que se alegraba mucho. Llamaron a un taxi que las llevó a casa de Lily para dejar su equipaje. Después se fueron a *El local de los relatos* que era una cafetería en el centro de Seattle en la que siempre que tenían que contarse alguna noticia, acudían allí. Incluso durante las horas previas, no hablaban del tema para contar todo en la cafetería. El sitio en cuestión se llamaba *Café Vintage* y su decoración simulaba un café que podía haber estado situado entre los años veinte y cincuenta. *Minor swing* sonaba al fondo en una gramola. El suelo estaba dispuesto en rombos blancos y negros. Mesas y sillas de madera doblada componían el comedor. En cada una de las mesas, había una lamparita roja con

su tulipa con encaje. En la barra unas muchachas vestidas de cabareteras y unos chicos con trajes con pañuelo y monóculo servían copas y cafés. Las amigas se acomodaron y se pidieron una fresa loca y agua chispa. Eran nombres en clave para *saltarse* la Ley Seca.

—Bueno, bueno, bueno. Quiero que me cuentes con todo detalle tu romance con Michael —dijo Lauren—. ¿Qué pasó en la fiesta? ¿y luego? ¿qué día es la boda? ¿te trató bien? ¿ya tenéis hijos? ¿A qué colegio los vais a llevar? ¿le gusta la pizza? ¿se ata primero los cordones del pie derecho? Y... ¿Es bueno en...? Tú ya sabes.

—¡Es el mejor del mundo! —dijo Lily juntando las palmas y mirando al cielo pestañeando muy rápido—. Lo primero es que me invitó a la cabina de dj donde me puse a bailar como una loca.

—Ya te vi cómo estabas disfrutando.

—Es que me conoces y sabes la *vergüenza* que me da bailar en público —dijo Lily con cierta ironía—. Bueno, y luego, como sabrás, comenzó a llover mucho. Michael me dijo que me llevaría a su séptimo cielo simulando la película de los años veinte que era la temática que había preparado para la fiesta y me puso una simple norma, que no habláramos nada y nos sumergiéramos en una el film que era de cine mudo. Subimos hasta una planta que tenía un mirador enorme acristalado. Observar el huracán desde aquellos enormes cristales era impresionante. Allí tenía una mesa preparada con unas velas. Me acomodó en la silla y un camarero, que resultó ser el “señor abs”, que me guiñó un ojo, nos sirvió un champagne francés que tenía pinta de ser muy caro y estaba muy bueno. Nos quedamos solos mirándonos a los ojos y dejando que el rugir del huracán nos acompañara.

—¡Parece una película de verdad! —gritó Lauren—. Prosigue, prosigue.

—Mejor que una película —añadió Lily—. Después, pasó un bailarín y una bailarina de claqué que hicieron un espectáculo privado. Impresionante. Mientras, iba sacando una tablet en la que ponía carteles como en las películas mudas.

“¡Oh! Vaya velada, parece que esta pareja se lo está pasando bien”.

“Qué chica he encontrado, es lista, divertida y está como un tren”

—Mientras mostraba la Tablet con las frases, iba poniendo caras sobreactuadas como en ese tipo de películas. Yo también saqué mi móvil y le escribí:

“Me parece que él no es el único afortunado. Ella sí que está en el séptimo cielo”

—Entonces, él respondió escribiendo:

“Llevo toda la noche deseando besar sus labios y no sé cómo decírselo”.

Lo dijo entrecerrando los ojos, simulando que buscaba una estrategia.

“*Creo que me acercaré a ella y la besaré*”

—Me mostró esa frase a la vez que se acercaba y...

—¿Qué? ¡Dime! —insistió Lauren impaciente.

—Fue el beso más mágico que jamás me han dado —dijo Lily mirando al techo de la cafetería embelesada por los recuerdos.

—¡Qué bonito! —exclamó Lauren.

—Después de ese beso mágico, nos fuimos a su habitación y levantó el veto de no poder hablar. Estuvimos conversando toda la noche, incluso no dormimos. Las conversaciones sobre los años veinte, el swing, la música, nosotros, nuestros sueños... Luego se fue a por el desayuno y me lo trajo a la cama, pero no pudimos resistirlo e hicimos el amor y los cruasanes se enfriaron. Fue la mejor noche-mañana de la historia de Lily Archer.

—¡Guau! —exclamó Lauren—. ¿Lo vas a volver a ver?

—Eso es lo mejor, ¡nos vamos a ir a vivir juntos!

—¡Vaya! ¿Estás segura? ¿No es un poco precipitado?

—¿Por qué? —Lily se encogió de hombros—. La vida está para exprimirla al máximo. ¿Y sabes qué? Si al final no funciona, bueno, no es el fin del mundo, cogeré mis maletas, meteré mis cosas y volveré a mi apartamento.

Lauren la miró maravillada.

—Ojalá yo pudiese ser tan segura como tú.

—Y lo eres. Solo es que has tenido mala suerte...

—Cuéntame más sobre él, quiero saberlo todo, Lily.

—Tiene una granja que está deshabitada a las afueras de Seattle, en el pueblo de Northseeth y vamos a rehabilitarla y a crear una granja ecológica.

—¡Es genial! Me tendré que comprar un sombrero de cowboy y unos vaqueros para cuando os vaya a echar una mano.

—¡Eso ni lo dudes! —Lily sonrió antes de poner seria—. Bueno, ahora tú, ya no puedes escaquearte más ni intentes cambiar de tema, ¿qué pasó con Allan?

—Desde hace un tiempo se llama *el piloto del mal* —corrigió Lauren.

—¿Por qué?, ¿qué fue lo que ocurrió, Lauren?

Ella le contó lo sucedido con Allan en el hotel. Le narró el principio que también era de ensueño, la parte del ascensor y cuando se acostaron. Al contar todo, seguían sin encajar las realidades. La realidad que veía su corazón y la realidad que era.

Lily se rio mucho en la parte se hizo pasar por una limpiadora, primero en la habitación de Alexis O ‘Bryan y su amiga y después con la de su habitación. Lily le contó que varios días estuvo viendo a Lupe con la cara amarilla y dijo

que tenía una enfermedad, pero no era grave ni contagiosa. Ahora todo escapaba.

Lauren solía narrar todo con cierto tono de humor. Sabía reponerse bastante bien de los golpes que daba la vida, era eso o la resignación.

—Y así fue como me limpié el enorme pene que me habían dibujado esos niños en la frente —dijo Lauren haciendo un gesto como si se limpiara la frente—. Después dejé las maletas y me marché al bar a tomar unas cervezas y entonces vi un panfleto con un sol en un atardecer en el que decía *Encuentra tu paz interior* y pensé que yo la estaba buscando. Así que unos días después me metí en un monasterio y me hice budista.

Lily se echó para atrás sorprendiéndose de lo que acababa de decir su amiga. Solo habían pasado dos semanas y le acababa de decir que se había hecho moja budista.

—¿Cómo dices? ¿lo qué? —preguntó Lily.

—Como lo oyes, dejé todas mis pertenencias y me hice budista. Entré en el templo que está a unos ocho kilómetros de aquí y me acogieron. Quería buscar la paz interior. Me dijeron que me tenía que rapar la cabeza y les dije que si eso más tarde, que yo creía que la iluminación no se escondía en mi melena. Me tocó en un grupo de doce personas, todas ellas tranquilas. Vestíamos una especie de sábana y meditábamos casi todo el tiempo. Era un relax.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lily.

—El tercer día pregunté que dónde podía encontrar helado de vainilla con cookies, y me dijeron que ese placer era terrenal y que allí no comían helado. Abandoné.

Lily se echó a reír y negó con la cabeza.

—¿Cómo pueden vivir sin helado? —bromeó.

—Ni idea. La cuestión es que, de ahora en adelante, quiero tener los ojos muy abiertos. He llegado a esa conclusión. No más flechazos ni dejarme llevar por las primeras opiniones, porque está claro que siempre me equivoco.

Su amiga suspiró y la miró un poco cohibida.

—Te tengo que dar una cosa —dijo con incomodidad.

—Sí que me vendría bien ese Ferrari, ¿cuándo me lo das? —bromó Lauren.

Lily cogió su bolso y lo puso en la mesa para rebuscar dentro.

De ahí sacó un móvil. Era el móvil de Lauren a la que se quitó la sonrisa de golpe.

—Espero que ese móvil con la misma funda de zanahorias con ojos que tenía yo, no sea el mío, porque no me gustaría saber que has tenido contacto con ese individuo. Es contagioso.

—Te tengo que explicar —dijo Lily tragando saliva—. Allan vino a nuestra

habitación al día siguiente por la tarde con tu bolso y tu móvil. Me preguntó que dónde estabas.

—Y le dijiste que había ido a hacer un ensayo farmacéutico de una nueva sustancia que te hace desaparecer del planeta.

—Casi, pero no. Me dijo que quería saber de ti. Quería hablar contigo e ir donde tú estabas.

—No se lo merece. Yo estuve en la habitación donde en ese momento tenía que haber estado su mujer —gimoteó Lauren, sin poder controlarse más.

—Tranquila, no quise darle ninguna información de dónde estabas. Sabes que siempre te respeto, pero me convenció diciendo que le debíamos una, que nos había sacado de un aprieto y que solo quería una cosa. Un medio de contactar contigo para poder explicarse. Le dije podría darle tu correo electrónico, así tú podrías ignorarlo si querías. También le pedí que, antes de contactar contigo, me dejase explicártelo cara a cara.

Lauren sintió un bombardeo de emociones. Por un lado, no podía ignorar que una parte de ella tenía ganas de escuchar una explicación, pero, por el otro, hacerlo sería seguir exponiéndose a que le hicieran daño como anteriormente había recibido. A mentiras. Excusas y más mentiras. Pero aún así, aún así...

Se mordió el labio inferior, pensativa.

—Bueno, por lo menos nos rescató de la policía de Puerto Rico —dijo a regañadientes Lauren—. Si no lo detecta el antivirus, lo leeré.

—Le di tu correo personal —dijo Lily riéndose.

—¡No! No me digas cuál...

—Sí. Ese. laprincesazanahoria@gmail.com

Montañas de papeles se acumulaban en la mesa. Lauren tenía que preparar varios juicios para esa semana. Una constructora había decidido hacer un complejo turístico en la costa y eso requería desalojar y echar abajo varias casas de la zona dejando a familias sin hogar. El otro era un divorcio donde Jenner, de diecinueve años, le pedía a su Josh, de ochenta y seis años, la mitad de su fortuna valorada en dieciocho millones de dólares. Lauren estaba contenta de volver a su rutina. Aunque su trabajo, a veces, era agobiante, le servía para dejar a un lado los problemas personales. Se intentaba engañar pensando que ya se había olvidado de todo, que ya no pensaba en lo sucedido, ni en *el piloto del mal*, ni lo mal que se había sentido cuando se enteró de la existencia de Melissa.

Le decía a su mente que no quería saber ya nada de Allan, pero sus acciones gritaban lo contrario. Pasó de mirar su móvil ciento catorce veces en un día a trescientas veintidós. Lo miraba compulsivamente para ver si tenía algún correo de Allan, pero este no llegaba. Y a pesar de ello, todavía Lauren se decía para sus adentros que ya no le importaba.

Era como hubiera una gran dualidad en su interior.

Se puso la ropa de salir a correr como todos los días e hizo los siete kilómetros de rigor por el parque Rackmond. Era un lugar tranquilo en mitad la ciudad. En el recorrido la acompañaban árboles milenarios con los que mentalmente se saludaba. Era casi como un ritual necesario para poder sobrevivir en ese mundo tan lleno de hostilidad. Se enfundaba las mallas de correr y el atuendo en el bufete para no perder tiempo y quemar todo el estrés que le producían la resolución de las vidas ajenas. Mientras corría solía no pensar en nada, pero incluso desde que Lily le había dicho que había hablado con Allan, se llevaba el teléfono en un brazalete a su trayecto por si recibía cualquier notificación, aunque en su mente, no lo quería admitir.

Sobre el kilómetro dos, notó una vibración en su brazo izquierdo, bajó el ritmo, lo giró y desbloqueó la pantalla. Ahí vio un sobrecito que indicaba que un correo electrónico había llegado. Desplegó la notificación y vio que en el remitente ponía Allan Parker.

En ese momento, las pulsaciones subieron y no por deporte que estaba haciendo sino por el nombre que estaba allí escrito. Allan.

Cambió de rumbo automáticamente y la cadencia de las zancadas aumentó. Se dirigía a su casa, pero mentalmente se continuaba engañando a pesar de que cada doscientos metros, volvía a mirar el icono de la notificación del correo

electrónico.

Subió las escaleras para no tener que esperar el ascensor y rápidamente se metió en su apartamento.

Se estiró la espalda para relajar los músculos y aunque estaba sola, intentó disimular la alegría y el nerviosismo que le había producido el contacto de Allan. Se desnudó y fue, como su rutina marcaba, al cuarto de baño y encendió el agua caliente para darse la ducha sin dejar de mirar el teléfono móvil. Lauren pensó:

¿Qué querrá decir? ¿Cuál será la explicación? ¿se habrá leído con mi dirección de correo? Bueno, a mí no me importa. Yo no estoy pensando en Allan, me da igual. Luego lo leeré que no tengo prisa. Tengo cosas más importantes que hacer.

Acabó la ducha y se puso su pijama de zanahorias con ojos. Era una fanática de las zanahorias con ojos desde muy pequeña, en concreto desde los tres años. Con esa edad, le pidió a su madre por navidades un peluche de una zanahoria con ojos. Era lo que más quería en el mundo. A las demás niñas les gustaban las princesas, otras tenían peluches de unicornios, otras de ositos de peluche, pero Lauren quería una zanahoria con ojos. No había ninguna razón, sencillamente sabía qué quería y cuándo lo quería. Se disfrazada de zanahoria cuando eran carnavales, tuvo un perrito que lo rescató de la calle y le puso de nombre Zani en honor a las zanahorias. Siempre habían estado presentes en la vida de Lauren.

Automáticamente cogió su portátil y se lo llevó a la mesa. Desplegó la tapa, lo conectó y abrió la aplicación de gestión de correos electrónicos y allí estaba. En negrita, por no estar leído, junto a otro correo con el asunto “Has ganado un yate, ¿lo recoges?”. Dejó el portátil así y se fue a hacer la cena. *Ya lo leeré, no me importa tanto*, pensó. Mentía.

El apetito crecía tanto como las ganas de leer el correo así que se comenzó a preparar la cena mientras llamó a Lily, dejando el teléfono en la encimera con el modo manos libres.

—Le llamo de otra compañía telefónica por si se quiere cambiar de teléfono. Hemos detectado que usted llama mucho a las líneas eróticas y podemos ofrecerle una oferta mejor para que no pague tanto. —Lauren bromeó en la llamada a Lily, siempre solían hacerse ese tipo de bromas con número oculto.

—Pues querría pasarme a “LaurenPhone” que me han dicho que esa línea suena muy guarrilla —le dijo Lily sabiendo en todo momento que era Lauren.

—¿Qué tal estás? —preguntó Lauren que no sabía muy bien cómo sacar el tema de que le había llegado el correo de Allan.

—Pues muy bien, Michael y yo estamos ultimando detalles de la granja. Tengo mucha ilusión de cómo va a cambiar mi vida. Incluso estoy estudiando la agricultura ecológica, aunque Michael ya sabe bastante de eso. ¿Y tú? ¿qué tal la vuelta a la rutina? ¿te ha escrito Allan?

—Pues la verdad es que tengo mucho trabajo y me apetecía bastante volver a hacer mi rutina diaria: casos que preparar, juicios, correr... Ahora mismo estoy haciéndome un tartar de salmón con ensalada de aguacate y trocitos de queso.

—¡Qué bien suena esa cena! —dijo Lily—. Me está entrando hambre a mí también, pero, no me has contestado a lo de que si te había escrito Allan.

—¡Es verdad! No me acordaba, qué cabeza. —Mentía—. Pues ahora que lo dices, me ha llegado un correo a su nombre esta tarde.

—¿Sí? ¿y qué te ha escrito?

—Pues no lo he leído —dijo Lauren.

—¿Y qué haces que no estás leyéndolo ya?

—¡No me acordaba! —Siguió mintiendo.

—¡Te cuelgo y lo lees y ya me contarás! —le ordenó.

—Vale, aho...

Lily colgó y Lauren se dijo a sí misma que debía obedecer a su amiga. Dejó el tartar preparado en la encimera y se sentó delante del ordenador portátil que estaba en la mesa. Respiró muy hondo, como había aprendido en el monasterio budista y clicó en el correo.

De: Allan Parker elprincipedelbrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: Explicación.

Hola, Lauren:

No sé si leerás estas líneas o borrarás directamente el correo, pero necesitaba poder disculparme y darte una merecida explicación. Me gustaría poder haberlo hecho antes, pero ya sabes que los dos somos unos kamikazes emocionales y no hubo mucho tiempo para poder entrar en detalles. En fin, iré al grano, sabes que me gusta ser claro.

Lo que viste en la tarjeta de regalo del hotel era cierto. Melissa era mi prometida y se suponía que ese viaje iba a ser nuestra luna de miel, pero no pudo ser. A falta de dos días, hace casi un mes, anulé la boda. Esa es la verdad.

Te preguntarás que qué me hizo para que, con la ceremonia preparada, el banquete, los músicos y los malditos sobres con las invitaciones enviados cancelara la celebración. Pues bien, no me hizo nada. Sencillamente una mañana me desperté a su lado, la miré y supe que no quería pasar el resto de mi vida con ella. Y no porque sea una mala chica, todo lo contrario, Melissa es

genial, pero a veces el cariño no es suficiente para sostener una relación.

Melissa y yo, llevábamos juntos once años y, a causa de su trabajo (ella es fotógrafa de reportajes) y el mío, no solíamos pasar mucho tiempo en la misma ciudad. Aun así, nos queríamos. Teníamos una vida que no tenía nada de rutinaria. Y precisamente creo que eso fue lo que falló. Parecía perfecta, pero, cuando los dos nos pedimos unas semanas de vacaciones para poder organizar la boda en la ciudad me di cuenta de que la convivencia, la del día a día, no era lo que yo había esperado. No nos divertíamos juntos. En parte, creo que ella también estaba deseando que la ceremonia se celebrase solo para volver a coger un avión rumbo a su siguiente reportaje. ¿Sabes? Es raro, pero como pareja nos iba mejor a distancia, con encuentros casuales cada pocas semanas; pasar mucho tiempo juntos hacía que saliese lo peor de nuestra relación. Lo fui viendo poco a poco. De forma paulatina.

Yo quería trasladar mi trabajo a vuelos regionales cuando nos casásemos para intentar tener una familia, pero entonces empecé a plantearme si realmente íbamos a ser felices.

Y la respuesta fue que no. Supe que no.

Me di cuenta de que nos faltaba algo. La chispa. Esa conexión que hace que estés tranquilo en la vida porque sabes que esa persona que está tu lado y mejorará los momentos que paséis juntos. Lo supe tarde y quedé como el malo de la película. El que huye atemorizado del compromiso de la boda. El que rompe todo y deja plantada a la novia y a los invitados.

Temía decirte esto y que no lo entendieras. Que me vieras como el malo que te acabo de describir. Que pensaras que había pasado tan poco tiempo de la ruptura y de la cancelación de la boda para que tú y yo tuviéramos algo, pero cómo explicarte que esa chispa, la chispa que maldije y que no encontré en Melissa, creo que la vi en ti.

Allan Parker.

El hambre desapareció por completo después de leer las palabras que le había escrito Allan. Dentro de su cabeza había un bombardeo de pensamientos que Lauren no sabía cómo interpretar. Su corazón tenía razón. Las dos realidades que había sentido con Allan, estaban desapareciendo y un haz de esperanza surgía por una rendija. Solo era un breve correo, pero tenía que analizar muchas de las cosas que estaban escritas.

Lauren se sentó en el sofá para acomodarse e intentar que sus pensamientos también lo hicieran. Se puso a mirar la televisión fijamente, pero estaba apagada. El punto rojo le ayudaba a abstraerse y meterse dentro de su cabeza. Ahí veía cada pensamiento e intentaba cogerlo con la mano y colocarlo en su sitio.

Pensó que la vida le estaba dando otra oportunidad para hacer las cosas bien y no precipitarse en las relaciones, evitando que le hicieran daño. Quizá desde el principio debería haber intentado conocer mejor a Allan, intercambiar con él su número de teléfono y mandarse mensajitos en vez de lanzarse a por sus labios como una loca en aquella fiesta.

—Era su prometida —susurró Lauren en voz alta.

Al menos no se equivocó en eso y sí que era la suite nupcial donde tendría que estar.

—Llevaban once años y la relación era perfecta. —Volvió a hablar sola.

Le asaltaron las dudas de si le estaba diciendo la verdad o no. Debía conocerlo más a fondo antes de arriesgarse a entregar su corazón sin *peros*.

Tanto pensamiento hizo que el apetito volviera repentinamente. Fue como si algo le golpeará en el estómago. Dejó de mirar su reflejo oscuro en el televisor y fue a por su tartar que le estaba esperando. Junto con la ensalada, hacía una buena combinación. Estaba delicioso. Pero pensar da mucha hambre y fue a por una bolsa de patatas fritas, unas croquetas que le había dado su madre por la mañana, un sándwich de jamón, queso, huevo y beicon y de postre una tarrina de helado de *Ben's & Jerry*.

Se quedó mirando de nuevo el correo y volvió a leer las últimas palabras que había escrito.

Se estremeció.

Creo que la vi en ti.

Esta vez no las pronunció en voz alta ya que solo leerlas le daba como un cosquilleo y un estremecimiento. No quería que las emociones y los sentimientos la abordaran ni perder el control. Lo que sí que la hizo sonreír y

suspirar, fue el correo que se había creado solo para complacerla a ella: elprincipebrocoli@gmail.com

Lauren pensó que sería mejor contestar al día siguiente. Hablar con su almohada e intentar descansar tanto su cuerpo como su mente. Se lo merecía.

Billy Jean sonaba en la cadena de música del salón. Cada mañana, con los primeros rayos de sol, después de ir al baño, lo primero que hacía Lauren era ponerse música. Comenzaba el día cantando y bailando. Hasta que se preparaba el desayuno y se sentaba a comer pero, aun así, seguía moviendo los pies. Ese día, era especialmente feliz porque para Lauren las caricias, los besos y lo que sintió el día del huracán, podrían tener algún sentido.

Se fue a trabajar, aunque no dejó de pensar en él.

Le tomó declaración al pobre Josh Hammond, el anciano de ochenta y seis años, para la defensa de la parte del divorcio con su mujer de diecinueve años. *Pobre* era decir algo porque dieciocho millones de dólares, es bastante para poder darse algún que otro caprichito.

En cierto modo, todo lo comparaba con Allan. *¿Sería capaz de dejarme cuando fuera un anciano por otra jovencita de veintidós años?* Tenía que conocerlo más.

El anciano comentó que sabía perfectamente que la chica no estaba con él por sus músculos ni por su artrosis, pero quería estar con una joven y que se le pegase algo de vitalidad. Lo que no pensó es que a los ocho meses de relación ella pediría el divorcio. Suerte que el contrato de matrimonio estaba a su favor. Decía que, en caso de divorcio, ella no recibiría nada de su fortuna a no ser que Josh falleciera por causas naturales, llevaran más de cinco años casados o que el anciano fuera el mismo el que quisiera divorciarse. La inexperiencia de Jenner, le jugó una mala pasada y no leyó el contrato antes de firmarlo. El caso estaba prácticamente ganado.

Lauren acabó el día satisfecha. Tenía todo controlado como le gustaba tenerlo. Ese día, cuando salió a correr los siete kilómetros los hizo en menos de treinta y cinco minutos, cinco minutos más rápido de lo que solía hacerlo. Había cenado un buen risotto que se había preparado y solo faltaba que las palabras fluyeran para expresar todo lo que su mente y su corazón querían transmitirle a Allan.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Asunto: Despacito

Hola, Allan:

Soy Lauren,

Gracias por darme la explicación, eso dice mucho de ti. No te voy a mentir. Estos días me he sentido muy mal. Me he sentido engañada y en parte, creo que he tenido algo de razón porque como tú bien has puesto en tu correo, me lo podrías haber explicado. Creo que, si me hubieras dicho que acababas de escapar de una boda, las cosas como bien pensaste, no hubieran sido como fueron. Te hubiera intentado conocer un poco más.

Como ya te conté en el avión (bajo los efectos del alcohol), acababa de sufrir una ruptura con Marcus. Este me engañó reiteradamente con varias chicas que estaban alrededor de él. Sentí que, aunque llevábamos mucho tiempo juntos, no lo conocía suficiente. Me dije a mí misma que no me volvería a pasar, que antes de entregar mi corazón a alguien lo querría conocer. Entonces apareciste tú e hice todo lo contrario, porque, no sé, me sentía bien contigo, sentía que te conocía desde hacía muchos años y estaba segura a tu lado, pero, claro, la realidad es que en el fondo no te conozco, no sé si te gustan más los pimientos rojos que los verdes, o si eres más de amarillo, ¡vete tú a saber! Pero me gustaría averiguarlo. Despacito.

PD.: Gracias por crearte la cuenta de “El príncipe brócoli”, podemos hacer una ensalada.

Atentamente,

Lauren Collins

Exconfiada, prudente y con miedo a volar.

17. ¿Arriesgarse o dar un paso atrás?

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: Como un caracol

Hola, Lauren:

Podemos hacer una ensalada y vivir en un pueblo llamado *Menestra Village*, suena bien. Me tendrás que explicar el porqué de esa dirección de correo electrónico, lo sabes, ¿verdad? Hay noches en las que no puedo dormir de la intriga. Ni de pensar en ti...

Pero me parece perfecto lo de ir despacio. Creo en los flechazos, es una de las razones por las que estoy escribiéndote, pero también soy realista. Ah, y lo de sentirse bien cuando el otro está cerca, bueno, sí, a mí también me ocurrió; incluso cuando temí por mi vida el día que te metiste en la cabina del avión.

Siento no haberte contado antes mi historia.

Me sentía engañado. Y no por otra persona, sino por mí mismo. No fui capaz de pararme a reflexionar y a ser sincero con lo que quería hasta poco antes de la boda.

Así que... ¿qué te parece si empezamos desde cero?

Ahora mismo estoy un poco lejos de ahí, pero pasado mañana, tendré varios días libres y aterrizaré en Seattle. El jueves por la tarde voy a ir una cafetería llamado Lexpresso que está en la Forties Street, sobre las siete. Allí me tomaré un café y puede que conozca a alguna... Alguna chica que esté sola, tomando un café y que podría llamarse Lauren.

Atentamente,

Allan Parker — Caracol que viaja a novecientos kilómetros por hora.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Asunto: Un plan perfecto

Hola, Allan:

No sabía que las floretas de brócoli podían pensar y tener planes tan buenos. Da la casualidad de que ese día tenía que ir por el centro. Yo siempre suelo ir a esa cafetería así que puede que este allí (mándame la dirección completa) y, quién sabe, puede que conozca a alguien. No te pongas celoso, yo te lo contaré por correo cuando llegue a casa. Aunque ya te digo, que si conozco a una persona voy a ir muy despacio y dándome cuenta de todo.

Atentamente,

Lauren Collins — Completa desconocida.

Lauren y Allan habían creado un plan para conocerse más afondo. Qué mejor que simular que eran dos completos desconocidos. El estómago de Lauren comenzó a tomar vida propia a causa del nerviosismo instantáneo que le produjo la cercanía de la cita/no-cita. Era como una quedada a ciegas con una persona conocida. *Mejor así* pensó Lauren que, en el pasado no tuvo muy buenas experiencias con las citas con desconocidos. Solo tuvo una hace muchos años, con diecinueve, antes de encontrar a la *joyita* de Marcus. Fue sin buscarlo, en una opinión de un restaurante que había dejado en una web que se dedicaba a recopilarlas. El restaurante en cuestión se llamaba “En blanco y negro”. Lauren estaba buscando un restaurante para darle una fiesta de cumpleaños a Lily y encontró ese con, claro está, temática vintage. En la web del local se veían imágenes y toda la decoración carecía de color, era todo monocromático. Simulaba una película en blanco y negro, de ahí su nombre. Ese era de los pocos restaurantes con temática de años atrás en el estado de Washington, en el que Lily nunca había puesto un pie. La opinión decía lo siguiente:

El local está muy bien. Es como si volvieras a los años 30. El ambiente y música muy festivo para pasar la tarde, noche o hasta que el cuerpo aguante. Los muchachos y yo celebramos un cumpleaños y nos lo pasamos magníficamente.

Lauren dudaba entre ese restaurante y otro por lo que se decidió a escribirle a Jack, que así era como se llamaba el que había puesto la reseña. Justamente, él también había estado en una celebración de cumpleaños. La reseña estaba bien escrita, sin abreviar las letras y su foto de perfil era artística. Estaba mirando al infinito, apoyado en un Cadillac del cuarenta y nueve (lo conocía porque era el coche preferido de Lily) y con las manos en los bolsillos. Un chico moreno de unos veinte años, con el pelo corto que vestía unos vaqueros que se le ajustaban bien a su cuerpo esbelto y una camiseta blanca a lo James Dean.

Lauren le preguntó que qué tal había estado la fiesta y él le contestó que todo fue fenomenal y que se lo pasaron muy bien. Todo era muy correcto y la ambientación era exacta ya que él era un experto. Chatearon sobre esa época y sobre más cosas. Le pareció un chico culto como pocos encontraba en esa época. La conversación se alargó hasta altas hora de la madrugada y, no mucho, pero los temas subieron de tono hasta ser un poco picantes.

Quedaron en un bar cercano y donde Lauren llegó antes y se sentó con un café. Después de cinco minutos, un señor de unos ochenta y dos años se le

acercó y le dijo: “Sí que hueles bien de cerca como me dijiste”

Lauren se levantó histérica y le gritó viejo verde y que qué había hecho con Jack, si le había matado. El hombre se disculpó y le dijo que no era su intención asustarla. Que él era Jack.

Él se quedó atónito y le dijo que en ningún momento le había mentado. Que en la reseña ponía que lo transportaba a los años treinta que era cuando él había nacido. La foto de perfil, era con su Cadillac del cuarenta y nueve, en el año cuarenta y nueve cuando él tenía diecinueve años.

Fue la primera vez que se sintió engañada por sí misma. Aquel señor, realmente no tenía malas intenciones, solo quería hablar con una chica joven. Al final hablaron (pero con otro tono) y le contó batallitas de la guerra y cosas de su vida. Era como una novela de época.

A la mañana siguiente, después de los bailes matutinos, cuando llegó a su trabajo, le pidió a Boyle, su jefe, que si se podía tomar la tarde libre. Lauren era la mejor abogada que podía tener el bufete, tenía casi un noventa y nueve por ciento de casos ganados y casi nunca pedía un día o una tarde libre. El jefe estaba encantado con ella. Era eficiente y eficaz gracias a su dedicación. Le gustaba su trabajo y dedicaba gran parte de su vida a resolver los problemas que se le planteaban. Muchos hacen sudokus para pasar el rato y distraerse de la vida desconectando, y para ella trabajar era como hacer sudokus continuos. Luego, el trabajo le agradecía esa dedicación proporcionándole estabilidad mental y evasión de los problemas. Boyle le dijo que, aunque había tenido vacaciones no hacía mucho, incluso se podía tomar dos días libres ya que, a pesar de que había trabajado, estaba todo controlado y Lauren aceptó.

Ese tiempo libre lo dedicó para verse de nuevo con Lily y ayudarle en el proyecto tan disparatado, si la conocías de antes, que era la granja ecológica. Quedaron en TrudyMart, una gran superficie comercial en la que vendían todo tipo de materiales para la construcción, plantas y hogar. Lily quería comprar una cerca para rodear los campos, el gallinero y la cuadra para el ganado. Cada una de las instalaciones, necesitaba un tipo de valla distinta.

—¡Yee Haw! —Lauren hizo el típico grito de cowboy al ver aparecer a su amiga y cómo iba vestida.

—¿Qué hace usted por aquí, forastera? —continuó la broma Lily.

La *pinup* se había puesto una camisa de cuadros y las puntas delanteras inferiores las había atado dejando el ombligo a la vista. Se había enfundado unos vaqueros cortos y calzaba unas botas típicas de montar a caballo.

—He venido a construir un muro para los animales —dijo Lauren poniendo

voz de tejano rudo.

—Tenía ganas de verte —contestó Lily—. Pasemos a la tienda y elijo los tipos de valla.

—¡Claro!

Las dos amigas, llevaban un carro donde iban poniendo tornillería y varias herramientas que necesitaba para construir las cercas. Antes de ir, Lauren vio vídeos de internet de cómo construirlas y le pudo dar consejos.

—¿Qué te escribió Allan en ese correo que se te había olvidado que te había escrito?

—Confieso que no se me había olvidado.

—¡Ya lo sabía! Somos amigas desde hace muchos años, y sé que siempre actúas así. Por eso te colgué.

Lauren le contó que Allan, había estado prometido y que, como sospechaban, sí que era la suite nupcial. También le contó el motivo por el cual anuló la boda, que no sentía la chispa, como decía él y que esa chispa dijo que creía que la vio en ella. Cuando le dijo estas últimas palabras a Lily, Lauren se puso tímida cuando a una niña pequeña le preguntas la edad. Se fue directa a mirar las mazas para clavar las estacas para evitar que Lily detectara la vergüenza. Enseguida cambió de tema y le describió que habían quedado, pero en realidad no habían quedado y que la cita era dentro de un día.

—¡Eso es genial! —dijo Lily—. Qué idea más buena. Así podrás conocerlo mejor.

—Claro, eso fue lo que le escribí —contestó y luego se puso nerviosa—. Me gusta mucho, Lily, no sé por qué, pero... hay algo en él especial. Como si fuese mi alma gemela o algo así, ¿estoy loca?

—Tranquila, que todo va a salir bien. Tengo un presentimiento. —Su amiga cogió una pistola de clavos—. Y si no es bueno contigo, le pego un tiro, ¡pum!

Lily comenzó a hacer como si la herramienta fuera un arma e hizo varios disparos al aire. Lauren se rio y, al ver la sonrisa, Lily se creció por la carencia de vergüenza y comenzó a hacer una coreografía, pistola en mano, como si fuera un ángel de Charlie y a decir “*soy la justiciera granjera, no hay malas hierbas que se me resistan*”. En pocos segundos había familias, niños, dependientes y más gente haciendo un círculo y mirando el espectáculo. Comenzó a dispararles imaginariamente y cuando acabó, sopló el también imaginario humo que había salido del cañón. El público comenzó a aplaudir espontáneamente. Lily hizo una reverencia y la gente volvió con una sonrisa a seguir comprando. Esto era habitual en Lily. En cualquier momento podía montar un espectáculo.

—Creo que cuando te crearon a ti, rompieron el molde —dijo Lauren—.

Michael no se aburrirá nunca contigo.

—No nos aburriré nada. Cada momento es único, hasta la lucha por la mañana a ver quién entra primero al váter —dijo Lily.

Al oír esas palabras, Lauren sintió un poco de envidia. Era lo que quería para ella con Allan y lo que en los pocos momentos que había estado junto a él había sentido, incluso en los sueños que había tenido.

Las dos amigas se fueron a la granja. Estaban solas ya que Michael, se había tenido que ir a la granja de sus padres ya que era la época de recolección del maíz y él era el que mejor manejaba la segadora. También fue a la feria de la agricultura para comprar material necesario para su nueva granja.

18. Una cita con Allan

Después de encargarse los tipos de madera y abandonar el TrudyMart, Lily y Lauren se fueron a poner las vallas. La granja estaba construida en un terreno de quince hectáreas. En el centro de la propiedad, se hallaba la casa fabricada en madera a láminas, que tenía tres plantas con techos a dos aguas. Lily y Michael habían pintado las paredes exteriores en color rojo y el techo en color blanco. Aunque en un principio, estaba deshabitada, los padres de Michael la tenían todo lo cuidada que podían. Una semana al año, se desplazaban allí a darle una capa de barniz a la madera para que no se deteriorara. Había dos graneros a cada uno de los lados de la casa. Medían casi veinte metros de altura y eran rojos y blancos para no desentonar con la casa. Las líneas de los campos estaban bien delineadas, pero hasta aquella, tarde no tenían valla para que los animales no se escaparan y también estuvieran a salvo de los zorros y otros depredadores de la zona. Lo primero que vallaron, después de descargar la compra del TrudyMart, fue la zona de las gallinas. Michael había llamado diciendo que había conseguido gallinas ponedoras a un buen precio. El campo donde iban a estar, era muy amplio para que pudieran picotear a sus anchas.

Por la noche cuando estaban cenando las amigas, Lily dijo que en un futuro, como había dos inmensos graneros, en uno de ellos quería hacer un pub/chillout/discoteca dependiendo de la hora del día que se abriera. Sería la segunda fase de la vida en el campo. Estaba muy ilusionada por ello.

Por la mañana, solo les dio tiempo de limpiar de maleza el terreno donde iría el ganado. A Lauren todo este trabajo, le sirvió para no pensar tanto en la cita que iba a tener con Allan. Cada vez que lo recordaba, sentía una pequeña presión en el pecho a causa de los nervios.

—Es hora que te vayas a prepararte para encontrar a tu desconocido —dijo Lily mientras dejaba los guantes para protegerse las delicadas manos—. No vayas a llegar tarde.

—Tienes razón, me iré a casa y comeré algo antes de salir.

—Muchas gracias por haber venido y ¡suerte! —le dijo Lily.

A Lauren se le había cerrado el estómago por los nervios, con lo cual, solo se hizo para comer dos hamburguesas completas con una fuente de patatas fritas con salsa picante, una ensalada y palitos de queso. Siempre le pasaba lo mismo cuando se ponían nerviosa, el apetito *desaparecía* casi por completo. Ja.

Lauren solía ser muy decidida para elegir la ropa que tenía que ponerse en cada o evento, pero esa vez era muy distinta, le recordó cómo era el momento de la elección de la ropa para Lily cada día de su vida. Sacó de su armario todos los vestidos, faldas, pantalones, camisetas y demás prendas que tenía y los extendió por toda la casa. En la cama, sofás, sillas, televisor... fue cuando se cercioró que tenía más ropa de la que imaginaba. Se puso un vestido corto, pero pensó que el pensaría que iba demasiado fresca, aunque no le importaba lo que pensara, o sí, o no, *¡deja de juzgarme!*, se gritó a sí misma.

Al final se decidió por algo que la podría definir. Sencilla. Tal y como era ella. Se enfundó los unos pantalones vaqueros, que su amiga Lily le había dicho que le hacía el mejor culo que podía haber existido en la tierra y una camiseta básica con muchas minizanahorias con ojos las cuales cada una hacía una expresión. Esa era Lauren en estado puro.

L'expresso quedaba a unos veinte minutos en coche desde la casa de Lauren, pero faltando hora y media se puso rumbo allí. Siempre que tenía que ir a algún sitio nuevo, Lauren salía con más tiempo. Con más tiempo que la persona más previsora hubiera calculado. Se puso las gafas de sol y se montó en el coche rumbo a la cafetería. La encontró a la primera y claro, le sobraba más de una hora, así que se puso a analizar el lugar desde su coche y divisar tras la cristalera que hacía de pared. Se imaginó desde fuera de su coche y con las gafas de sol, y se creía que estaba en una misión de vigilancia policial. Aquel lugar no tenía nada en especial, podría ser la cafetería que estuviera en cualquier país, esquina o pueblecito. Nada más entrar, había una barra en la que se veía gente sola leyendo periódicos y deslizando dedo por las pantallas de sus teléfonos móviles. El salón con varias mesas y sofás, estaba dispuesto a los laterales de la barra y vio las diferentes opciones que tenía para sentarse. Encontró una mesa en la pared del fondo, para tener un poco más de intimidad. Había calculado que se iba a sentar de espaldas a la puerta ya que, en la pared, había un pequeño espejo en el que podía ver quién entraba y salía sin que se dieran cuenta y así controlar cuándo viniera Allan, hacerse la sorprendida y soltar una frase ingeniosa tal como *“me suena tu cara de algo, pero no lo recuerdo.”*, *“¿tú no serás un rapero famoso?”* intentando dejar claro que no lo conoce.

A falta de cinco minutos de la hora acordada, entró caminando en dirección a la mesa *estratégica* como así la había llamado. Estaba orgullosa de su inteligencia. Cuando se sentó en el lugar estudiado, se dio cuenta de un pequeño inconveniente, olor a lejía. Era la mesa más cercana a los váteres. Se maldijo. A continuación, la camarera le trajo su café con leche, se echó una reprimenda por no haberlo pedido descafeinado por el nerviosismo que estaba

teniendo.

En ese momento, vio por el espejo que entraba Allan por la puerta. Las pulsaciones se le aceleraron y notó que las manos le empezaban a sudar con cada paso que daba en dirección a Lauren. Ya casi estaba ahí. Cada vez estaba más cerca. Tenía que decir algo ingenioso cuando él le tocara el hombro. Se le olvidaron por completo las palabras y el vocabulario que había aprendido. *Algo ingenioso* pensó casi como una orden. Entonces, Allan fue a llamarla y antes de que éste lo hiciera ella se levantó.

—¡No te conozco de nada! ¡Desconocido! —gritó Lauren levantándose y tirando el café.

Lauren perdió el control que desde había llegado estaba intentado tener. La gente se giró extrañada y ella forzó una sonrisa con la cara sonrojada. Allan sonrió y automáticamente Lauren se tranquilizó. Lo volvió a hacer. Se sintió segura solo estando a su lado.

—No te preocupes, podemos volver a empezar de nuevo —dijo Allan acariciándole suavemente la mejilla con el dedo índice.

—Gracias, es que... —respondió ella, que paró de hablar cuando Allan se marchó dejándola con la palabra en la boca. Lauren se extrañó.

Se dio cuenta de que se había manchado la camiseta con un poco de café.

Entonces Lauren levantó la cabeza y allí estaba él ofreciéndole un paño.

—Hola, he visto que te has manchado la camiseta y creo que las zanahorias se riegan con agua, que el café con leche no les gusta mucho, me parece que esto te puede servir —le dijo Allan ofreciéndole el trapo para limpiarse y guiñándole un ojo.

—Ho-hola —dijo Lauren sorprendida de que Allan volviera a comenzar de nuevo la *cita a ciegas*—. Pues sí, mis zanahorias y yo te lo agradecemos, que hoy estoy un poco patosa.

—¿Me permites que te pida otro café y añada otro para mí?

—Claro, por supuesto —aceptó Lauren.

Allan se levantó y se dirigió a la barra mientras Lauren intentaba quitarse las manchas de la ropa frotando con brío. Ella lo recorrió con la mirada sin que se diera cuenta. Vio que, al igual que ella, llevaba unos vaqueros que se ceñían y le quedaban muy bien. La camisa blanca arremangada, mostraba el bello justo y los músculos de sus antebrazos. Hasta olió en el paño que le acaba de dejar el perfume que tanto disfrutó en la noche huracanada.

—Me he tomado la libertad de pedirte descafeinado, pero si quieres te lo puedo pedir normal —dijo sentándose frente a ella—. Me llamo Allan.

—Lauren —Ella sonrió—. Me llamo Lauren, me gustan las zanahorias con ojos y tirar el café por la mesa.

Allan se rio, se acomodó en la silla y comenzó a darle vueltas a su café con su cucharilla.

—Me intriga lo de las zanahorias, llevaba tiempo... digo, quería decírtelo desde hace un rato, ¿por qué te gustan?

—De pequeña, tuve una zanahoria como mascota. —Lauren comenzó a narrar—. La llamé Maia. La sacaba a pasear todos los días dos horas, la peinaba, le ponía una correa y la llevaba a la calle. Era mi mejor amiga, aunque cada semana se ponía malita y cambiaba de tamaño y forma antes de recuperarse.

Allan escuchaba atento lo que estaba contando Lauren.

—Dormía con ella. —Lauren prosiguió—. Le contaba todos mis secretos. De hecho, todavía es mi amiga. Antes de venir me ha dicho que me pusiera una camiseta en la que saliera su foto.

—Eso... Eso, es muy... eh... —Allan titubeó con los ojos como platos, asombrado por la locura que estaba escuchando.

—¿Y sabes qué es lo más interesante? —Lauren le hizo un gesto acercándose para contarle algo en voz baja—. Que... ¡que es mentira!

Allan se echó para atrás soltando un suspiro de alivio. Lauren no paraba de reír.

—Es que un amigo piloto que no conoces, me ha enseñado a tomar el pelo.

—Vaya con tu amigo, debe ser muy divertido —respondió el.

—¡Claro que lo es! —Guiñó un ojo exageradamente—. Me gustan las zanahorias y no hay ningún porqué metafórico ni nada de eso. Le dije a mi madre de pequeña que me gustaban las zanahorias con ojos, y desde entonces, le ponen un toque naranja a mi vida.

—Eso es más... *normal*, Lady Zanahoria.

La conversación fluía y la comodidad de ambos era evidente. Lauren no paraba de jugar con su pelo y no podía aguantar conectando con sus ojos mucho rato así que le lanzaba miradas cortas. Él se recostó en el sofá. Y aunque la cafetería se llenó de gente, para ambos ya habían desaparecido y estaban solos en ella.

—Y tú, ¿qué me cuentas de ti? —preguntó Lauren mientras apoyaba su cabeza en la mano acomodándose para escuchar.

—Pues me llamo Allan, soy leo y me gusta el cine y los paseos por la playa al atardecer —dijo simulando una típica presentación cutre—. Ahora en serio. Soy un piloto de aviones que sufre de todo tipo de imprevistos en los vuelos, pero a veces, son divertidos y agradables. Me críe en un pueblo de muy pocos habitantes, llamado Falltown, en el estado de Washington en el seno de una familia humilde. Mi padre trabajó en una fábrica de coches hasta que hace

poco se jubiló y mi madre era recepcionista en el único hostel que había en el pueblo. Por si te lo preguntas, no tengo hermanos.

—Interesante, sigue —dijo Lauren que no perdía ninguna palabra que salía de su boca.

—Estudié allí hasta el instituto.

—Seguro que eras el más popular —dijo Lauren.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —preguntó—. De mi promoción, era el más guapo, listo y más popular de todos. Yo era el único que nació ese año en el pueblo.

—Ja-ja —rio irónica.

—Ya te dije que era un pueblo muy pequeño. Después de ahí me fui a la universidad en Seattle donde estudié epidemiología.

—Eso no lo sabía —dijo Lauren.

—Normal que no lo supieras, no me conoces de nada —le dijo él mientras guiñaba un ojo muy exageradamente.

—Es apasionante el estudio de las enfermedades y cómo se propagan por los seres vivos. Después, me quedé dos años trabajando en un centro de estudio de vacunas. Ahorré un poco y me propuse ser lo que toda la vida había querido. Piloto de aviones.

—¿Te gusta mucho volar? —preguntó Lauren que estaba encantada de conocerlo cada vez más y aprender sobre él. Había sido muy buena idea.

—Sí, de pequeño, mi padre me llevó al museo Aeroespacial de aquí, es el más grande del mundo y me quedé enamorado de los aviones y soñaba con surcar los cielos.

Esas palabras le recordaron a Lauren que, aunque tenía miedo a las alturas, también soñaba con volar a su lado. Ya eran varias veces las que lo había hecho, y siempre aparecía Allan.

—Tenía un pase anual —continuó Allan—. La gente que trabajaba allí, ya me conocía como el viejo Ross, el taquillero. Todavía voy allí a ver el museo y verlo antes de que se jubile, le suelo invitar una cerveza y le cuento cómo han ido los vuelos. Como le comenté a una amiga, también nos íbamos mi padre y yo al aeropuerto a ver despegar y aterrizar los aviones. Todavía me sigue impresionando cómo un aparato tan grande y tan pesado puede alzar el vuelo.

—A mí también me parece impresionante y peligroso. Tengo miedo a volar.

—Yo te quitaré ese miedo. Y te llevaré en mi avión privado.

—¿Tienes un avión privado? —dijo Lauren asombrada.

—Sí, algún día te llevaré.

—Me daría un ataque de pánico.

—Conmigo no lo tendrás. Estarías a salvo.

Y quizá fue por el tono o por su mirada, pero Lauren le creyó.

—Bueno, si volvemos a quedar, me lo pensaré.

—¿A ti te gusta tu trabajo? —preguntó Allan—. Que hemos hablado mucho de mí.

—¡A mí me encanta! No te puedes imaginar los conflictos que tiene la gente y a la que se le puede ayudar. Estoy ahora en un divorcio de un hombre de ochenta y dos años que se casó con una jovencita. Ahora le está pidiendo la mitad de su fortuna.

—¡La zanahoria defensora! —dijo Allan levantando el puño y mirando al techo imitando un superhéroe.

Los dos rieron mucho toda la tarde, se hizo muy amena y como siempre, los dos estaban muy bien juntos. Eran dos mitades perfectas. Las horas pasaron y el momento de despedir la cita estaba llegando.

—Bueno, creo que tengo que irme, que mañana tengo que ganar el caso del anciano —dijo Lauren levantándose y atusándose el pelo.

—Claro, yo tengo una ruta a Hawái y hay mal tiempo y son casi seis horas de vuelo —dijo Allan levantándose también— Me lo he pasado muy bien. Me he divertido mucho contigo.

—Yo también —respondió ella.

Se quedaron mirando fijamente durante unos segundos en los que los corazones latieron más rápido de lo normal. Ambos querían que no acabara nunca la cita, alargarla un poco más como unos cuantos años o vidas. Lauren estuvo casi decidida a invitarle a pasar la noche en su casa para tomar una copa, pero la vida le había dado una segunda oportunidad para hacer bien las cosas y no precipitarse en conocer más si cabía a Allan. Tendrían más tiempo.

—Me gustaría volver a quedar —dijo Allan.

—A mí también —respondió ella.

Tras pasaron la puerta saliendo de la cafetería y Allan se acercó a ella. Extendió los brazos y ella le abrazó. Era un abrazo que decía mucho. Lauren sintió su cariño y no quería despegarse de allí, de la seguridad que desprendía. Pero era la hora de decir adiós.

19. Conociendo al príncipe del brócoli

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: He conocido a alguien

Hola, Lauren:

Te escribo para decirte que he conocido a una chica que parece muy interesante. Ocurrió ayer en una cafetería de Seattle. Al principio, cuando me acerqué, me gritó diciendo que era un desconocido y la gente me miró como si fuera un acosador, pero luego supe que lo que le ocurría era que estaba tan nerviosa como yo. Y me dieron ganas de abrazarla.

No quiero que te pongas celosa, pero debo confesar que era muy guapa y que, debajo de una camiseta de zanahorias (que me gustó mucho), había un cuerpo de escándalo. Le conté mucho de mi vida, pero ella casi no me dijo nada de la suya. Quiero volver a quedar.

Ahora estoy de camino a Hawái, en un flamante 747.

Estoy muy ilusionado, aunque vamos poco a poco.

La tarde se me pasó en un suspiro y me quedé con ganas de más. Creo que a la chica también le ocurrió lo mismo. En cuanto tenga oportunidad, le voy a pedir que volvamos a quedar, pero que esta vez, proponga ella el plan ya que casi no me contó nada de su vida.

PD.: Me estoy comiendo un pastel de zanahorias que me acabo de hacer.

Atentamente,

Allan Parker — cocinero de zanahorias.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebsímilrocoli@gmail.com

Asunto: No estoy celosa

Hola, Allan:

No me pongo celosa, al revés, me alegro mucho por ti. Creo que has tenido mucha suerte al encontrar esa chica. Muchos hombres estarían encantados por estar en tu lugar. Suena tan divertida, simpática, atenta, locuaz, fantástica, inverosímil, maravillosa... y encima por lo que cuentas, tiene buen cuerpo. Te aconsejo que no la engañes y que hagas todo lo que te diga ella como un esclavo y, por supuesto, que le cocines una tarta de zanahoria.

Tampoco me puedo poner muy celosa, ya que ayer yo conocía a un chico también. Fue el hombre más guapo que podía haber existido en la tierra. Olía

muy bien, era moreno con el pelo alborotado y los ojos claros. Estuve a nada de invitarle a casa y hacer el amor hasta altas horas de la madrugada, pero había un problema. Había quedado con alguien en una cafetería donde conocí a un aburrido piloto que no paró de hablar de sí mismo hasta hacerme bostezar. Casi me duermo.

—
—
—
—

¡Mentira!

¡Cómo me gusta devolverte las bromas!

La verdad es que yo también conocí a un hombre maravilloso y me sentí como si ya nos hubiéramos visto, no solo en un avión y en un complejo hotelero en medio de un huracán, sino durante muchos años, como desde siempre. Me estuvo contando su vida y aunque no paró de hablar de sí mismo, yo me quedé con ganas de conocerlo aún mejor.

Le voy a proponer un plan para el fin de semana.

Lo voy a llevar a un sitio salvaje. Literalmente.

Ya que dijo que casi no hablé de mí, le propondré ir a la granja de mi amiga Lily y su novio Michael. La están reconstruyendo y estarían encantados de que les ayudáramos a restaurarla. A cambio, ellos nos invitarían a comer. No sé si el piloto que conocí tendrá reparos en ayudar por ser finolis, pero se lo diré. Está ubicada en un paraje muy bonito.

Atentamente, Lauren Collins.

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: Una tarta y lo que quieras

Hola, Lauren,

Una duda, ¿qué la princesa Zanahoria coma esa tarta de zanahoria, no es canibalismo?

En cuanto al otro tema, si la chica que conocí me invitara a ese plan, me parecería perfecto. Me crié en un pueblo pequeño donde había muy pocos habitantes. Aunque hable tan bien, sea tan culto e inteligente, soy de pueblo. En la casa, mis padres tenían un pequeño corralito, donde teníamos gallinas. Yo estaría encantado de poder ayudar.

Lo que más me apetecería sería estar con ella.

Aunque la vi ayer, ya la echo de menos...

Atentamente,
Allan Parker — Quiero verla

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Asunto: Yo también

A mí también me apetece mucho verte.

Lauren Collins — Quiero verlo.

20. Eres raro. Y me gusta.

La semana iba transcurriendo como otra semana cualquiera. Preparar casos de divorcios, alguna fusión de empresa, salir a hacer deporte... Todo era como siempre salvo una cosa. Lauren. Algo en ella había cambiado. Estaba llena de una paz interior que nunca había tenido y la culpa de ello era de Allan. Rememoraba cada instante que pasó en la cita analizando cada mirada, cada gesto. No lo tenía cerca, pero esos recuerdos le ayudaban a sobrellevar la lejanía. Daba igual que Allan estuviera en Chile que en Honduras, que a un kilómetro de ella, si no estaba a su lado, era estar lejos.

Durante el transcurso de semana se iban intercambiando correos electrónicos donde Allan le contaba cómo había sido su día y dónde estaba en ese momento, la hora que era y si tenía *jetlag*. En cambio, Lauren, le decía los casos que ganaba, si había hablado con Lily o su madre hasta que había plantado una semilla de hibisco y que había empezado a brotar.

Se convirtió en una rutina diaria agradable. Llegaba a casa, abría su portátil y veía que él le había escrito. Con la tranquilidad de saber que más tarde iba a tener noticias de Allan, se duchaba, hacía la cena y se llevaba el ordenador portátil al sofá. Se ponía una copa de vino blanco y disfrutaba de cada frase que le escribiera, hasta de las bromas que le hacía. Era como volver a ser adolescente, pero con una tranquilidad que no se tiene a esa edad.

Con cada correo, lo sentía más cerca. Era lo que habían planeado, conocerse poco a poco. Cocer la relación a fuego lento.

A falta de un día, la ilusión de volver a verlo aumentaba. Estaba más feliz si aún cabía y eso se notaba. Lauren mostraba una amplia sonrisa que, hasta Boyle, su jefe, había adivinado que había encontrado a alguien.

Tal era la felicidad que una tarde corriendo por el parque como de costumbre vio a Marcus. Lo vio con una chica joven y guapa, pero lo que había sentido tiempo atrás había desaparecido por completo. Lauren había madurado y tenía otra perspectiva de la vida. La rabia que había sentido en el momento que la había engañado paso a ser un sentimiento de lástima. Veía en Marcus un vacío en su interior que tenía que llenar con las infidelidades y no sintiendo la menor empatía por la gente. Ese vacío tarde o temprano le tendría que explotar en la cara y sería el declive de Marcus Rodero y de la gente que le rodeara en ese momento. Se alegró de no estar cerca de él y de esa persona tóxica.

Había llegado el día. Allan le envió la dirección de donde vivía a Lauren para que esta lo recogiera. Se percató que era un barrio residencial con

muchas casas iguales todas dispuestas simétricamente en la calle. Parecían dos partes de una cremallera abierta. Se respiraba tranquilidad y un ambiente muy familiar con niños jugando en la calle a la pelota, seguros por el escaso tráfico que se veía. Lauren se sorprendió ya que, antes de ese día, creía que vivía en un apartamento osco y nada cálido.

—Hola, Allan —saludó Lauren—. Bonita casa, no imaginé que vivías en una casa así.

—Hola, princesa Zana. No vivo aquí, solo es que muchas veces me cuelo en casas ajenas cuando no están y pego un recorte fotos de mi cara en las fotografías familiares de los demás —dijo Allan bromeando—. ¿Dónde creías que vivía?

—Y luego seguro que secuestras a su mascota —dijo Lauren continuando la broma que había comenzado Allan—. Pues me imaginaba que vivirías en un apartamento lujoso, con una decoración minimalista y gris.

—¿Esa es la percepción que tienes de mí?

—Algo parecido —contestó ella.

—Definitivamente, debes conocerme más.

Allan abrió el maletero y metió su mochila.

—Tendrás que contármelo todo sobre ti.

—Entonces tendremos que vernos mucho.

Hubo un silencio y cada uno de los dos mostró una tímida sonrisa. Allan subió al coche, de Lauren. Era un Ford Fiesta negro totalmente nuevo. En el retrovisor interior, una pequeña zanahoria con ojos colgaba y se movía a los lados por la acción de cada curva. Lauren era una conductora segura pero siempre llegaba a los límites de velocidad sin traspasarlos. Se sorprendió al ver a Allan con los ojos parecidos a los de la zanahoria del espejo. Los tenía más abiertos de lo normal y mirando fijamente a la carretera a la vez que, con su mano derecha cogía con fuerza el agarradero de la izquierda, arriba de la ventana.

—Vaya, creo que el señor valiente, tiene miedo a que lo lleven —dijo Lauren que parecía disfrutar de ese temor.

—He llevado un avión a diez mil metros de altitud con un motor fallando, he atravesado la nube de cenizas y polvo de un volcán que acababa de ponerse en erupción y han entrado en la cabina de pilotaje y nunca he sentido el pánico que estoy sintiendo ahora.

Lauren, en lugar de molestarse por aquellas palabras, comenzó a reír. No se molestaba porque su manera de conducir era casi perfecta y prudente.

—Con que esas tenemos, un miedica. Creo que en la bolsa que he traído tengo un mojito de emergencias.

—No es muy bueno beber alcohol. A ver si te voy a empezar a contar tonterías mientras conduces —dijo él recordando el episodio de la cabina del avión—. No es por ti, en todos los vehículos en los que subo me siento inseguro si no estoy yo en los controles de mando.

Lauren le lanzó una fugaz mirada.

—Conmigo, no tendrás miedo —le dijo en un tono muy serio Lauren.

Allan sonrió al oír esas palabras ya que él le dijo lo mismo con su miedo a volar. Allan, pretendía que su temor a los aviones desapareciera. Se tranquilizó un poco con lo que le acababa de decir Lauren lo que hizo relajarse y poder soltar el agarradero del techo y disfrutar de las vistas. Cuando Allan pilotaba, nunca se aburría de mirar por la ventana y admirar los dibujos que formaban las costas con el mar. Las líneas curvas que formaban los ríos, podía ver en un solo vistazo varios miles de kilómetros cuadrados y hacerse una idea general, pero ver por aquella ventana las secuoyas, los helechos y toda la naturaleza perfectamente colocada dentro de su caos, le hizo admirar aún más si cabe la grandiosidad de la tierra en la que vivimos. Una paz interior se había generado al pensar en ello hasta que algo la perturbó.

Sus piernas. Sus bonitas piernas.

Las piernas de Lauren se asomaban por debajo del vestido blanco vaporoso que llevaba. Se fijó que cada vez que cambiaba de marcha, se descubría unos milímetros más de piel, y eso le hacía ponerse tenso y no por el miedo, era una sensación muy distinta. Bendijo una serie de curvas las cuales, necesitaban una marcha diferente y mucha atención. Observó también en que el cinturón de seguridad separaba sus pechos y podía adivinar su redondez y su firmeza lo que le hizo recordar aquella noche que pasaron juntos. Tuvo celos del maldito cinturón de seguridad. Allan suspiró hondo e intentó tranquilizarse volviendo a mirar los helechos y las secuoyas ya que, si seguía observándola, se abalanzaría sobre ella.

—Secuoyas, helechos, piedras, ramas, piedras, caracoles, pezones —susurró.

—¿Cómo dices? —preguntó Lauren al escuchar esa lista de cosas.

—Emm... es como una lista para meditar. Es como un mantra que se utiliza cuando estás muy feliz —dijo Allan que se sorprendió ya que no había querido decirla en voz alta.

—Eres muy raro —dijo Lauren pensando si había oído o no, la palabra pezón.

—Tú también —le respondió Allan—. Y me gusta.

—Y a mí.

21. Un día en la granja.

Michael rodeaba a Lily con su brazo esperando en la puerta de la granja a Lauren y Allan que se acercaban con su coche a lo lejos. Un perro de raza difusa, pero con un toque de labrador, se sentaba obediente a la izquierda de Lily. Parecía un cartel de una nueva serie que se podía haber llamado “Los Callaghan”. Michael indicó a Lauren dónde podía dejar el vehículo y ella se apresuró a salir de su coche para darle un abrazo con que se acercó para darle la bienvenida a sus nuevos ayudantes/invitados.

—¡Lauren! —gritó Lily abrazando a su amiga—. Me alegra tanto que hayáis venido.

—Y a mí que nos hayáis invitado —respondió su amiga mientras Allan se acercaba.

—Hola, señor piloto que nos salvó de estar encerradas.

Lily le mostró a Allan una inmensa sonrisa antes de saludarlo.

—Hola, señora que me dio el correo de su amiga y en cierto modo también me salvó —contestó Allan ofreciendo una botella de un caro vino tinto chileno que había traído de su último trayecto—. Gracias por la invitación. Os he traído esta botella, aunque no es un mojito, pero espero que os guste.

El labrador se abalanzó a saludar también a Allan. El perro se puso de pie sobre sus dos patas poniendo las otras dos en la camisa del piloto y lamiéndole la cara. Era un perro muy simpático. Michael se acercó también a dar la bienvenida.

—¡Einstein! Deja a nuestro invitado —le dijo Michael al perro por si le molestaba a Allan.

—No te preocupes, no molesta —le explicó Allan poniéndose en cuclillas para acariciar al perro—. Me encantan los perros, tienen una energía muy positiva y son muy listos.

—Soy Michael. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, aunque creo que ya te había visto en la fiesta del hotel.

—Es verdad, diría que fue una lástima que el huracán arruinase esa fiesta, pero en cierto modo, terminó siendo una de las mejores noches de mi vida —Michael le dirigió a Lily una mirada elocuente—. Espero que lo paséis bien. Por cierto, Lauren, la valla de las gallinas os quedó perfecta. Creo que podríais ganaros la vida como constructoras.

—Es que, lo que nos proponemos hacer bien, lo acabamos haciendo bien —le respondió Lauren que dijo esa frase con segundas intenciones mirando seguidamente a Allan—. Y las que pongamos hoy también van a quedar

estupendas.

Después de la bienvenida, los anfitriones les enseñaron la granja y todo el terreno que tenía. Lily había repartido cuatro botellines de cerveza casera, fresquita y ecológica que hacían otros vecinos de una granja cercana. Les intentaban explicar un poco los proyectos que tenían para el futuro. Se les notaba una gran ilusión y entusiasmo que se traducían en muchas ganas de trabajar y ponerse manos a la obra. Por un lado, iban a estar los campos de hortalizas que Michael con los brazos trazaba líneas imaginarias donde delimitando cada uno. *Aquí estará el campo de lechugas, aquí el de berenjenas, aquí el de zanahorias...* Cuando Allan oyó el último campo, no pudo reprimir una sonrisa y Lauren y él se lanzaron una mirada cómplice. Señaló otro inmenso campo donde pastarían las vacas a sus anchas. Ese era el terreno que tenían que ayudar vallar esa mañana. También le explicó el proyecto del segundo granero *chill out*.

—Parece interesante, qué ganas de venir a tomar una copa—dijo Lauren.

—Sí, nos veréis aquí muy a menudo —continuó Allan que se quedó un poco parado al hablar en plural—. Bueno, si quieres que venga —Lauren sonrió muy ilusionada.

—¡Yupi! —exclamó Lily dando palmaditas muy rápidas de alegría al ver cómo se miraban el piloto y su amiga—. Me encanta, tortolitos.

—Bueno, ese es el campo que tenemos que cercar, ¿no? —preguntó Lauren cambiando rápidamente de tema.

—Sí, ese es —le respondió Michael porque Lily seguía dando palmaditas.

—Pues manos a la obra —dijo Allan arremangándose y cogiendo varios troncos para llevarlos al lugar donde momentos antes había dicho Michael que iba a ir la vaya.

Lauren se quedó un poco absorta mirando a Allan cómo doblaba las mangas de la camisa mostrando sus brazos y cogiendo cuatro grandes trozos de madera en cada brazo. Para ella, era una escena impresionante. Se tocó el bolsillo para asegurarse que tenía el móvil allí y pensó en grabar con la cámara ese instante. Luego recapacitó y pensó que haciendo eso, la gente podría tacharla de chiflada. Descartó rápidamente la idea.

Los cuatro estuvieron toda la mañana clavando las estacas verticales, y toda la línea estaba hecha. Solo quedarían las maderas horizontales que no hubo tiempo.

La hora de comer había llegado.

—¡Qué hambre! —gritó Lauren.

—Peligro, Lauren tiene hambre —respondió Lily.

—¿Por qué es peligroso? —preguntó Allan que se extrañó al oír eso.

Lauren le dio una pequeña patada en el pie a Lily para que no le contara lo que podía llegar a comer cuando tenía hambre, pero su amiga hizo caso omiso a los pequeños puntapiés que estaba recibiendo.

—Creo que todavía no has ido a comer con Lauren.

—No, todavía no.

—Pues estás hablando con la campeona mundial de comer perritos calientes, una engulle comida, una Godzilla del apetito, una devora bufets libres. Aunque la veas tan delicada y delgada, come como un tiranosaurio —dijo Lily presentando a su amiga como si un monstruo de feria se tratase.

—Eso no lo sabía. La próxima cita ya sé que no te tendré que invitar a cenar —bromeó.

—No es para tanto —dijo Lauren un poco avergonzada—. Lo del campeonato, ya te lo explicaré más adelante. Ahora vamos a comer.

—Vale, yo hago la comida —dijo Lily.

—Yo te ayudo —dijo Allan ofreciéndose a cocinar con Lily.

—Creía que solo sabías hacer tartas de zanahoria.

—Cuando pruebes la comida, dirás si es cocinar o no —dijo Allan tocándole la naricilla a Lauren. Ella sonrió con timidez ante el gesto.

Lily y Allan fueron a la cocina de la granja que era muy grande. La encimera medía unos cuatro metros de largo y cinco fogones estaban a un lado. Era bastante antigua pero acogedora. Varias cacerolas y utensilios estaban colgando de las paredes junto con ristras de ajos. Una mesa de trabajo, estaba en medio del lugar. Se notaba que un pasado, esa granja había albergado a una gran cantidad de habitantes y esa cocina estaba comandada por un cocinero. Allan entró a la despensa que en la que había muchos alimentos y observó todo.

—¿Tienes algo pensando para la comida? —preguntó Allan.

—Pues la verdad no, si disparas alguna sugerencia será bienvenida —le contestó Lily.

Allan asintió con la cabeza y le dijo que harían unas patatas rellenas de queso y beicon con bechamel al horno y una fuente con una ensalada completa de tomates, lechuga, zanahoria rallada (dijo que era imprescindible) y como ocho ingredientes más y aprovechando el horno pondría unas costillas en salsa. Lily abrió los ojos como si un chef de un buen restaurante le hubiera explicado la carta. Ella accedió totalmente y se puso a obedecer las órdenes del cocinero jefe, eran un buen tándem culinario.

—Lauren es una buena chica —le dijo Lily mientras pelaba las patatas. Quería mucho a su amiga, y un análisis del hombre del que tanto le había hablado, sería casi imprescindible para el visto bueno—. Lo ha pasado mal y

no se merece que le hagan daño.

—Lo sé. Es una chica fantástica. —Allan le contestaba mientras daba vueltas a las manecillas que controlaban la temperatura del horno—. Es una chica especial y me hace sentir especial. Nos estamos conociendo. ¿Cómo van esas patatas?

—Somos amigas desde muy pequeñas, y aunque ninguna de las dos tiene hermanos, la quiero como si fuera de la familia. No le vuelvas a mentir —le dijo Lily poniéndose seria con el cuchillo de pelar las patatas en la mano señalándole.

—Me arrepiento de lo que hice, pero en ese momento tuve un flechazo con ella y temía que, si le explicaba lo de la fuga de la boda, no lo entendiera. Sé que estuvo mal.

—Si vuelves a hacerlo, te pasará lo que a esta patata —dijo Lily poniendo una patata en una base de madera y cogiendo el cuchillo de cocina con ambas manos simulando que era una catana. Luego golpeó el tubérculo con el filo del cuchillo partiéndolo en dos y quedándose con las manos posadas en el cuchillo, las rodillas flexionadas y los ojos entrecerrados con mirada amenazadora como si la protagonista de la película *Kill Bill* se tratase.

Allan rio mientras se echaba atrás enseñando las palmas en señal de rendición.

—De verdad, nunca volveré a mentirle, incluso si me pregunta que si un vestido le queda bien y yo creo que no y que es horrible.

—Bueno, en ese caso, sí. Miéntele —dijo Lily que pasó del modo agresivo al modo *pinup* en segundos, con solo ladeando sutilmente la cabeza y doblando levemente una de sus rodillas—. Pero no le digas que esto te lo he dicho yo. Es un consejo que te doy de amiga para que ella sea feliz. Me caes bien, Allan Parker.

Allan sonrió al ver que tenía la bendición de su amiga.

Lily le pasó las patatas perfectamente cortadas, las cuales, Allan vació haciendo un pequeño hueco donde puso el relleno de beicon, queso y bechamel. Las metió al horno, y preparó la salsa de las costillas. Le propuso a Lily que las pintara con esa salsa y también se metieron al horno. Mientras tanto, prepararían la superensalada. El aroma que desprendía esa cocina, era tan bueno que hasta podría alimentar a cientos de personas con solo una inhalación. Michael y Lauren entraron llamados por el perfume delicioso. Cada uno de los dos, portaba dos botellines de cerveza fresquitos en la mano.

—Mmm... huele de maravilla —dijo Lauren tendiéndole un botellín de cerveza a Allan que se secaba el sudor con la manga de la camisa—. Dime la verdad, ¿se ha portado bien en la cocina Lily?

—Yo seré la madrina, Einstein será el portador de los anillos y haréis el convite en el granero donde Michael animará la fiesta —dijo Lily sorprendiendo a los demás—. Cásate con él. Cocina de maravilla y tú comes de maravilla. Sois perfectos —bromeó.

—¿Sí? Pues ya tengo cocinero.

—Y tú fregarás los platos —dijo él.

—Trato hecho.

Sus manos se juntaron mientras se miraban fijamente. Ese momento se paralizó para Lauren porque le hizo recordar parte de su sueño. Deseaba fregar platos a su lado y que lo cotidiano fuera excitante, hacer la cena con música de fondo y reírse de cualquier tontería o hablar de sus cosas al final del día. Esos segundos en los que sus manos se entrelazaron, notó un leve mareo seguido de un calor repentino.

Le dieron ganas de abalanzarse sobre él y besarlo.

¡*Ding!* La campana del horno sonó indicando que la comida ya estaba preparada deshaciendo la tensión que se había desatado en los cuerpos de Allan y Lauren. Los cuatro fueron a comer al salón que era otro de los lugares que estaba reacomodado. Una mesa de madera de cerezo presidía aquella sala. Una rueda de carromato negra iluminada con una luz inferior colgaba arriba de la chimenea, junto con las paredes totalmente blancas le daba un toque minimalista. Se habían decidido por fusionar esa decoración con lo antiguo.

Lauren se lo estaba pasando en grande. La compañía era perfecta, pero lo que más ilusión le hacía, era la cantidad de comida que había y lo buena que estaba y, sobre todo, que la había preparado Allan que fue felicitado varias veces junto a Lily. Michael les comentó que, si él se aburría de pilotar y el proyecto de la granja salía mal, siempre podrían tener el recurso de montar un restaurante. Seguro que triunfaban. La comida transcurrió distendida y todos se lo pasaban muy bien. Había veces, que Lauren desconectaba de las conversaciones e imaginaba que estas reuniones se repitieran más.

—Siento que tengamos que irnos tan pronto, pero es que era el único día que podíamos quedar con los proveedores de fertilizantes —dijo disculpándose Michael.

Lily los miró antes de hablar:

—Pero podéis quedaros a pasar la tarde por la zona, que es muy bonita. El lago Machua, está a diez minutos en coche y vale la pena visitarlo.

—Pues si la digestión de Lauren le deja, a mí me encantaría ir —comentó Allan levantando las cejas para que Lauren aceptara la proposición.

—¡Claro! Muchas gracias por todo, chicos, ha sido genial.

—Gracias a vosotros y a vuestra destreza con las herramientas, ¡casi ya está

acabada la valla! —contestó Lily dirigiéndose a Lauren.

Las dos amigas se abrazaron para despedirse y Lily le susurró al oído a su amiga: *Este sí, no lo dejes escapar. No te hará daño.* Lauren se separó de ella y le sonrió y después nuevamente le volvió a abrazar.

Los cuatro se despidieron y a la vez y montaron en sus respectivos vehículos. A dos kilómetros en la bifurcación, ambos coches tomaron destinos diferentes. Allan y Lauren se dirigían al lago Machua.

22. El lago.

Escondida tras un denso bosque de secuoias y helechos, se encontraba una gran masa de agua en calma. En la orilla, dos embarcaderos se internaban hacía el medio del lago y una barquita estaba amarrada al poste de uno de ellos. Miles de árboles, rodeaban aquella extensión de agua como si espectadores de un monumento se tratase y sus copas murmurando sin perturbar el silencio, la cantidad de belleza y tranquilidad albergaba aquella zona.

Aparcaron el coche en una explanada cercana. A pesar de ser un lugar tan bonito, casi no era conocido y la naturaleza de aquel emplazamiento, casi no había sido tocada por la mano del hombre. Bajaron de sus asientos sin quitar ojo a lo que se encontraba ante ellos. Lauren se acercó a la orilla y se agachó para tocar el agua. Aunque era pleno verano, estaba fría ya que estaba alimentada por los riachuelos cercanos nacidos en las montañas adyacentes.

—Esto es una maravilla —dijo Allan—. He estado en muchos lugares gracias a mi trabajo, y no sabía que uno de los más impresionantes lo tenía tan cerca.

—Sí que es precioso —susurró Lauren.

El sol estaba cayendo por la otra parte del lago y sus rayos anaranjados se reflejaban en el agua creando otro espectáculo. Casi por inercia, ambos caminaron al extremo del embarcadero que estaba hecho por varios tablones de madera. Se sentaron al borde y Lauren se descalzó dejando que sus pies se hundieran en el agua.

—Me encanta este lugar, y me alegro que estemos aquí. Yo ya me había despedido de este tipo de sitios. —Lauren se echó para atrás apoyando las palmas de las manos en la madera del embarcadero y dejando que su melena cayera atrás—. A Marcus no le gustaba la naturaleza —continuó ella—. Decía que habíamos evolucionado y que ahora, el ser humano, debía estar en las ciudades. No debería haber cedido.

—El lugar del ser humano es la tierra —dijo Allan que también apoyó un mano en los tablones mientras que, con la otra mano, sostenía una piedra que observaba con detenimiento—. Todo en cierto modo alberga algún tipo de belleza. Aunque parezca raro, inverosímil y extraño, tú también eres bella a tu manera —bromeó.

—Capullo. —Lauren le dio una palmadita en la espalda a Allan—. Todos los años, mis padres yo, solíamos ir en verano a una cabaña que alquilábamos en Sieth Lake. Fue desde los cuatro años hasta los quince. Allí me lo pasaba

genial, había muchas otras familias que también pasaban los veranos allí y hacíamos una comunidad muy divertida y sana. Todas las noches, prendíamos una hoguera y contábamos historias. Siempre llegaba alguien nuevo y otros se marchaban ya que en el grupo éramos cada uno de una edad distinta y siempre había cosas nuevas que escuchar.

—Seguro que ahí tuviste muchos novios.

—Doscientos cuarenta y tres —dijo Lauren muy seria mientras Allan levantaba una ceja en señal de sorpresa—, eran los metros cuadrados de la cabaña. —Lauren rio y luego se puso seria—. Alguno tuve, pero, aunque en aquella época era lo más importante en la vida, se quedaron en anécdotas.

—Me da rabia.

—¿Estás celoso? —preguntó Lauren.

—No, no es eso lo que me pone furioso —respondió él.

—Entonces, ¿qué es?

—Me da rabia no haberte conocido antes.

Lauren se emocionó al oír esas palabras. Estaba viviendo unos momentos muy bonitos e intensos. Ladeó la cabeza y la posó sobre el hombro de Allan.

—Creo que nunca hay que mirar atrás —dijo Lauren—. Quizá, si no hubiéramos pasado lo que hemos pasado, no podríamos apreciar esto tanto como lo hacemos ahora.

Se quedaron en silencio observando cómo la luz cada vez se hacía más tenue y el atardecer iba llegando. Allan se recostó en uno de los postes de madera e instó sin palabras a que Lauren apoyase su espalda sobre su pecho posando su cabeza en su hombro. Allan se dio cuenta que el olor su pelo era espectacularmente embriagador.

—Nunca quise hacer daño a Melissa y me siento mal por ello, pero hay veces que los sentimientos no se pueden controlar.

—No tienes por qué sentirte culpable. —Intentó tranquilizarle Lauren.

—Pero es que la chispa de la que te hablé no la encontré por ningún lado. Busqué en mis recuerdos, y sí, hubo momentos en los que me lo pasé muy bien, pero ya no era lo mismo...

—Me da rabia —dijo esta vez Lauren.

—¿Estás celosa? —Allan le preguntó lo mismo que le había dicho ella en broma.

—Sí —dijo muy seria—. Sé que te acabo de decir que no hay que mirar atrás, pero al decir que hubo momentos en los que te lo pasaste bien con ella, he sentido celos. Debería haber estado yo ahí. Sé que soy contradicto...

Allan se reclinó y posó su mano en su mejilla cortando la frase que estaba diciendo ella. Se quedaron mirando el rostro el uno al otro. Él, observó sus

sinceros ojos y cómo el destino había dibujado como el mejor pintor sus pecas perfectamente repartidas que, con su dedo pulgar, las iba acariciando. Ella miró cómo sus ojos grises la traspasaban pudiendo llegar hasta lo más hondo tocando incluso su corazón. La mano de él se deslizaba por el rostro de Lauren subiendo hasta su cabello y dejando que cada mechón se entrelazara con sus dedos sujetándola firmemente. La respiración se hacía cada vez más intensa y sus corazones palpitaban más fuerte como si intentasen gritar de pasión.

Observó cómo los labios de Allan se separaban lentamente mientras sus rostros se acercaban. Esa pequeña distancia que separaba sus bocas, se fue acortando cada vez más, dejando que sus labios se rozasen con suavidad. En ese momento, una sensación nueva para Lauren había recorrido el cuerpo lo que la hizo sorprenderse y separarse del rostro de Allan. Ella se quedó mirándole intensamente intentando comprender lo que estaba sucediendo. Allan sonrió con seguridad. Él sabía qué estaba pasando.

—Lo has notado, ¿verdad? —preguntó Allan—. A mí me pasó lo mismo en Puerto Rico. Esa es.

—Sí, la he notado.

—Esa es la chispa que necesitaba para vivir y que solo me la has dado tú —dijo Allan.

Sin contestar, los dos se volvieron a besar. Ninguno de los dos quería que se acabara. Era una sensación como la que había tenido en sus sueños. Complicidad, seguridad y amor.

Siguieron abrazados en aquel embarcadero sin importar nada, ni siquiera que la noche fuera cayendo. Ese momento no requería nada. El silencio era perfecto. El abrazo era perfecto. El beso había sido perfecto.

El tiempo pasaba y los dos seguían juntos con un ambiente mágico hasta que un sonido gutural, perturbó el silencio y asustó a Allan, lo que le hizo levantar el cuello y ponerse alerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

Entonces Lauren comenzó a reírse a carcajada limpia. Se deslizó por el cuerpo de Allan hasta que se quedó tumbada con lágrimas de esa risa en los ojos.

—Ha sido un animal legendario que habita estas tierras y en especial este lago —dijo Lauren sin parar de reírse—. Se llama el monstruo del hambre. Acabas de oír el rugir de mi estómago.

—No puede ser. —Allan comenzó a reírse también—. Ese sonido ha sido aterrador, será mejor que nos vayamos a que comas algo a ver si te va a vas a transformar en una mujer lobo o algo parecido.

—No te preocupes, en el coche siempre tengo algo para picar.

Se acercaron al coche de nuevo y abrieron el maletero. Ahí había algo similar a una caja de herramientas, pero en su interior no estaban dichas herramientas. Había comida, como si de un alijo se tratase y Lauren fuera una traficante de alimentos que quiere pasar al otro lado de la frontera. La caja contenía varios paquetes de snacks variados como nachos, patatas chips, bolitas de maíz con sabor a queso, botes con salsa de queso y guacamole para los nachos, atún y botellines de cerveza y refresco.

—Esto es para abastecer a un búnker construido para refugiarse de una posible bomba nuclear, ¿no? —preguntó Allan.

—No, es que hay veces que estoy por ahí como ahora y me apetece picar algo —contestó ella abriendo un paquete de nachos y dándole bocados.

—Eres una chica preparada para la vida moderna, me gusta. Vamos a coger esa toalla que tienes ahí y hacemos un picnic en aquella explanada. Yo ataré las cervezas a esta cuerda y las sumergiré en el lago para que se enfríen.

Aunque había anochecido la temperatura era perfecta y la luz de la luna llena sobraba para ver en la oscuridad. Se sentaron en la toalla y se comieron medio del alijo que tenía guardado. Eso es lo que quería Lauren, cualquier momento junto a él se convertía en un momento mágico. Hablaron durante toda la noche y cada uno le contó más del otro. Un plan simple, se había convertido en un plan perfecto.

Las conversaciones pasaron a un silencio para contemplar las estrellas. Esa tranquilidad hizo que los dos se durmieran abrazados.

Los primeros rayos de sol los despertaron. Esta vez, no hubo sexo esa noche, pero la sensación era casi igual de placentera. Se lavaron la cara en el lago y, con mucho pesar, era hora de partir. El camino de vuelta fue tranquilo. Allan ya no se sujetaba al quitamiedos de arriba de la ventana. No volvieron a hablar nada relevante, lo único que conversaba sin palabras eran las sonrisas de felicidad.

23. Él. Preguntas y respuestas.

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: FW: FW: FW: FW: Para conocernos mejor NO LO IGNORES (Importante)

Hola, Lauren:

Este correo es una prueba definitiva para conocernos mejor. Esta cadena de correos electrónicos comenzó hace quinientos setenta y seis años. Lo crearon unos magos en un lugar que solo aparece dos veces cada tres mil setecientos años. Es llamado comúnmente por los habitantes de la tierra como Losentidor. Si lo ignoras, o no lo devuelves, tendrás cuarenta y siete años de mala suerte. Entre esa mala suerte, cuando te vayas a poner un calcetín, nunca encontrarás el otro par, cuando estés en el wáter, nunca tendrás papel, cuando comas pipas, en el paquete habrá más de doce amargas.

Te aprecio y te aconsejo que no lo ignores y que devuelvas este correo relleno con tus respuestas.

> >01. **¿Qué hora es?:** 9.18

> >

> >02. **Nombre:** Allan Parker

> >

> >03. **Mes y día de tu cumpleaños:** Veinte nueve de julio

> >

> >04. **Signo del Zodiaco:** Leo

> >

> >05. **Años:** 35

> >

> >06. **Tatuajes:** Sí, uno en el brazo de una brújula. Siempre lo miro para saber dónde está el norte de mi vida y no perder el rumbo.

> >

> >07. **¿Estuviste enamorada/o?:** En el pasado, creí que sí, pero no.

> >

> >08. **¿Qué instrumento musical te gusta?:** Suelo tocar el banjo. Raro, pero muy melódico.

> >

> >09. **¿Has estado en otro continente?:** Por suerte, he estado en todos.

> >

> >10. **¿Amaste tanto a alguien como para llorar?:** No

>>

>>11. **¿Estuviste en un accidente de coches?:** No, pero he estado en un coche en el que la conductora iba muy rápido.

>>

>>12. **¿Has tenido alguna fractura?:** Tengo fracturas de treléfrono y de fracturas del segruro del croche (Sí, es muy malo, pero me hace gracia). En serio, me rompí la muñeca intentando sacar un bote de refresco de una máquina expendedora. Se me quedó atascada y al tirar se me rompió. Era mi bote, lo pagué yo. Hay que luchar por lo que quieres.

>>

>>13. **¿Playa o montaña?:** Si el plan es bueno, donde sea.

>>

>>14. **¿Pepsi o Coca-Cola?:** Coca-Cola.

>>

>>15. **¿Cerveza o vino?:** Depende del momento. Una cerveza fresquita después de un vuelo largo es perfecta y un buen vino tinto después en una cena, también.

>>

>>16. **El vaso ¿mitad lleno o mitad vacío?:** Medio lleno siempre.

>>

>>17. **Ropa interior favorita:** Una chica siempre está sexy con unas braguitas y una camiseta ancha.

>>

>>18. **Número de calzado:** cuarenta y dos.

>>

>>19. **Número favorito:** siete.

>>

>>21. **Comida favorita:** Pizza, la que sea sin piña y con mucho queso. Sin lugar a duda.

>>

>>22. **Marca de Colonia Favorita:** Hugo Boss.

>>

>>25. **¿Disney o Warner?:** Superman

>>

>>26. **Restaurante de comida rápida:** McDonals

>>

>>27. **¿En qué te gustaría trabajar en el futuro?:** de lo que estoy trabajando, es el mejor trabajo que puedo tener.

>>

>>28. **Color favorito:** Azul.

>>

>>29. **¿Cómo te ves en el futuro?:** con una chica que tenga esa chispa...

>

>>30. **¿De quién recibiste este correo?:** Angie, una compañera del colegio hace quince años.

>>

>>31. **¿En qué edad te gustaría no crecer más?:** La edad perfecta es un año. Puedes hacer tus necesidades cuando y donde quieras. Si tienes hambre, lloras y te dan de comer. Duermes muchísimo. Te miman... (estoy bromeando).

>

>>32. **¿Qué superpoder te gustaría tener?:** Poder volar casi que ya lo tengo, así que la invisibilidad.

>>

>>33. **¿Invierno o verano?:** Verano para ir a la playa e invierno para esquiar, siempre me gusta la estación que hay.

>

>>34. **Hobbies:** Buceo, leer, ver series de televisión, tomar cerveza con mi padre viendo los aviones, escalada, la botánica... me gustan tantas cosas que no tengo tiempo para todo.

>>

>>36. **Amigos:** Los justos, pero buenos y de fiar.

>

>>37. **¿Qué cambiarías de tu vida?:** nada, hay que valorar todo lo que se tiene y se ha tenido. Cada suceso y cada momento va configurándote para ser cómo eres ahora.

>>

>>38. **¿Tienes ordenador?:** ¿Era tan raro tenerlo en esa época?

>

>>39. **CD's preferidos:** En el tema musical, me gusta de todo un poco. De Jazz, Artie Shaw, Louis Armstrong, Jazz Messengers... El eterno Michael Jackson, The Beatles, AC/DC, Nirvana... entre muchos. Como puedes comprobar, hay mucha variedad.

>>

>>41. **Lo primero que piensas cuando despiertas:** ¡Rápido! Invéntate alguna excusa para no ir a trabajar. Luego recapacito y lo vuelvo a pensar antes de levantarme.

>>

> >42. **Las tormentas, ¿te gustan o te asustan?:** Me encantan cuando las paso viendo una película debajo de una manta. No me gustan cuando estoy a más de diez kilómetros de altitud y tengo que cruzarlas viendo los rayos frente a mí por la ventana.

> >

> >43. **Si pudieras ser otra persona ¿quién serías?:** Quiero ser un bebé, ya lo he dicho antes. Es injusto.

> >

> >44. **Algo que tienes puesto siempre y no te lo quitas:** Mi integridad.

> >

> >45. **¿Qué hay debajo de tu cama?:** El suelo. Tengo la cama sin patas. El colchón está a ras de suelo.

>

> >47. **Escribe algo a la persona que te envió este correo:** Espero que te hayan ido bien estos quince años.

>

> >48. **¿Sabes bailar?** Cuando tengo que hacerlo, me han dicho que parece que me esté dando un ataque epiléptico o en su defecto que me esté traspasando una corriente eléctrica de alto voltaje por todo el cuerpo.

> >

> >49. **¿Café o té?:** Café para estar despierto. Es un gran aliado para los vuelos de largo recorrido.

> >

> >50. **¿Tienes miedo a algo?** No tengo miedo a nada en concreto, solo a que me destrocen el corazón o a no encontrar lo que estoy buscando. Por eso, este correo ayuda.

> >

> >51. **¿Qué le dirías a alguien y no te atreves?** Entonces... no puedo decirlo.

>

> >52. **¿Tímido o extrovertido?** La timidez no sirve para nada, aunque tampoco es mala.

> >

> >53. **Idiomas:** Inglés, español, portugués y francés.

> >

> >55. **Una palabra que te encante decir:** Te quiero y albóndiga. Son melodías para los oídos.

> >

> >56. **¿Perro o gato?** Tuve un perro de pequeño, se llamaba albóndiga.

Ahora con mi trabajo no puedo tener mascota.

>

>>57. **Libro favorito:** El Señor de los anillos.

>>

>>58. **¿Te gustaría que te regalaran un ramo de flores para tu cumpleaños?** No, prefiero la planta entera con las flores y plantarla en mi jardín y cuidarla

>

>>59. **¿Compresa o tampón?:** ¿.....?

>>

>>60. **Moto o coche:** Avión

>>

>>61. **Película favorita:** Forrest Gump, La milla verde, Gladiator, El patriota y... y... bueno sí, admito que El diario de Noah, no me pareció tan horrible como pensaba.

>>

>>62. **¿Dulce o salado?:** Salado con sabor a zanahoria...

>>

>>63. **Lugar preferido:** Creo que el lugar que sea con la compañía correcta sería perfecto.

>

>>64. **Conformista o inconformista:** Una mezcla. Si quieres cambiar algo, hazlo y si no, pues adáptate. Nunca te resignes.

>

>>65. **Programa de la tele favorito:** Perdidos. Siempre he pensado que si se estrella el avión quiero estar en esa isla.

>

>>66. **¿Eres cariñoso?** Claro que sí, osito mío.

>>

>>67. **Deportes ¿verlos por la tele o hacerlos?** Hacerlos.

>>

>>68. **Ciudad para vivir:** Cualquier lugar contigo.

>>

>>69. **¿Crees que el amor puede durar eternamente?** Quiero comprobarlo.

>>

>>70. **¿Dónde estás?** En algún lugar del Océano Pacífico.

>>

>>71. **Hora:** 9:49

24. Ella. Preguntas y respuestas.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Asunto: FW: FW: FW: FW: SEGUIRÉ VIVA

Hola, Allan:

Creo que este correo se podría usar en los juicios para conocer mejor a los acusados y así poder profundizar más en la persona. Sería la prueba definitiva para condenarlo o no.

Conocía la leyenda de Losentidor, de hecho, conozco a una amiga de una amiga, que conoció a un viajante de esa tierra y por eso lo voy a contestar y seguir viva y que no me caiga la maldición ya que conozco a otro amigo de una amiga, que no lo hizo y ahora tiene la mala suerte de dejarse siempre el paraguas cuando llueve. Es muy fuerte. Así que ahí voy:

>>01. **¿Qué hora es?:** 22.33

>>

>>02. **Nombre:** Lauren Collins

>>

>>03. **Mes y día de tu cumpleaños:** Catorce de febrero. Sí, San Valentín, así que la persona que comparta su vida conmigo, tendrá que hacer mínimo dos regalos.

>>

>>04. **Signo del Zodiaco:** Acuario

>>

>>05. **Años:** 29

>>

>>06. **Tatuajes:** Ninguno todavía, pero quiero hacerme una zanahoria en un columpio. Espero que el tatuaje de tu brújula no lo uses para guiarte en el avión.

>>

>>07. **¿Estuviste enamorada/o?:** Sí, y me arrepiento. El resto ya lo sabes.

>>

>>08. **¿Qué instrumento musical te gusta?:** La guitarra eléctrica, pero no sé tocar. Quiero un concierto de tu banjo ya.

>>

>>09. **Has estado en otro continente:** Solo me falta Oceanía.

>>

>>10. **Amaste tanto a alguien como para llorar:** Sí.

>>

>>11. **¿Estuviste en un accidente de coches?:** Con dos años, mis padres tuvieron un accidente con el coche y chocamos contra una roca que se había desprendido de una ladera. No nos pasó nada, por suerte.

>>

>>12. **¿Has tenido alguna fractura?:** Te tengo que decir, que el chiste que has hecho, me ha fracturado a mí un poco el cerebro.

>>

>>13. **¿Playa o montaña?:** Da igual, si el plan o la compañía es buena.

>>

>>14. **¿Pepsi o Coca-Cola?:** Coca-Cola.

>>

>>15. **¿Cerveza o vino?:** ¡Mojito! Aunque creo que debo moderar el consumo en los aviones.

>>

>>16. **El vaso ¿mitad lleno o mitad vacío?:** Medio lleno siempre igual que tú.

>>

>>17. **Ropa interior favorita:** Los sujetadores pueden hacer milagros y pueden ser buenos aliados.

>>

>>18. **Número de calzado:** treinta y ocho

>>

>>19. **Número favorito:** dos

>

>>21. **Comida favorita:** Pizza y pasta. Tendría que haber nacido italiana.

>>

>>22. **Marca de Colonia Favorita:** Chic and Chas

>>

>>24. **Tema de conversación más detestado:** Cualquier tema puede ser interesante, pero si la otra persona tiene algo que aportar. Lo que detesto son las conversaciones en las que uno se quiere imponer y son repetitivas.

>>

>>25. **¿Disney o Warner?:** Batman siempre. Le gana a Superman.

>>

>>26. **Restaurante de comida rápida:** El PizzaFast de la esquina de mi casa.

>>

>>27. **¿En qué te gustaría trabajar en el futuro?:** de lo que estoy

trabajando yo también. Poder ayudar a las personas en sus conflictos y ver las caras de satisfacción después de los procesos de juicios, divorcios, mediaciones... no tiene precio.

>>

>>28. **Color favorito:** Naranja.

>>

>>29. **¿Cómo te ves en el futuro?:** me reservo esa respuesta para un poco más tarde.

>

>>30. **¿De quién recibiste este correo?:** de un treintañero, pero con mentalidad de quinceañero que manda este tipo de correos.

>>

>>31. **En qué edad te gustaría no crecer más:** Me gusta cumplir años. Llámame rara. La experiencia da tranquilidad en la vida.

>

>>32. **¿Qué superpoder te gustaría tener?:** Superfuerza sin dudar, así no tendría que pedir ayuda para que me abrieran los frascos de cristal de tomate al vacío.

>>

>>33. **¿Invierno o verano?** A mitad del verano estoy deseando que llegue el invierno, y a mitad de invierno el verano.

>

>>34. **Hobbies:** ¡A mí también me gusta mucho bucear! Siempre que puedo, me escapo a alguna costa, aunque hace mucho tiempo que no lo hago y estoy deseosa. También me gusta leer o quedarme tirada en el sofá con un bote de helado.

>>

>>36. **Amigos:** Solo puedo decir que Lily es la mejor amiga que puede tener una chica. No tengo hermanos, pero la quiero como si fuera de mi familia.

>

>>37. **¿Qué cambiarías de tu vida?:** Voy a dejar tu respuesta, porque me encantó y pienso igual que tú: *nada, hay que valorar todo lo que se tiene y se ha tenido. Cada suceso y cada momento va configurándote para ser cómo eres ahora.*

>>

>>38. **¿Tienes ordenador?** Tengo dos, pero creo que, por las noches, hacen complots decidir que se tienen que actualizar cuando más prisa tengo para usarlos.

>

> >39. **CD's preferidos:** Michael Jackson siempre me acompaña por las mañanas, Rob Dougan y bastantes más, pero la mayoría de veces, pongo la radio para no complicarme.

> >

> >41. **Lo primero que piensas cuando despiertas:** ¡Qué hambre! Voy a desayunar.

> >

> >42. **Las tormentas te gustan o te asustan:** Me gustan mucho, contra más fuertes y con más rayos, mejor me lo paso. Me siento en la ventana a ver cómo el agua se va fluyendo por la carretera y el viento mueve los árboles.

> >

> >43. **Si pudieras ser otra persona ¿quién serías?:** No quiero ser otra persona. Me gusta cómo soy con mis imperfecciones. Si fuéramos perfectos, la vida sería aburrida.

> >

> >44. **Algo que tienes puesto siempre y no te lo quitas:** La esperanza.

> >

> >45. **¿Qué hay debajo de tu cama?:** Lo confesaré. Tendré como cientos de puzzles todos ellos empezados y creo que dos acabados.

>

> >47. **Escribe algo a la persona que te envió este correo:** Me gusta lo que estoy conociendo de ti...

>

> >48. **¿Sabes bailar?** De pequeña estuve apuntada a clases de salsa y se me da bastante bien. Ya te enseñaré si no me pisas.

> >

> >49. **¿Café o té?:** Café con leche, pero alguna vez, lo debería de tomar descafeinado.

> >

> >50. **¿Tienes miedo a algo? ¡A volar en avión!**

> >

> >51. **¿Qué le dirías a alguien y no te atreves?** Creo que se te ha olvidado responder a esta pregunta.

>

> >52. **¿Tímido o extrovertido?** De pequeña fui extremadamente tímida. Después, vencí esa timidez y ahora soy extrovertida. La vergüenza no sirve para nada y se vive mejor sin ella.

> >

>>53. **Idiomas:** Inglés y como pudiste averiguar, español no.

>>

>>55. **Una palabra que te encante decir:** También me gusta decir te quiero, pero a las personas que se lo merecen y, después de haberlo contestado tú, veo que albóndiga es muy melódica y suena muy bien.

>>

>>56. **¿Perro o gato?** Perros y gatos. Quiero tener un perro y un gato y que se lleven bien.

>

>>57. **Libro favorito:** Metamorfosis de Kafka.

>>

>>58. **¿Te gustaría que te regalaran un ramo de flores para tu cumpleaños?** Me encanta la jardinería. Prefiero que me regalen semillas, árboles o arbustos antes que flores.

>

>>59. **¿Compresa o tampón?:** A ti te lo voy a decir.

>>

>>60. **¿Moto o coche?:** Todo menos avión.

>>

>>61. **Película Favorita:** Con que El diario de Noa..., seguro que lloraste. También es de mis favoritas, esa y, El guerrero pacífico, Siete años de esclavitud, La terminal, pero la que más me gusta de todas, todas, sin duda, es Aladdin. Me sé todos los diálogos de memoria.

>>

>>62. **Dulce o Salado:** Helado y muy dulce.

>>

>>63. **Lugar preferido:** El mundo.

>

>>64. **¿Conformista o inconformista?:** Inconformista hasta llegar a la perfección dentro de lo normal. No pido mucho.

>

>>65. **Programa de la tele favorito:** A mí también me gusta la serie Perdidos. ¿Ese humo negro? *No es el barco de Penny*

>

>>66. **¿Eres cariñoso/a?** Chí.

>>

>>67. **Deportes ¿verlos por la tele o hacerlos?** Vengo de correr, así que hacerlos.

>>

>>68. **Ciudad para vivir:** Cualquier lugar contigo también

>>

>>69. **¿Crees que el amor puede durar eternamente?** Sí

>>

>>70. **¿Dónde estás?** En el sofá de mi casa, con un gran helado de vainilla y chocolate.

>>

>>71. **Hora:** 23:44

25. Planes, planes, planes

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: Hundámonos

Hola, princesa:

Me alegra que hayas sobrevivido a las maldiciones. No te voy a negar que me han sorprendido y me han gustado muchas de tus respuestas. Te quería proponer que nos fuéramos tú y yo a bucear, que hace mucho tiempo también que no voy. Y así aplaco de una, las ganas que tengo de bucear y de verte.

¿Te apetece que te recoja el fin de semana?

Atentamente,

Allan Parker — Aplacador.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Asunto: ¡Sí!

Hola, Allan:

Me encantaría ir a bucear. Cuando lo he escrito en el correo de la maldición, lo he recordado y me han entrado muchas ganas de ir. Conozco un lugar por California que está muy bien.

¿Vamos?

Lauren Collins — Con ganas de sumergirse.

De: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Para: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Asunto: Yo te llevo

Hola, Lauren:

Esta vez el plan te lo propongo y lo elaboro yo. Déjame llevarte a un lugar al que llevaba mucho tiempo queriendo ir. Es casi el mejor sitio para hacer buceo. Quiero sorprenderte. Confía en mí.

Allan Parker — Planeador.

De: Lauren Collins laprincesazanahoria@gmail.com

Para: Allan Parker elprincipebrocoli@gmail.com

Hola, Allan:

Me empiezas a asustar un poco, pero a la vez estoy ansiosa por la sorpresa, aunque no quiero, pero por otro lado sí, o no, bueno sí... ¡No me juzgues! A

veces no sé ni lo que digo.

Perfecto, pues entonces te reservo el fin de semana para que me lleves a ese plan que has hecho. Por alguna extraña razón, confío en ti.

Atentamente,

Lauren Collins — Confiada.

26. Todo tiene su parte bonita

La semana pasó con más estrés de lo habitual y no solo por los dos casos que se le habían asignado a Lauren que, aunque triplicaba el trabajo que podía tener cualquier otro miembro del bufete, ella seguía teniendo la capacidad para llevar esos casos adicionales. Tampoco era por las averías que habían sufrido su lavadora y el grifo. Sabía sacar tiempo para ver videos en internet y aprender a arreglarlo. El estrés estaba generado por otro motivo. Un motivo que anteriormente no habría supuesto más que décimas de segundo, se estaba convirtiendo en horas y días. Se trataba la elección del bikini que iba a llevar a la cita con Allan.

Se quitó horas de sueño mirando en internet bikinis, tipos formas, y hasta la historia de esas dos prendas de baño. Se sorprendió al saber que había una imagen de *La diosa madre* construida hace más de cinco mil quinientos años que ya llevaba esa prenda. Se preguntó si para que la retrataran también estuvo días pensando en qué bikini se llevaría para que la viera el retratista. Al final decidió que fuera la suerte la que eligiera el traje de baño. Metería los casi veinticinco conjuntos en un saco y una mano inocente, que sería la suya, sacaría uno.

Lauren se despertó, como de costumbre, tres horas antes de la hora en la que Allan había acordado que la iba a recoger y eso que las ocho de la mañana ya era bastante temprano. Se preparó las gafas de bucear, el tubo, las aletas, la cámara sumergible y todo el material de buceo. Después se duchó y se preparó para hacer el sorteo. Mostraba a un público imaginario todos los bikinis que iba poniendo en el saco, para demostrarles que no hacía trampa. Al final sacó uno verde con volantes. Se lo puso y vio que le quedaba genial. No era normal en ella, pero estaba tan contenta y feliz ese día que hizo poses como una modelo de lencería. Se creía que era un ángel de Victoria Secret. Se puso unos pantalones vaqueros cortos y un top de tirantes blanco en el que debajo se asomaba tímidamente el color verde del bikini.

A pesar de que se había levantado muy pronto, el tiempo se le pasó rápido por el nerviosismo de tener otra nueva cita con el piloto.

Tenía muchas ganas de verlo. Como siempre.

Oyó el sonido del claxon del coche de un coche. Eso significaba que ya había llegado.

Bajó con su mochila al hombro y vio que Allan estaba en un descapotable, con unas gafas de sol de aviador, como no, una camisa de color hueso de lino y unos pantalones marineros azul marino. *Estaba muy guapo*, pensó Lauren.

—¿Estás lista, Lauren? —Allan se bajó las gafas para mirarla con la luz natural.

—Más que lista. Por favor, señor taxista, lléveme al sitio misterioso para bucear —bromeó ella.

—¡Claro! Te va a encantar, Lauren.

Ella echó la mochila en parte trasera y subió al coche al descapotable sin abrir la puerta. De un salto, apoyando el culo en la parte superior de la puerta y pasando.

Allan le tocó la mejilla y le apartó un mechón de pelo.

—Tenía ganas de que llegara este momento y verte, Lauren.

—Yo también. Aunque me inquieta no saber a dónde vamos.

—Tú tranquila —le respondió Allan posando una mano cálida en el muslo de Lauren.

Había sucedido de nuevo. Estaba tranquila. Notó que automáticamente relajaba el ceño que había estado apretado mientras pensaba en el desconcierto que le producía la ocultación del lugar de destino. Le daba igual. El nerviosismo había desaparecido dando paso a una plácida sensación de seguridad y eso simplemente lo conseguía estando al lado de Allan.

El piloto arrancó el motor y se puso rumbo a cierto lugar que tenía pensado. Conducía relajado, disfrutaba de llevar máquinas que a su vez le llevaban a él. Se notaba en la suavidad de movimientos que hacía el coche. Parecía una hamaca caribeña.

—¿Quieres que ponga música? —preguntó ella.

—No me importa, pero no suelo escuchar música mientras conduzco —respondió.

—¿Te desconcentra o no puedes conducir y escuchar música a la vez?

—No es eso, y sí que puedo hacer dos cosas a la vez. Ahora lo estoy haciendo. Estoy conduciendo, hablando contigo y observando cómo te has relajado y has cruzado esas bonitas piernas, también estoy oliéndote el pelo que te has atusado e imaginándome cómo te quedará el bikini verde que se asoma y me saluda.

Lauren se quedó sorprendida por lo que acababa de decir. Sorprendida y un poco excitada. Las dos sensaciones que se desataban en ella con frecuencia eran la seguridad y la excitación. Siempre venían muy súbitas.

—Podría hacerte un desfile privado cuando lleguemos al lugar secreto.

—Suena tentador... —dijo Allan con un tono más bajito de lo normal. Su imaginación se había disparado al imaginarla haciendo ese desfile. En su mente terminaba en striptease. Acababa de decir que podía hacer varias cosas, pero lo que no podría hacer sería conducir y abalanzarse sobre ella. Se apuntó

mentalmente que cuando estuviera en el coche, no hablara del cuerpo de Lauren ni la mirara más de cinco segundos seguidos—. Me gusta oír el viaje.

—¿Cómo dices? —preguntó ella.

—Me has preguntado que si quería música —dijo Allan volviendo casi con necesidad al tema anterior—. Cuando voy en coche, me gusta observar el mundo en el que vivimos. Aunque el lugar que estés atravesando te parezca, en un principio, feo o aburrido como puede ser un conjunto de fábricas o una autopista como esta. Solo tienes que pararte a observar y detenerte. Puede ser un conjunto de basura caótica o una pared vieja en la que parezca que hayan dibujado unas grietas. Olores de cada paisaje, y el sonido del viento, de personas murmurando, otros coches... Todo tiene su parte bonita. No tanto como tú, claro.

Lauren se quedó sorprendida de lo que acababa de decir. Mientras estaba hablando, había visto esa belleza de la que estaba hablando y se estaba perdiendo por no prestar atención y también sonrió al saber que le había dicho que era bella.

—Gracias, Allan —dijo mirando a sus pies y ladeando un poco la cabeza avergonzada. El coche giró desviándose y tomando una salida a la derecha. Después de un rato yendo por ese camino, Lauren se percató de donde iban—. ¡Detén el coche ahora mismo o me tiro en marcha! —gritó Lauren.

27. ¿Confías en mí?

El aeródromo privado de Northwood estaba a las afueras de Seattle. Era bastante grande comparado con los demás del condado. Tenía las pistas preparadas para el despegue y aterrizaje de jets privados de gran envergadura y los hangares eran los más modernos ya que habían sido renovados hacía poco.

Allan ya tenía todo preparado. Habló con otro compañero y amigo piloto para que le preparara su avión para el despegue. Así, no tendría que esperarse mucho tiempo. Igor McRent, lo sacó del hangar, calentó motores y lo puso en marcha cara a la pista, para que su amigo y Lauren solo tuvieran que embarcar. Le pidió el último favor, que dejara un gorro rojo en la puerta de embarque.

Desde que Lauren vio a lo lejos, el cartel de *Bienvenidos al aeródromo de Northwood* no paró de soltar improperios por su boca. Mientras tanto, Allan lucía una sonrisa tranquila y bastante seguro de sí mismo. Aunque Lauren estaba histérica porque había ido a su propio infierno, algo dentro de ella, le decía que todo estaba bien y ese miedo, no era tan fuerte como podía haber sido tiempo atrás.

—¡Quiero que des media vuelta y me dejes en casa! —gritó Lauren.

—Lauren, tranquila. —El piloto seguía riéndose, mientras llevaba el coche al aparcamiento. Paró el coche y se bajó con su mochila—. Solo te pido que me des una oportunidad. No tengas miedo.

—No tengo miedo, ¡tengo pánico!

—Ven, Lauren.

Allan la miró a los ojos transmitiéndole la seguridad que ella siempre sentía. Esa voz, era su punto de apoyo. Lauren cogió su mochila inconscientemente ya que su cabeza se imaginaba rumbo al lugar que había dicho para bucear. Allan le cogió la mano a Lauren, para guiarla hacia el avión y también en cierto sentido para que no se escapara. El avión era un jet de dos motores. Lauren lo había visto en muchas películas donde se fraguaban pactos con narcotraficantes o el dueño de una multinacional llevaba a su becaria de compras. Su color blanco impoluto contrastaba con el negro del asfalto de la pista.

Allan soltó a Lauren de la mano y le dijo que se esperara bajo de las escaleras para subir al aparato. Mientras subía, extrañamente, Allan se estaba desabrochando la camisa dejando al descubierto una especie de tela morada. Entró en el avión y desapareció unos segundos. Era un chaleco morado abierto que debajo no llevaba nada y un gorro rojo. Desde la puerta le tendió la mano

a Lauren y le dijo:

—¿Confías en mí?

Lauren se emocionó y comenzó a reír.

Allan se había acordado de su película favorita. No se esperó verlo subido al avión simulando la misma escena del largometraje de Disney, cuando el protagonista le decía aquello para que la chica subiese en la alfombra mágica. Lauren notó como una sensación agradable le invadía. Observó que, bajo las dos partes del chaleco, se podía ver sus pectorales y abdominales marcados. Jamás pensó que ese disfraz pudiera ser sexy.

—¿A-Aladdin? —preguntó ella.

Allan asintió sonriendo. Le gratificaba la cara que estaba poniendo Lauren, que se cogió las manos y se las juntó a su pecho.

—¿Confías en mí? —volvió a repetir.

—Sí. —Respondió imitando a Jazmín.

—Ven. Yo te quiero mostrar... —dijo él cogiéndole la mano.

—¿Me vas a cantar? —replicó ella mirándole a los ojos y con la boca entreabierta, emocionada y expectante.

—No —contestó—. Estoy vestido con un chaleco morado y un gorro rojo, creo que ya es bastante ¿No crees?

—¡Sí! A partir de ahora te voy a llamar Allan-ddin —bromeó ella.

—Digo que yo te quiero mostrar que volar puede ser una bonita y placentera experiencia sin miedo alguno. Pasa, pasa.

Lauren se dejó guiar por la mano que le había tendido Allan y subió las escaleras que daban a la cabina del avión. El piloto le contó que era un Learjet y que siempre lo quiso de color blanco, que tenía dos motores a reacción y podía volar hasta quince kilómetros de altitud. Se notaba que le gustaba su trabajo y la aviación. Ella se quedó sorprendida de la amplitud del avión. En el centro había una mesa redonda que, con un botón, se escondía bajo del suelo dejando un espacio como una sala. Allan dijo que tenía capacidad para quince personas, pero mandó poner solo cuatro asientos más los de la cabina para tener más amplitud. Una nevera estaba dispuesta la zona de bebidas y dos pantallas grandes, estaban a cada lado de la cabina para entretener al viajero y poner sus películas favoritas. El temor a volar, por momentos iba desapareciendo dando paso a la curiosidad de cómo sería un viaje ese lujo volante.

—Vamos a ir a Rangiroa —dijo Allan, acercándose a la barra del minibar mientras ponía hielo picado en un vaso.

—¿Dónde está eso?

—Está en mitad del pacífico, en la Polinesia Francesa. Está en un atolón

formado por coral y lo que te va a sorprender es el azul de sus aguas de hecho, Rangiroa significa “largo cielo” por el color del agua de sus playas.

Allan acabó de preparar la bebida con hielos y él se sirvió un zumo de piña bien frío como lo hacía en todos los vuelos en los que pilotaba. Cogió las bebidas con ambas manos y le ofreció la suya a Lauren.

—Con cuidado, Lauren. Solo te permito este mojito, por la seguridad de todas las personas y la nuestra.

—¡Gracias! Prometido, este mojito solo. Suena muy bien el lugar que me estás describiendo. ¿Ya has estado tú en Rangiroa?

—No. Llevo muchos años queriendo ir, pero nunca encontraba el momento. En cierto modo, me alegro de no haber ido y tener que descubrirlo los dos.

—Yo también me alegro. —Lauren acercó el vaso a la altura de los ojos de Allan invitándole a brindar. Chocaron sus vasos y brindaron por Aladdin, Jazmin y la alfombra mágica.

—Me tengo que cambiar para ponerme la camisa y el traje de piloto. Son cosas de protocolo para el despegue y aterrizaje.

Allan se quitó el chaleco y pasó con el torso desnudo cerca de Lauren que pudo sentir incluso el calor de su cuerpo y aunque el avión disponía de aire acondicionado, el aumento del ritmo de los latidos del corazón de Lauren hizo que se caldeara. Su perfume le recordó cómo deslizó su mano desde el cuello hasta su cintura la noche de la tormenta. Dio un trago para intentar calmarse.

—Señores pasajeros —comenzó a hablar como un piloto de aerolíneas mientras se abrochaba la corbata y se dirigía a la cabina de pilotaje—. Nos dirigimos al aeropuerto de Rangiroa, en la polinesia francesa. El vuelo tiene una duración de doce horas, así que pónganse cómodos y disfruten del vuelo. Soy Allan Parker y seré el comandante de la aeronave.

28. Volando con Allan.

De camino a los mandos del avión, Allan notó que la sonrisa que caracterizaba a Lauren había desaparecido. Había vuelto a la realidad y la ansiedad volvía hacer acto de presencia en la cabeza de ella ya que era la hora del despegue. No le gustaba la sensación de que pudiera tener un accidente y dejar todo lo que amaba en un instante.

El piloto se percató del estado en el que se encontraba, volvió sobre sus pasos y se sentó al lado de ella que estaba con la mirada baja y perdida intentando controlar sus emociones. Le apartó un mechón de pelo que caía sobre su cara.

—No tengas miedo, Lauren.

—Es que temo que tengamos un accidente y se acabe todo esto. No volver a ver a mis padres, ni a mi familia ni a Lily.

—No se va a acabar. No dejaré que ocurra. Necesito que confíes en mí. Créeme, yo tampoco quiero que esto acabe.

—Es que...

—Dale la vuelta —dijo Allan cortando la frase que estaba diciendo ella.

—¿Cómo?

—A veces, en la vida, no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Puedes usar ese temor para recordarte cuánto quieres a las personas que te rodean. Así cuando bajes del avión, podrás darles el cariño que no te habías dado cuenta que no estabas dando.

Allan levantó la cara de Lauren con poniendo los dedos en la barbilla.

—Mira —repitió—, yo no quiero que te pase nada porque tampoco quiero que se acabe esto.

Allan acercó sus labios a la mejilla de Lauren y la besó con ternura. Eso hizo que a ella le invadiera una gran seguridad. Como si se hubiera tomado una pastilla de un medicamento muy potente que te da fuerza y tranquilidad. Se quedó más relajada y su cara se destensó.

Allan se encaminó al mando del aparato viendo que Lauren se había acomodado. El piloto comenzó a tocar botones y palancas comprobando que todo estaba en orden. Seguía una lista de papel e iba tachando cada acción que realizaba.

De repente, el avión comenzó a moverse por la pista, con una celeridad muy grande. Lauren se cogió fuertemente a los brazos del asiento, y no quitaba la vista a Allan que transmitía seguridad. El avión dejó de tocar tierra y los movimientos fueron más suaves en el aire.

—Ahora estamos a un kilómetro de altura —le dijo Allan—. Para que lo entiendas, son muchas zanahorias puestas una arriba de la otra —bromeó viendo a Lauren por una cámara de seguridad que había en esa parte de la cabina—. Ahora vamos a una velocidad de ochocientos setenta y dos kilómetros por hora, cerca de llegar a la velocidad a la que tu sueles ir en el coche.

Lauren ya se había relajado con las bromas que estaba haciendo Allan. Miraba por la ventanilla del avión cómo se internaban en el océano pacífico. Vio cómo los barcos dejaban una estela al navegar y cómo las playas dibujaban el límite de los Estados Unidos. Nunca había podido pararse a disfrutar de ese espectáculo y hoy lo estaba haciendo.

—En breve, llegaremos a la altitud de crucero, y podré salir de la cabina ya que mi amigo el piloto automático, se encargará de todo. Luego te lo presentaré.

El ascenso fue muy suave y Lauren comenzaba, al fin, a disfrutar de volar. Estuvo recapacitando en las palabras que le había dicho Allan. Él era tan optimista que podía cambiar una situación de angustia en una que te hiciera pensar en las personas que quieres y eso fue lo que hizo. Cuando regresara a Seattle, iría a casa de sus padres y haría una gran celebración sin motivo alguno, acción de gracias no tiene que ser solo un día al año. Después visitaría a Lily y a Michael para ayudarles en su proyecto. En ese momento, Allan salió de la cabina del avión quitándose los cascos y la gorra.

—¿Podemos confiar en tu compañero el señor *piloto automático*? —bromeó Lauren.

—Con los ojos cerrados. Lo he estado vigilando antes de venir y no ha bebido ni nada. Así que podemos estar tranquilos.

—Si pasa algo, ¿cómo te enteras? —preguntó Lauren.

—La radio se oye en todo el avión, no tiene por qué pasar nada, así que relájate que nos quedan unas horas por delante.

Allan se acercó a la barra y le sirvió otro mojito, pero esta vez apenas llevaba alcohol. Él se sirvió un zumo. Conectó música ambiental *chillout*, y se sentaron alrededor de la mesa central a beber y a charlar.

—Gracias, Allan.

—¿Por qué me das las gracias?

—Porque nunca creí que podría disfrutar de un vuelo.

—¿Recuerdas que el primer día que nos conocimos y que en un principio creías que era un azafato?

—Sí, hasta cierto punto, que tengo lagunas por los mojitos.

—Pues si lo recuerdas, te dije que conmigo no tendrías miedo a volar.

—Y así ha sido —contestó Lauren que lo miro a los ojos dudando si le contaba lo que estaba pensando—. Y te lo agradezco. También quiero agradecerte que hayas convertido el miedo a volar en una reflexión a las personas que quiero. —La voz de Lauren se empezaba a entrecortar—. En cuanto he oído esas palabras he pensado en muchas personas, mi familia, Lily... pero me ha sorprendido un pensamiento que ha sido el primero. He pensado en ti.

Allan intentó hablar, pero Lauren levantó la mano, porque aún no había acabado.

—Antes de conocerte, estaba pasando por uno de mis peores momentos, pero cuando te conocí, supe al instante que quería estar contigo. Que eras la persona que encajaba mejor conmigo. Cada instante que estaba a tu lado, era mágico, especial. Me hacías sentir que yo era especial. —Se aclaró la garganta y siguió desnudando sus sentimientos—. Simplemente lo sabía, aun cuando vi la tarta nupcial, sabía que algo no encajaba, que no eras el tipo de persona que engaña. Pero me exigí pruebas como si de un caso judicial se tratara. Pruebas que demostraran que no era mi imaginación, que no eran mis sueños los que me estaban engañando y al pensar en las personas que quiero, aunque tenía la mirada en el suelo, te he visto a ti.

Allan se quedó por un instante parado. No podía haber oído mejor conjunción de sonidos que las frases que habían salido de esos labios. Era lo que él había estado deseando desde el momento que la conoció. La chispa.

Se acercó a Lauren mirándole los labios y se inclinó lentamente hasta besarlos. Esa chispa que él había sentido, estaba ahí mismo. En el roce de su boca con la de Lauren. Allan, presionó un botón y la mesa en la que estaban tomando las bebidas bajó desapareciendo en el suelo, así que terminaron tumbándose allí mismo.

Allan la posó boca arriba y se separó de ella brevemente apoyado con el codo para observarla. Mirarla como quien consigue una medalla que le ha costado tanto esfuerzo. Ahí estaba. Volvió a besarla y la chispa creó un pequeño fuego en el interior de los dos.

Los besos se volvieron cada vez más apasionados, con cada uno de ellos, hacía que aumentara el deseo. Allan le quitó el top, dejando la parte del bikini al descubierto.

—Precioso bikini, pero me gustas más si no lo llevas puesto.

Allan se lo desató y se lo quitó lentamente dejando sus pechos al descubierto. Él se desanudó la corbata y se apresuró para deshacerse de la camisa. La piel de sus cuerpos se juntó mientras se besaban. Lauren sujetaba a Allan por la parte de atrás de la cabeza presionando hacia ella, para que sus

besos fuesen aún más intensos. Él deslizaba su mano por su cuello y acariciaba su cuerpo deteniéndose en sus pechos y acariciándolos. Allan estaba muy excitado y ella lo sentía. Se retorcía por el placer que le provocaba.

Lauren se levantó cogiendo a Allan de la mano, invitándole a sentarse en asiento donde había vivido el despegue. Ella le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones dejando un gran bulto debajo del bóxer. Lauren se quitó su pantalón corto y se quedó solo con la parte de debajo del bikini. Se separó un poco de Allan para que la viera y enseñarle pícaramente su trasero. Esto hizo que Allan se excitara más y le pegó una palmadita en el culo. La agarró y la llevó con él. Lauren se puso encima, con las piernas a ambos lados. Únicamente les separaba la fina tela del bikini y la ropa interior de Allan.

Allan no podía más y se quitó los bóxer y acto seguido desnudó completamente a Lauren. Esta se posó con delicadeza para que los dos fueran uno solo. Ella gritó de placer a la vez que se movía con más rapidez. Notaba dentro a Allan, que echaba la cabeza atrás disfrutando al máximo del momento. El clímax estaba llegando y Lauren saltaba más y más rápido mientras él la sujetaba de la cintura. Los dos acabaron fundidos en un abrazo muy fuerte.

—Te quiero, Lauren.

—Y yo a ti, Allan.

Epílogo

—Esa no Sarah, no aguantaría el sol.

—Jo, pero Eliot ha elegido la suya.

—La de tu hermano sí que puede estar en el jardín. Si quieres, la tuya la podemos dentro, al lado de la ventana —dijo Lauren

—¡Mira qué grande es la que trae papá!

—Es un melocotonero, Eliot —lo corrigió Allan.

—¡Qué chulo! —gritaron los pequeños.

Lauren levantó la cabeza y vio como Allan cogía a la pequeña Sarah y despeinaba a Eliot. Era tal y como lo había soñado. Un marido que, con sus defectos y sus virtudes, era perfecto para ella y la hacía sonreír cada mañana al despertar y cada noche antes de irse a dormir. Y unos hijos maravillosos que se esforzaba por mimar y llenarnos de cariño y confianza.

Lauren había creado un pequeño bufete de abogados en Rangiroa con varias personas a su cargo. Como no había mucha competencia por la zona, le había ido bien y, además, también trabajaba por internet y resolvía cualquier tipo de duda legal a distancia. Hasta tenía un pequeño contrato con su exjefe, con el que colaboraba y ayudaba a su antiguo bufete.

Quién le iba a decir que superar el miedo a volar e ir a bucear a ese maravilloso lugar, iba a transformar su vida por completo. Eso y tantos desengaños, tantos malos momentos... que al final habían merecido la pena al conducirla hasta ese punto.

—Ahora tenemos que comprar el abono —dijo Lauren.

—¡Sí! El abono es la pizza de las plantas —continuó Sarah entusiasmada.

—Eliot, pon en el carro esa bolsa que pone abono orgánico —dijo Allan.

—¡Huele a caca! —dijo Eliot arrugando la nariz.

—¡Es caca! —respondió Allan riéndose.

Allan se había convertido en un padre estupendo, paciente, cariñoso y con muchas ganas de enseñarles en la vida. Primero con Eliot, que nació antes, y después con Sarah. Terminó dejando la aviación comercial para estar más tiempo con sus hijos, que pasaron a ser su prioridad, así que empezó a trabajar en una escuela de pilotos en el atolón en la que, con el entusiasmo que le caracterizaba, enseñaba a los jóvenes la profesión *más alucinante del mundo*, como solía decir.

—Sarah, Eliot, nos hemos olvidado de algo —dijo Allan.

—¿De qué nos hemos olvidado, papá? —preguntó Eliot.

—¡De las semillas de zanahorias!

—¡Sí! Es verdad. Yo voy, yo voy —dijo Sarah corriendo a por las semillas.

Lauren rio. Seguían tan enamorados como el primer día. Después del viaje a bucear, Allan y Lauren corroboraron a quince mil metros de altitud, lo que venían pensando desde el primer día que se conocieron. Que estaban hechos el uno para el otro. Porque a veces puedes pasarte diez años al lado de una persona sin sentir el amor verdadero y encontrarlo durante una noche cualquiera con un completo desconocido.

Al final, tras unos meses en los que tuvieron que estar más separados por sus trabajos, Allan le propuso que se mudasen juntos allí, a una cabaña espaciosa y moderna cerca del mar, que se había convertido en el lugar perfecto de reunión cada vez que sus familias les visitaban o Lily y Michael iban a verles después de haber decidido a casarse allí mismo, en la playa.

Ese día, mientras su hija corría con las semillas de zanahoria en la mano y Eliot y Allan removían la tierra para prepararla para la plantación, Lauren sonrió. Y se dio cuenta de que arriesgar valía la pena tan solo por un segundo tan maravilloso y rutinario como aquel.

FIN

“La promesa de un beso”

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos”

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



Próximamente...

“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?

